

**Mariana Libertad Suárez**

# Emancipadas

Feminismo e hispanismo frente a la  
Guerra de Independencia suramericana  
(Olga Briceño, Amalia Puga y Graciela Sotomayor)





**Emancipadas**  
Feminismo e hispanismo frente a la Guerra  
de Independencia suramericana  
(Olga Briceño, Amalia Puga y Graciela Sotomayor)

Mariana Libertad Suárez

**Edición**

María Riera

**Corrección de textos**

Ricardo Gondelles

**Diseño gráfico y diagramación**

Clementina Cortés

**Ilustración de portada**

Rodrigo Benavides, *Barbarita*, Hato El Cedral,  
estado Apure, 2007 - Fotografía en color / 120 x 160 cm.

Colección Celarg

© Mariana Libertad Suárez, 2017

© Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 2017

Hecho el depósito de ley

Depósito legal MI2017000573

ISBN 978-980-399-072-5

Casa de Rómulo Gallegos

Av. Luis Roche, cruce con Tercera Transversal,

Altamira, Caracas 1062/ Venezuela

Teléfonos: (0212) 285-2990/ 285-2644

Fax: (0212) 286-9940

Página web: <http://www.celarg.gob.ve>

Correo electrónico: [publicaciones@celarg.gob.ve](mailto:publicaciones@celarg.gob.ve)

[publicacionescelarg@gmail.com](mailto:publicacionescelarg@gmail.com)

Editado en la República Bolivariana de Venezuela

## Índice

<b>Toda su vida hembra: proyectos nacionales y feminidades</b>	<b>13</b>
<b>Moralmente ineptos/as: naciones, nacionalismos y sujetos nacionales en la primera mitad del siglo xx</b>	<b>23</b>
<b>Anacrónica, quieta y hierática: Olga Briceño (Venezuela)</b>	<b>31</b>
<b>Sin miedo a la crítica: Amalia Puga de Losada (Perú)</b>	<b>43</b>
<b>Con cabal conocimiento de la técnica: Graciela Sotomayor de Concha (Chile)</b>	<b>55</b>
<b>La inversión del paradigma: intervenciones feministas frente a la Guerra de Independencia</b>	<b>67</b>
<i>Bolívar americano: un abrazo cordial (Olga Briceño, 1934)</i>	<b>67</b>
<i>El voto: la voz cariñosa y enérgica (Amalia Puga de Losada, 1924)</i>	<b>86</b>
<i>Un recuerdo de amor: sobre la tumba de Bolívar (Graciela Sotomayor de Concha, 1947)</i>	<b>101</b>
<b>El descarte de la promesa: al encuentro del feminismo del mérito</b>	<b>121</b>
<b>Lista de referencias</b>	<b>137</b>



*A la maestra Josefina Urdaneta, a su perseverancia y la tenacidad  
con la que enseñó a volar a centenares de venezolanos*





## **Agradecimientos**

Este trabajo no hubiera sido posible:

Sin el soporte de la Fundación Celarg y su Programa de Becas José Carlos Mariátegui.

Sin el apoyo de Leonardo Bracamonte y Alba Carosio, quienes se encargaron de la Coordinación de Investigaciones durante los dos años de acogida que me brindó el centro.

Sin la paciencia de mis compañeras/os de programa: Carolina Guerrero, Mila Ivanovic, Anaís López, Lionel Muñoz Paz, Yasmín Rada, Enrique Rey y Emiliano Terán, quienes siempre mostraron una franca disposición a escuchar y debatir cada una de mis ocurrencias.

Sin la complicidad y la solidaridad de mi asistente de investigación, Yasmín Mora.

A todos ustedes, muchas gracias.



*El nacionalismo requiere creer demasiado en lo que es evidente que no es como se pretende. Como dijo Renán: «Interpretar mal la propia historia forma parte de ser una nación». Los historiadores están profesionalmente obligados a no interpretarla mal, o, cuando menos, a esforzarse en no interpretarla mal. Ser irlandés y estar apegado orgullosamente a Irlanda —incluso enorgullecerse de ser irlandés católico o irlandés protestante del Ulster— no es en sí mismo incompatible con el estudio en serio de la historia de Irlanda. No tan compatible, diría yo, es ser un feniano o un orangista; no lo es más que el ser sionista es compatible con escribir una historia verdaderamente seria de los judíos; a menos que el historiador se olvide de sus convicciones al entrar en la biblioteca o el estudio. Algunos historiadores nacionalistas no han podido hacerlo. Por suerte, al disponerme a escribir el presente libro, no he necesitado olvidar mis convicciones no históricas*

ERIC HOBSBAWM  
*Naciones y nacionalismo desde 1780*

*El hecho de que estas ideas de «nación» o de «identidad nacional» supuestamente universales o aglutinadoras sean en realidad imperfectas e internamente incoherentes, no las hace menos efectivas ni evita que ejerzan un poder hegemónico. Pero la conciencia de la inestabilidad, la falta de coherencia, consistencia y racionalidad interna de las categorías fundamentales de análisis político y filosófico (las «metanarrativas» de Lyotard), lejos de dar paso a una suspensión de la fe en la permanencia del poder, tiene como resultado una necesidad renovada de elaborar formas de resistencia política que estén adaptadas a las paradojas específicas de nuestra condición histórica*

ROSI BRAIDOTTI  
*«Género, identidad y multiculturalismo en Europa»*



## Toda su vida hembra: proyectos nacionales y feminidades

*No hay paridad ninguna entre ambos sexos en cuanto a lo que el sexo es consecuencia. El macho sólo en ciertos instantes es macho, la hembra es toda su vida hembra, o a lo menos toda su juventud: todo la llama a su sexo, y para bien desempeñar sus funciones necesita de una constitución que á él se refiera. Necesita cuidarse durante su preñez; necesita sosiego cuando está parida; necesita una vida muelle y sedentaria para dar de mamar á sus hijos (...) La estrechez de las obligaciones relativas de ambos sexos ni es ni puede ser la misma, y cuando en esta parte se quejan las mujeres de la desigualdad que han establecido los hombres, no tienen razón; no es institución humana esta desigualdad, ó á lo menos no es hija de la preocupación, sino de la razón, á aquel de los dos á quien fió la naturaleza el depósito de los hijos, toca responder de ellos al otro*

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

*Emilio, o de la educación*

YA EN EL SIGLO XVIII, cuando las ideas republicanas y nacionalistas tan sólo se asomaban en el pensamiento europeo, Jean-Jacques Rousseau advertía el peligro que podía suponer para el orden general el hecho de que una mujer pretendiera circular por el espacio público, tomar decisiones a la par del hombre y gozar de la condición de ciudadanía. Curiosamente, el autor de *El contrato social*, precursor de la Revolución Francesa y del Estado de derecho, consideraba que el marcaje biológico de los cuerpos era irrenunciable y, por tanto, la anhelada igualdad que debía sostener cualquier legislación sólo era competencia de los varones de la especie. El peligro de alterar este hecho radicaba no sólo en que tanto la igualdad como la equidad entre sexos contravenían la naturaleza

y la razón, sino también en que la participación de las mujeres en el contrato social obligaría al padre a cuidar a los niños y, por tanto, lo distraería de su deber cívico.

En 1995, Rosa Cobo señalaba que para Rousseau la familia patriarcal no debía criticarse en los mismos términos que las otras instituciones sociales porque esta construcción «será el instrumento adecuado de la sujeción de la mujer», dado que «les asignará (...) exclusivamente la tarea de reproducción» (p. 128). En otras palabras, las ideas de igualdad y su sostenibilidad exigían que se marcara una línea clara entre los sujetos del pacto y las mujeres, quienes se ocuparían de mantener las condiciones familiares adecuadas para que los varones, heterosexuales, letrados y con propiedades, pudieran ser libres. Estas ideas no sólo se extendieron entre muchos de los pensadores de la Ilustración sino que, un siglo más tarde, fueron apropiadas y reconfiguradas en el imaginario liberal y/o republicano de América Latina, pues, como indica Carlos Rojas Osorio:

Al decir de Salvador de Madariaga fueron cuatro los filósofos iluministas que mayor influencia tuvieron en el pensamiento independentista latinoamericano: Rousseau, Montesquieu, Voltaire y el abate Raynal. Del primero de ellos afirma “Fue el espíritu director de la América en trance de emancipación”. Por su parte Boleslao Lewin comenta: “Mas el hechizo de Rousseau se extendió a todas las naciones de Hispanoamérica, sin excluir las más lejanas ni las más atrasadas. Para los ideólogos hispanoamericanos –según Antonello Gerbi– criados en los esquemas de Rousseau, la ruptura del vínculo político con España se traducía en una especie de rescisión del contrato social”. Hay que tener en cuenta que otras interpretaciones también de inspiración roussoniana, entienden que no hubo “contrato social” alguno entre los nativos pobladores de América y la Corona española; hubo hecho de conquista basado en la fuerza, y el mismo ginebrino afirma que ello no da derecho alguno (2002, p. 22).

Aunque las categorías rousseauianas que atravesaban el ideario independentista con mayor fuerza eran las de soberanía del pueblo y la de igualdad, también se advierten en el discurso de Simón Rodríguez y, como consecuencia de lo anterior, en las proclamas

bolivarianas, algunas de las nociones fundamentales expresadas en *Emilio*. El rechazo a la obediencia y la apuesta por la autonomía son tan sólo algunos de los ejemplos. De ahí que no resulte extraño que para los ideólogos de la Independencia suramericana, la mujer ilustrada, guerrera o ideológicamente disidente encarnara una figura en extremo conflictiva, pues su presencia en el espacio público ya resultaba innegable, pero no podía considerársele del todo parte representante y generadora de ideas. Las latinoamericanas estaban ahí, a la vista de todos, favoreciendo la causa independentista, pero contraviniendo la salvaguarda de la vida propia y de sus semejantes, una tarea que les había sido asignada por el orden social y natural<sup>1</sup>. En su artículo «La pregunta del género en los procesos de Independentistas latinoamericanos», Lucía Provencio Garrigós (2014) aporta algunas pistas para reflexionar sobre este hecho:

Las guerras de independencia invitan a pensar sobre los acuerdos y desacuerdos que se produjeron sobre los significados de la diferencia sexual; fueron el escenario donde se confunden los significados de los sexos, el lugar en el que aparece un nuevo discurso para las mujeres en el que se contribuye a la libertad, y un episodio, militarizado y masculinizado del proceso independentista, en el que las mujeres estaban en su pluralidad y diversidad como víctimas, supervivientes, insurgentes, guerrilleras, trabajadoras, madres, viudas... o como espectadoras alejadas (p. 53).

Más adelante, añade:

En el transcurso del movimiento emancipador, las identidades políticas se polarizaron en ‘patriotas’ y ‘realistas’, llegando a soterrar otras categorías y relaciones de diferencias internas a la vieja sociedad colonial (etnia, clase y género) que en la nueva sociedad rebrotarían, como las diferencias de los cuerpos sexuados, donde poco importó la significación política de sus prácticas e ideología (id.).

Es decir, así como ocurrió en su momento con la Ilustración, el ideario independentista también dio pie al nacimiento de algunas “hijas no deseadas”<sup>2</sup>: una progresión de subjetividades femeninas

que, arraigándose en las ideas reivindicadoras de la autonomía, tomaron parte del diseño nacional tanto en el campo de batalla como en la reconstrucción historiográfica posterior. De ahí que si bien resulta difícil hallar a una mujer diferente a la “Sophie”<sup>3</sup> de Rousseau en los registros historiográficos más tradicionales, sí es posible reconocer algunas figuras femeninas disonantes en los manuales de historia o, incluso, en las ficciones históricas escritas por mujeres en el siglo xx. A este respecto, vale la pena recordar a Francesca Gargallo cuando asevera que:

La relación entre la filosofía –también llamada “pensamiento”, a secas– y la literatura latinoamericanas ha sido muchas veces enunciada, pero nunca ha sido realmente abordada por las historiadoras e historiadores de las ideas (...) a mediados del siglo xx, las escritoras latinoamericanas empezaron a manifestar masivamente que su escritura estaba determinada por su cuerpo y por el lugar que éste tenía en las historias familiar, nacional y continental (...) En otras palabras, delataron en su literatura algo que el historiador Hayden White formuló para toda expresión escrita de las ideas, esto es, que “el pensamiento permanece cautivo del modo lingüístico en que intenta captar la silueta de los objetos que habitan el campo de su percepción” (2006, p. 95).

Según lo aquí expuesto, la narrativa y la poesía han funcionado por décadas como lugares ideales para glosar los cimientos identitarios del continente, desde posiciones de aparente sumisión. La máscara de la ficción y los juegos de estilo, junto a la aparente solidificación del canon, hicieron de la literatura una zona de tolerancia donde voces no autorizadas podían pronunciarse.

Ahora bien, aunque se pueden encontrar obras de este tenor desde finales del siglo xix, Gargallo establece que el proceso anunciado se sucedió a mediados del siglo xx. Esta percepción quizás obedezca al hecho de que en los años cuarenta y cincuenta el fenómeno se hizo considerablemente más visible. A partir de 1940, se publicaron en América Latina una cantidad importante de obras que proponían la incorporación de mujeres a los eventos fundacionales del continente –como *El perjuro: novela histórica* (1953), de la argentina Reneé Pereyra Olazábal; *Maximiana* (1957), de la



mexicana Patricia Cox; o *Madame Lynch* (1957), de la paraguaya María Concepción Leyes de Chaves–, que reconstruían en clave novelesca la vida de latinoamericanas notables –como las biografías de Manuela Sáenz escritas por la hispanopanameña Concha Peña (1944) y la peruana María Jesús Alvarado (1952)– e, incluso, textos que releían la resistencia de los pueblos originarios desde el pensamiento feminista –como *El secreto de Antatura* (1953), de la panameña Luisita Aguilera Patiño o *Mayapán* (1950), de la narradora hondureña Argentina Díaz Lozano–.

Se trata de una genealogía de escrituras que permiten rastrear varios movimientos. Por ejemplo, un intento de descubrir la participación de algunas mujeres extrañas en espacios geográficos –como los campos de guerra o los palacios de gobierno– privilegiados por la historiografía tradicional; una vuelta hacia el mundo doméstico, referido como correlato en el desarrollo de los grandes acontecimientos bélicos y/o políticos; o, incluso, en algunos otros casos, la concepción de una subjetividad plural y una reflexión acerca del papel de las mujeres, los indígenas y los oprimidos en el pasado latinoamericano, con todas sus especificidades, sus jerarquías y sus contradicciones.

En cualquiera de sus vertientes, son obras con claras evidencias del proceso de intervención descrito por Gargallo, posturas que si bien desde mediados del siglo xx se acentuaron y se hicieron más explícitas, se venían gestando en la narrativa de algunas otras latinoamericanas quienes, por medio de discursos más o menos oficializados, se dieron a la tarea de retomar desde la prensa, la narrativa y la dramaturgia, pasajes enmarcados en la Guerra de Independencia, en las guerras federales y en otros movimientos de insurrección política para, de ese modo, movilizar la identidad genérica, racial y cultural de algunos personajes masculinos emblemáticos del continente. Con esta reescritura, si bien no se conseguía reivindicar del todo las labores, las lógicas y las marcas discursivas tradicionalmente entendidas como femeninas –es decir, no había una búsqueda idéntica a la que se desarrolló en la segunda mitad del siglo–, se hizo palpable cierto reclamo de igualdad que descompaginó a las masculinidades establecidas y, al mismo tiempo, formuló perfiles alternativos para las mujeres en la historia<sup>4</sup>.

Aunque tras la aparición de una serie de trabajos publicados en las últimas décadas –entre los que se encuentran: *Mujeres de la independencia. Seis biografías de mujeres venezolanas* (1964), de Carmen Clemente Travieso; *Mujeres en la independencia* (1977) de Arturo Costa de la Torre; *Las mujeres en la independencia de América Latina* (2010), compilado por Sara Beatriz Guardia o *Mujeres e independencia. Venezuela: 1810-1821* (2013), de Mirla Alcibiades, por mencionar algunos títulos– estas afirmaciones pudieran haberse incorporado ya, con distintos niveles de problematización, en el imaginario latinoamericano, el fenómeno en sí mismo no ha sido leído en toda su amplitud. Es decir, si bien se ha reconocido que las diferentes tendencias historiográficas en pugna durante los siglos XIX y XX iluminaron/produjeron subjetividades muy disímiles, no se ha pensado, por ejemplo, en las gradaciones que cada desplazamiento subjetivo adquirió gracias a la apropiación de un paradigma historiográfico en particular por parte de algunas voces periféricas.

En este sentido, y aunque a simple vista pudiera resultar paradójico, es pertinente señalar que la visión hispanoamericanista de la Guerra de Independencia, o empleando términos más exactos, su agenciamiento por parte de algunas voces femeninas, provocó que bajo un supuesto acatamiento del saber académico, se negociara la existencia de posiciones subjetivas suprimidas en los registros más acreditados frente a las instituciones burguesas. De igual forma, las alegorías, la maternidad y el lugar de la musa seguirían existiendo, sólo que con una carga semántica diferente.

Buen ejemplo de ello lo constituyen las tres obras que se abordan en esta indagación: *Bolívar americano* (1934a) de la venezolana Olga Briceño, la tercera de sus novelas dedicadas a la vida del Libertador; *El voto* (1923)<sup>5</sup>, de la peruana Amalia Puga de Losada; y la obra teatral *Un recuerdo de amor: poema dramático histórico en tres actos y en verso* (1923)<sup>6</sup>, de la chilena Graciela Sotomayor de Concha. Textos aparentemente biográficos que intervienen la idea de nación y, sin desecharla del todo, le atribuyen límites más amplios hasta inscribir en la Historia una topografía discordante de vínculos intersubjetivos con el potencial necesario para modificar, de forma solapada, las lecturas instituidas del campo político.

Con estas escrituras, Briceño, Puga de Losada y Sotomayor de Concha evidencian las diferentes rutas transitadas por las subjetividades femeninas que se propusieron ocupar y resignificar cada uno de los espacios asignados a las mujeres en la visión dominante de la Historia.

## Notas

- 1 En *Mujeres e independencia. Venezuela: 1810-1821*, Mirla Alcibíades habla de este fenómeno:

El asunto es que ellas no eran sombra de sus congéneres. La cuestión estriba en que las venezolanas tenían ideas, las defendían con todos los recursos que tenían a mano, fijaban posición, tomaban partido, se expresaban, trataban de persuadir a las indiferentes o a las del bando contrario y, cuando las circunstancias lo requerían, ponían las manos en las armas. Tomo partido al indicar que la opción crítica que cabe asignar a las venezolanas de esos años es de carácter político. En ese contexto fueron dos las posibilidades: patriotas o realistas (o, si se prefiere, republicanas y monárquicas u oposición equivalente) (2013, p. 272).

- 2 Esta noción fue tomada de Amelia Valcárcel, quien en su artículo «La memoria colectiva y los retos del feminismo» señala:

Cuando afirmo que el feminismo tiene su nacimiento en la Ilustración y es un hijo no querido de ésta, no hago más que poner de relieve que, como resultado de la polémica ilustrada sobre la igualdad y diferencia entre los sexos, nace un nuevo discurso crítico que utiliza las categorías universales de su filosofía política contemporánea. Un discurso, pues, que no compara ya a varones y mujeres y sus respectivas diferencias y ventajas, sino que compara la situación de depravación de bienes y derechos de las mujeres con las propias declaraciones universales.

Estas declaraciones se compusieron usando las líneas y terminologías acuñadas por Rousseau, de ahí que el papel de su pensamiento sea tan importante para entender el propio feminismo como teoría política. El feminismo es la primera corrección fuerte y significativa al democratismo ilustrado. Proviene, como no, de la fase polémica anterior, pero se fragua y solidifica en contraste con las prácticas políticas, –declaraciones de derechos americanas y francesa– y con las teorías políticas que les sirven de fundamento. Porque Mary Wollstonecraft es demócrata rousseauiana, porque estima que tanto el *Contrato Social* como el *Emilio* dan en la diana de cómo debe edificarse un estado legítimo y una educación apropiada para la nueva ciudadanía, no está dispuesta a admitir la exclusión de las mujeres de ese nuevo territorio (2001, p. 9).

En este sentido podría decirse que tanto las mujeres que toman parte en la Guerra de Independencia como aquellas que se encargan de reconstruirla a lo largo del siglo XX, legitiman el nacionalismo al querer integrar y ser visibles en ese territorio de pertenencia que ha sido diseñado desde el poder.

- 3 Dice Rosa Cobos respecto al personaje femenino de *Emilio*:

[N]os encontramos con que ésta tiene todas las características de la mujer del estado presocial. La mujer del estado presocial ha sido introducida ya de una forma absolutamente natural en un espacio cerrado y privado. Su inserción en la privacidad (ocuparse de la choza y cuidar a los hijos) prefigura a una Sofía cuya finalidad es casarse y cuidar de su casa y de su familia (1995, p. 130).

Se estaría hablando entonces de la mujer que permanece en el estado presocial, cuya reconfiguración desemboca en la construcción y el cuidado del espacio doméstico.

- 4 Luz Marina Rivas (2004) emplea la categoría “novela intrahistórica” para hablar de estas y otras recuperaciones del pasado que giran en torno a la cotidianidad y, desde ahí, cuestionar o reescribir la gran Historia. Por su parte, Miguel Gomes agrega:

Un repaso de las caracterizaciones existentes de la «novela intrahistórica», en particular las de Rivas, Da Cunha, González Stephan y Pacheco, y en su confrontación con los textos no puede menos que arrojar numerosos aciertos. Están en casi todas las enmiendas de plana, reescritura o parodia de la Historia –con mayúscula–; la alegorización de lo nacional en clave doméstica y privada; la narración polifónica, puesta en manos de marginados, normalmente mujeres; las genealogías de mujeres, es decir, la construcción de una identidad sexual cambiante, progresiva o discontinua, casi siempre esta última, que responde a avatares sociales; formas fragmentarias que acompañan a identidades desintegradas; poco hermetismo léxico o lúdico; visión afectiva del espacio (2006, p. 563).

Las tres obras aquí abordadas están cerca de esta categorización, pero tienen la particularidad de haber sido avaladas por el campo intelectual. Habría que destacar entonces que las autoras supieron capitalizar la identidad que les había sido atribuida y cuestionar, desde ahí, algunas verdades históricas.

- 5 Todas las citas presentes en este trabajo fueron tomadas de la edición realizada en Cajamarca, por la Imprenta San Antonio, en 1924.
- 6 Aunque la obra fue escrita y estrenada en 1923, las citas incluidas en este trabajo fueron tomadas de la edición de 1947, a cargo de los talleres de la editorial Nascimento en Santiago de Chile.



## Moralmente ineptos/as: naciones, nacionalismos y sujetos nacionales en la primera mitad del siglo xx

*... cuando un grupo de gente ya está constituido como una nación y forma un todo espiritual del tipo descrito anteriormente, ellos son moralmente aptos para formar un Estado independiente por sí mismos.*

*Esto no significa que ellos deban o vayan necesariamente a pedir estadidad independiente, pero que si lo hacen, sus demandas están plenamente justificadas.*

*Y cuando ellos establecen un Estado para sí, su tarea principal es expresar y preservar la unidad de la nación contra amenazas internas y externas. Segundo, cuando un Estado consiste en una colección miscelánea de gente y no es una nación, debe esforzarse por volverse uno mediante la homogeneización de sus ciudadanos y la transformación de ellos en un todo espiritual indivisible.*

BHIKHU PAREKH

«El etnocentrismo del discurso nacionalista»

DURANTE LAS DÉCADAS de los años veinte y los treinta del siglo xx, el contraste entre la emergencia de nuevas identidades latinoamericanas y la decadencia de la vieja Europa golpeada por la guerra, se hizo más visible política y culturalmente. En este período, la definición de la nación y de las identidades nacionales volvió a ocupar un lugar central en los debates intelectuales del continente, ahora enmarcados en las más heterogéneas tendencias ideológicas. A partir de ello, proliferaron posturas analíticas, paradigmas de estudio y fórmulas de pensamiento que pretendían iluminar esa verdad esencial que constituía la “personalidad nacional”<sup>1</sup>.

Patricia Funes (2006) dice al respecto que en los años veinte, la discusión acerca de la identidad había adquirido un viso renovador, pues para entonces en Latinoamérica, más que fundar, se pretendía «salvar la nación», dado el efecto residual de crisis vivida tras la culminación de la Gran Guerra. A diferencia de lo que ocurría en el siglo xix, «la nación ya no es considerada un atributo, un perímetro que acompaña o complementa al Estado, sino

el lugar de condensación de las complejidades y contradicciones sociales en el contexto de una modernidad esquiva y ecléctica pero advertible» (p. 69). Por ello, “la nación” como proyecto debía ser recuperada. Entre muchas otras diatribas, una de las que ocupó las páginas de diarios y libros fue el problema del nombre, con todas las implicaciones ideológicas que conllevaba.

Hablar de Latinoamérica, Hispanoamérica, Indoamérica, Iberoamérica o, incluso, de Nuestra América, envolvía una postura frente a qué países integraban el territorio donde estaba arraigada la identidad cultural, cuáles eran los elementos del pasado que debían privilegiarse para lograr la identificación total y cuál era el linaje donde decidía inscribirse cada voz que nombrar a la nación<sup>2</sup>. El uso del nombre implicaba la recuperación de una tradición determinada que justificara la distribución del poder, de la participación en la toma de decisiones y de las identidades que se quería instituir en ese momento.

Aunque se trató de una discusión compleja y atravesada por tramas desiguales para revisar los usos que hicieron Olga Briceño, Amalia Puga de Losada y Graciela Sotomayor de Concha de esta querrela, se puede partir de la existencia de una línea ideológica: un continuum que separaba el panamericanismo –es decir, la concepción del continente americano en su totalidad como una unidad distante de Europa– del hispanoamericanismo –o la visión de España y sus colonias como un núcleo independiente de Brasil, Estados Unidos y Canadá–. Entre una y otra propuesta, se inscribía una cadena de discursos y proyectos nacionales complejos, cambiantes y con múltiples texturas. En uno de los extremos se encontraba la llamada hispanofilia, fenómeno frente al cual Ernesto Capello (2003) reconoce de forma evidente en el diseño imaginario de la ciudad de Quito:

Aunque el hispanismo se expandió por todo el mundo, las condiciones locales marcaron la formulación de uno u otro discurso hispanista; por ejemplo, no todos los hispanófilos dieron muestras de antiimperialismo “yanqui”, como lo habían hecho Darío o Rodó. Por su parte, Jeane Delaney sostiene que en *El Solar de la Raza*, la influyente obra del argentino Manuel Gálvez, el retrato sentimental del provinciano pueblo ibérico



viene de la experiencia personal de Gálvez, como miembro de la élite rural frente a un Buenos Aires inmenso, secular y moderno. De manera similar, los hispanistas ecuatorianos respondieron a la modernización nacional llevada a cabo por gobiernos liberales, la mayoría de ellos proveniente del litoral y cuyo programa estuvo marcado por el desdén de la sociedad tradicional andina, por la oligarquía terrateniente quiteña. Al españolizar Quito, los hispanistas respondían con un discurso laudatorio anclado en una redefinición de la tradición como fuerza redentora (p. 59).

En otras palabras, la hispanofilia consistiría más que en la negociación, en el traslado del componente hispánico hacia el centro de la identidad latinoamericana, a las prácticas sociales legitimadas y a los ideales de conducta. Se podría pensar incluso como un deseo conservador de recolonizar en términos culturales y étnicos la región, a partir de la lectura jerarquizada de los códigos expresivos. Todo ello a pesar de que Capello, pocos párrafos más adelante, advierte la existencia de una vertiente liberal –como se verá, ajena a la plataforma con que Briceño, Puga de Losada y Sotomayor de Concha dialogan– de la hispanofilia.

Cristián Gazmuri (2010), al hablar de Chile señala que, contrariamente a lo que ocurrió en Ecuador, el hispanismo en su país siempre estuvo ligado a la defensa de la herencia colonial católica, amenazada por el paradigma liberal positivista que había adquirido un gran auge en el siglo XIX. Se estaría hablando de un alto nivel de desconfianza frente a la promesa de laicismo y soberanía que conduciría a la igualdad. Se propone como figura central del pensamiento hispanoamericanista a Jaime Eyzaguirre, un “conservador apasionado” cuyo aporte a la historiografía chilena

... fue valioso, porque escribió para el público culto no especializado, y no sólo para sus pares, y contribuyó, tanto como Edwards o Encina, a fortalecer una visión idealizada de los decenios pelucones y, en su caso, de la época colonial. También como ellos, veía en el Chile del siglo XX un país en decadencia, aunque por razones diferentes. En el caso de Eyzaguirre, ligada a la crisis del catolicismo frente a la modernidad, y al hispanismo frente a la hegemonía primero de lo francés y luego de lo anglosajón (Gazmuri 2010. p. 126).

Quizás el elemento cohesionador de esta tendencia estaba en que, más allá del marco ideológico con el que se articulara, la identidad no sería edificada culturalmente, como ocurría con la mayoría de las propuestas surgidas en la primera mitad del siglo xx, sino bajo una supuesta cercanía racial<sup>3</sup>. En el marco de esta corriente se asume la existencia de una raza hispana<sup>4</sup>, al menos en un porcentaje importante, con una única lengua, capaz de agrupar bajo el signo “nación” a toda una diversidad de pueblos. En ese sentido, el “sujeto nacional” derivado de la corriente hispánica sería un individuo racializado pero que, paradójicamente, puede construir su autonomía a partir del componente español de su identidad. En su artículo «Hispanoamericanismo 1912-1936 a través de la revista *España y América*», Concepción Reverte Bernal lo resume de la siguiente manera:

El concepto de hispanoamericanismo es un concepto complejo, como se ha venido comprobando recientemente mediante diversos estudios sobre el tema (...) dando una visión simplificada «a priori», este concepto se puede definir en dos vertientes:

como sentimiento de solidaridad entre los pueblos hispanoamericanos entre sí y con España;

– como aspiración o meta a la unión de los pueblos hispanoamericanos entre sí y con España. En este segundo sentido el hispanoamericanismo aparece como un proyecto a futuro, a diferencia del primero que sería algo que ya se posee, y comporta una serie de medios para su consecución.

El fundamento del hispanoamericanismo es el pasado histórico común de España e Hispanoamérica, fruto de la Conquista y los siglos de Virreinato, y del que se derivan la unidad de idioma, religión, tradición cultural, instituciones, costumbres, etc. (1985, p. 349).

Según lo aquí propuesto, el hispanoamericanismo se estaría alejando de la concepción del Estado-nación al no anclar la identidad en un territorio geográfico específico, sino en la supuesta uniformidad cultural, lingüística y, sobre todo, moral producto de la conquista. Por ello, cualquier elemento que trascendiera o hubiera antecedido a la presencia del imperio español en el continente era visto como amenazante frente a la cohesión nacional y

a la búsqueda de la homogeneidad. La hispanidad, por medio de su lengua, sería el eje determinante de las herencias, las deudas y las obligaciones contraídas por quienes quisieran ser parte de la región; era, en muchos sentidos, la garantía de paz y armonía.

Ello transformó la necesidad de etnificar al sujeto nacional en una demanda urgente. Dado que el proyecto hispanoamericanista no se basaba en la unidad política, sino que pretendía instaurarla por medio de la reconstrucción histórica, debía anclar su legitimidad en el relato de una etnicidad ficticia que facilitara el establecimiento de un paralelismo entre la sed de autodeterminación y la cercanía cultural a los colonizadores. Lo que equivaldría a decir que la narrativa de la homogeneidad étnica sirvió para repolitizar la Guerra de Independencia y convertirla en una consecuencia de la hispanidad y no en su contradicción.

En este sentido, vale la pena recordar a Partha Chatterjee (2000) cuando habla del «gran evento» como uno de los ejes cardinales para asir el nacionalismo. Se trata de un acontecimiento que determina el inicio del presente y, con ello, divide el tiempo histórico en «pasado y futuro, tradición y modernidad, parálisis y desarrollo» (p. 154). Al pensar desde este marco el proyecto hispanoamericanista de nación, se tendría que la reconstrucción de la Guerra de Independencia en una buena cantidad de ficciones históricas busca replantear de forma evidente la conquista como otro de los ejes originarios de la identidad.

No se trataba precisamente de problematizar la existencia de un marco monolítico para la nación, sino de proponer otro igual de incontestable e imposible de conciliar con formas de heroicidad y pertenencia distintas. Al hablar de hispanismo también se estaría aludiendo a modelo totalitario que niega la existencia de cualquier individualidad que no se adecue a sus demandas; no obstante, el hecho de que sea un proyecto basado en un sujeto colectivo que había sido gestado en el periodo de la Colonia y cuya raza estaría por encima de su género, ubicaba la identidad modélica más cerca de –y, en cierto sentido, accesible para– las mujeres letradas que los proyectos más cercanos al liberalismo.

Resulta verosímil entonces que la apropiación de esta tendencia historiográfica y de sus preceptos por parte de un grupo

de mujeres escritoras resultara muy fructífera para un sector determinado de latinoamericanas que se había propuesto conquistar espacios de participación política. Es decir, si en las primeras décadas del siglo xx había un acuerdo mínimo sobre la necesidad de imaginar una comunidad desde la absorción de las diferencias por parte de un sujeto nacional y, en buena medida, el liberalismo planteaba una ilusión de cohesión en torno a la masculinidad, no es extraño que este grupo de autoras se valiera del pensamiento hispanista conservador para tomar parte del imaginario pasado e inscribirse en cualquier proyecto por venir. Aunque parezca contradictorio, como se verá al revisar las escrituras de Briceño, Puga de Losada y Sotomayor de Concha, este pacto con la tradición podía llegar a ser liberador.

## Notas

### 1 Dice Étienne Balibar:

La historia de las naciones, empezando por la nuestra, se nos ha presentado siempre con las características de un relato que les atribuye la continuidad de un sujeto. De este modo, la formación de la nación aparece como la culminación de un “proyecto secular”, jalonado de etapas o de tomas de conciencia que los perjuicios de los historiadores presentarán como más o menos decisivas (...) de todas formas, se inscriben en un esquema idéntico: el de la manifestación de la personalidad nacional. Una representación semejante constituye ciertamente una ilusión retrospectiva, pero traduce también realidades institucionales condicionantes. La ilusión es doble. Consiste en creer que las generaciones que se suceden durante siglos en un territorio más o menos estable, con una denominación más o menos unívoca, se transmiten una sustancia invariable. Consiste también en creer que esta evolución, cuyos aspectos seleccionamos retrospectivamente de forma que nos percibamos a nosotros mismos como su desenlace, era la única posible, representaba un destino (1991, pp. 135-136).

En este sentido, el debate intelectual en torno a la nación no pretendía producir una identidad, sino descubrir, por medio de la revisión del pasado, una verdad: en qué había consistido siempre ser hispano, ibero o latinoamericano.

### 2 Patricia Funes (2006) dedica uno de los capítulos de su libro a delinear una panorámica de los nombres dados a la región por distintos intelectuales como Vasconcelos, Martí, Mariátegui o Haya de la Torre, entre muchos otros. Resulta interesante ver cómo Briceño, Puga de Losada y Sotomayor de Concha –en mayor o menor medida– se valían de algunos términos institucionalizados y los resemantizaban para, de ese modo, ampliar los límites del significante.

### 3 Propone Capello:

El hispanismo, como movimiento cultural fundado en el elogio a la identidad hispana, fue, desde sus inicios, una filosofía esencialmente racista. Como lo ha comentado Bustos en uno de los únicos estudios acerca del hispanismo ecuatoriano, y como ha quedado demostrado en este ensayo, hay una tendencia clara dentro del movimiento hispanista a negar la contribución indígena en la constitución de la nacionalidad ecuatoriana. Claro ejemplo de ello es la proclamación por Jijón de una nacionalidad “netamente hispana” en un celebrado discurso sobre la ecuatorianidad en 1942 o la constante falta de reconocimiento que hacía Navarro de las contribuciones artísticas indígenas (2004, p. 73).

Como se verá en el análisis de las obras, la negación del sustrato indígena tanto en Puga de Losada como en Sotomayor va a ser evidente; no obstante, en el caso de Briceño la solución simbólica va a ser más ingeniosa y estará asociada a un juego de anacronismos y superposición de espacios.

### 4 Al respecto, dice Balibar:

Llamo etnicidad ficticia a la comunidad formada por el Estado nacional. Es una expresión voluntariamente compleja, en la que el término ficción, de acuerdo con lo que indicaba más arriba, no se debe tomar en el sentido de pura y simple ilusión sin efectos históricos, sino todo lo contrario, por analogía con la persona ficta de la tradición jurídica, en el sentido de efecto institucional, de “fabricación”. Ninguna nación posee naturalmente una base étnica, pero a medida que las formaciones sociales se nacionalizan, las poblaciones que incluyen, que se reparten

o que dominan quedan "etnificadas", es decir, quedan representadas en el pasado o en el futuro como si formaran una comunidad natural, que posee por sí misma una identidad de origen, de cultura, de intereses, que trasciende a los individuos y las condiciones sociales (ob. cit., p. 149).

El hispanismo giraría en torno a la etnicidad ficticia y las obras que aquí se abordan estarían proponiendo una personalidad nacional lo suficientemente inestable como para poder feminizarla sin que entre en conflicto directo con el marco ideológico.

## Anacrónica, quieta y hierática: Olga Briceño (Venezuela)<sup>1</sup>

*Y ahora... , ahora corriendo a casa de Olga  
a leerle este prólogo.*

*Acaso tan sólo lo he escrito para vérselo oír. Avaricioso,  
pago un bien mal pagado y ya estoy pidiendo otro. Probablemente se aburrirá  
con la lectura: sentada sobre sus arábigos almohadones, anacrónica, quieta,  
hierática, sus ojos orientales, abiertos en corte de almendra,  
se alejarán en una ausencia soñadora.*

*Siempre se nos va un poco Olga cuando le hablamos... ,  
acaso porque quiere poblar mejor que con nuestras palabras su silencio.  
Se va hacia América, hacia sí misma, con el pensamiento, y sólo  
por el gusto de verla sonreír cuando vuelva, corro a provocar su  
ausencia con mi lectura. Porque cuando vuelva, al saberse en España,  
al sentirse en su España, sonreirá como Horacio en Tarento.*

*Es una devolución de sonrisa. Angulus ridet. Cuando mi nostalgia peruana  
vuelve de sus viajes, porque se ha hecho nostalgia española, yo también sonríe así*

FELIPE SASSONE

«Prólogo a Bolívar americano»

MÁS ALLÁ de las posiciones respecto a la mujer, los roles de género y la subjetivación femenina representadas y reproducidas en la trilogía de Bolívar, es imposible negar que Olga Briceño ocupó en el campo intelectual, más que el lugar de una activista del feminismo, el espacio de una hispanoamericanista. Al menos hasta la década de los cincuenta, Briceño fue asumida como una ideóloga de la unión de España y Latinoamérica en un bloque único de identidad. El encargo o la acogida de sus textos por parte de la editorial Nuestra Raza, su participación activa en la Asociación “Los Amigos de Bolívar” y su colaboración permanente con la revista *España y América*<sup>2</sup> dan buena cuenta de ello. De ahí que sea importante reflexionar sobre cuál era la relación de Briceño con las lógicas que proponían la unión continental en la década de los treinta.

La recepción de sus novelas constituye un rastro iluminador; de hecho, los pocos comentarios críticos que abordaron estos textos refuerzan que la posición ideológica frente a la identidad del continente era una clave de lectura para las acciones y discursos de esta autora. Por ejemplo, el mismo año de publicación de la trilogía de Bolívar apareció en Jerez de la Frontera, el número 68 de la *Revista del Ateneo*. En esa edición, el apartado «Estampas españolas» estuvo dedicado a *Bolívar criollo* y *Bolívar libertador*. Entre otros comentarios se puede leer que:

En estas obras de Olga Briceño se revela una gran escritora, una escritora de raza. Escritos están con una galanura de estilo magnífico, en un castellano conciso y tajante, lleno de luz y de valor. Más que con la pluma aparecen hechos con el pincel de un gran pintor.

Olga Briceño ha realizado el milagro de retrotraer el curso del tiempo y situarnos por arte de magia –de la magia de su talento y de su cultura– en los años postreros del siglo XVIII y en los primeros lustros del XIX. La gran figura de Bolívar se proyecta en plena vida, llena de energía, en el ambiente de la época admirablemente reconstruida.

Estos libros no son una historia propiamente dicha, ni una novela histórica. Son películas de cinema, en las que se retrata con todos los detalles una existencia pletórica y una época llena de interés y de emotividad: son la verdad misma unguada por la literatura y basada en los hechos históricos («Estampas españolas. La vida de Bolívar», abril-septiembre de 1934, p. 200).

Y antes de introducir un capítulo de *Bolívar libertador*, se afirma:

Los amplios ideales políticos del Libertador; sus concepciones estratégicas; sus victorias, sus derrotas, sus amores, sus debilidades, sus éxitos, sus fracasos, desde que nace hasta que muere, después de una vida fuerte y gloriosa, llena de luz; el hombre completo, en una palabra, se refleja, como en un espejo, en los libros espléndidos de Olga Briceño.

Algunos capítulos despiertan en nuestra alma la honda emoción de lo trágico; otros nos llenan de dulce euforia ante las aventuras amorosas del gran amador; en ocasiones un escalofrío de horror nos invade; otros una sonrisa vaga por nuestros labios; a veces sentimos la desolación infinita de los llanos, y



el vértigo ante las cumbres andinas, y un ardiente deseo de lo desconocido, al vogar [sic] por los ríos caudalosos y por las selvas inmensas de los trópicos.

Los libros de Olga Briceño revelan una profunda cultura perfectamente asimilada y un fino estilo de escritora, que ha de dar días gloriosos a su país y al idioma castellano, patrimonio de veinte naciones hispánicas (ibid., p. 201).

Con sólo tener en cuenta los comentarios iniciales, se hallan referencias al valor patrimonial del idioma, a la búsqueda visual –y, por extensión, performativa– del lenguaje elegido por Briceño y a la representación de los ideales de Bolívar como precursores de la unión continental, lo que equivale a decir que desde un comienzo se está hablando de un texto marcado por la lógica hispanoamericanista. Asimismo, en algunas referencias se asoma la jerarquización cultural que da origen a un hispanismo enfrentado a las corrientes indigenistas. Las menciones al «castellano conciso y tajante, lleno de luz y de valor» y a la asimilación cultural que llevó a cabo la autora, traslucen una valoración según la cual, su origen venezolano se ha reacomodado hasta adaptarse a las exigencias que le permiten enunciar verdades.

A esto se suma que Briceño es definida como «una escritora de raza»<sup>3</sup>, expresión que vista a la luz de un proyecto hispanoamericanista, en el año 1934, cuando Europa atravesaba el período entre guerras, adquiere significaciones muy precisas. Al respecto, cabe recordar a Isidro Sepúlveda Muñoz (2005), quien señala que la neutralidad del pensamiento americanista frente a la Primera Guerra Mundial ayudó a delimitar el concepto de “raza”, pues lo distanció de las teorías de la superioridad biológica y lo redujo a la condición de alegoría retórica. Uno de los símbolos edificados en esos años fue la “Fiesta de la Raza” que servía para rechazar

... la lucha de razas, tanto dentro de la autorrepresentada comunidad hispanoamericana, como de ésta frente a otros grupos étnicos-culturales; en especial durante y tras la Gran Guerra, las dramáticas consecuencias de las luchas étnicas en el interior de Europa eran un argumento para repudiar toda exacerbación de lucha entre razas. Estos planteamientos podrían evidenciar una clara ingenuidad, e incluso la amnesia del, en

otros momentos omnipresente, posicionamiento contra Estados Unidos; pero, en realidad, hay que insertar esta posición dentro de los planteamientos del nacionalismo español y las posturas ambivalentes en momentos condescendientes y en otros condenatorias, frente a la consolidación de los nacionalismos subestatales en España, uno de los cuales presentaba unas explícitas características racistas.

La oposición más persistente al nombre de la fiesta (que no a la fiesta en sí) vino precisamente por la vía de la propiedad étnica. Su argumento descansaba en la imposibilidad de existencia de una «raza iberoamericana» a causa de la mezcla de sangres distintas: india, negra, latina, nórdica-aria (Sepúlveda Muñoz 2005, pp. 205-206).

En el artículo que pretende glosar tanto la obra como el nombre de Olga Briceño, se superponen las dos tendencias. Por una parte, la condición de “escritora de raza” le atribuía a esta autora la capacidad de publicar un texto conciliador, donde se superaran las diferencias de origen y se fortalecieran la lengua, la historia común, el desmontaje de la leyenda negra y la construcción de un enemigo externo, para dar supremacía al carácter hispánico del continente. Por la otra, se construye la alegoría desideologizante de la que habla Sepúlveda Muñoz, pero se inscribe en la corporalidad misma de la autora.

No parece ser casual que en el comentario crítico que se hace de la obra, no se incluya la imagen de portada de los libros, sino una fotografía de Briceño quien –con el cabello recogido en un moño y los labios cuidadosamente pintados– mira hacia arriba, en un gesto que recuerda más a las estrellas de cine que a sus pares masculinos narradores o historiadores. No se trata, por cierto, de la única fotografía que la muestra en esta pose, ni de la única ocasión en la que se intentó fijar su imagen como representación alegórica de la raza hispanoamericana.

El 2 de enero de 1935, en el diario *ABC* de Sevilla, se reprodujo una fotografía similar, aunque en un plano más cerrado, en la que también se puede ver cómo la autora vistiendo el mismo atuendo que en la imagen aparecida en la *Revista del Ateneo*, mira a un punto indefinido en el espacio. Lo más curioso en este caso es que la foto de Briceño está incluida en una sección del *ABC* titulada

«Páginas hispanoamericanas. Historia, comentarios, fotografías». Al pie se puede leer: «Doña Olga Briceño, distinguida escritora venezolana, que recientemente ha publicado tres interesantes tomos relatando la vida de Bolívar» («Páginas hispanoamericanas. Historia, comentarios, fotografías», 2 de enero de 1935, p. 11). El rostro de Briceño ocupará la página completa, mientras que la referencia a su discurso será corrida hacia el final de la hoja, donde ni siquiera se mencionan los títulos de los libros que le dieron alguna figuración como intelectual.

En este mismo diario, unos meses después, el día 23 de junio, se reseñaba el acto de conferimiento de la Orden Isabel la Católica a la autora. El texto aparecía bajo el título «Entrega de una condecoración». Rezaba el pie de foto: «El jefe del ministerio de Estado imponiendo el lazo de la Orden de Isabel la Católica a la escritora venezolana doña Olga Briceño» («Entrega de una condecoración», 23 de junio de 1935, p. 23). Ciertamente, no se trata de un proceso de reducción a la imagen tan violento como el que ocurrió en las fotografías antes citadas, pues aquí aparecen las dos personas aludidas y el plano no sólo abarca el rostro, sino que también incluye el torso y los dos brazos de Briceño. La autora no está viendo hacia la cámara, pero tampoco tiene la mirada perdida y, por primera vez, se le ve sonreír; no obstante, también en esta representación se encuentra en una actitud pasiva: es una mujer que, sin reaccionar, acepta complacida el reconocimiento.

Al respecto es importante considerar que en el título del apartado no se habla de “merecer” ni de “recibir” sino de “entregar” una condecoración, es decir, el sujeto principal de la acción no es la escritora. Del mismo modo, la nota que acompaña la imagen deja claro que quien ejecuta un acto relevante —es decir, quien “impone” la condecoración— es el varón, mientras que Briceño sólo se limita a “ser” escritora, doña y venezolana. Ante ello, no es descabellado pensar en el uso de la imagen como una fórmula para limitar la participación femenina, para inscribirla en el espacio de la alegoría que reproduce acríticamente el discurso hispanoamericanista.

En este sentido, también se debe considerar que el prólogo que acompaña la única edición de *Bolívar americano* se escribió en

términos similares. Esta novela comienza con un texto introductorio firmado por Felipe Sassone, quien si bien –al igual que ocurría en el diario *ABC*– refuerza la inclinación hispanoamericanista de Briceño, también muestra algunas dificultades para evaluar su papel como reconstructora del pasado. En los primeros párrafos, el prologuista se ubica en una posición muy ortodoxa, pues no reflexiona acerca de la novela sino que caracteriza –en un lenguaje que bien pudiera estar describiendo cualquiera de las fotografías aludidas– a la mujer que narra:

El ama de la casa era una de esas americanitas nuestras transplantada a Europa, que sin perder el aire nativo, un aire lánguido, dulzón y cadencioso de danza tropical, se asimilan la elegancia de otras civilizaciones. Morenita y aromada, como el fruto del capulí, parecía una estatua griega modelada con barro de las Indias españolas; no bella de fealdad monstruosa como los huacos del Perú, sino hermosa de hermosura auténtica y ágil, que me llevaba a pensar en una de las Tanagras que yo había visto en París en el Museo de Louvre. La cabecita, redonda y pequeña, exacto remate de proporciones exactas en la exacta armonía del cuerpo gracioso, y la veste, de modista parisién, veste moderna, estrecha y larga, funda sedosa de la ballesta viva, ayudaban prodigiosamente la evocación. Olga nos servía el café y los licores bailando sin querer, trezando los pies pequeños –minúsculos pies de España–, y cuando yo lo hice notar, su marido, Manuel Ortega, el editor literato que lograra, el muy pícaro, casarse con la décima Musa (Sassone 1934, pp 7-8).

A pesar de esta objetivación casi absoluta de Briceño, Sassone señala algunas páginas más adelante:

Síntesis de todo ello, el capítulo admirable de la obra que prologo, titulado *El abrazo de América y España*. He recordado al leerlo que en los balbuceos líricos de mi adolescencia, cuando empezaba a ser loco, en un día de fiesta nacional peruana, escribí unos versos en elogio de El Libertador. Tan malos eran, que cuando tuve las primeras nociones de retórica y poética, los rompí avergonzado. ¿Por qué los recuerdos ahora? ¿Para expiación de mi pecado? ¿Para elogio de la escritora que, sin saberlo, me los devuelve al cabo de los años en buena prosa,

clara, segura, artística, para hacer posible el perdón que yo le pedía a España por amar a Bolívar?

(...) Este libro de Olga Briceño ha venido a darme todo lo que latía en el fondo de mi, por llamarlo así, poético disparate. Si algún día torno a mis lares, a visitar a mis muertos, no tengo otra cosa que hacer en el negro olvido de mi amado país; cuando una mañana radiante, bajo el sol de oro, en el viento apacible de mi mal gobernada república, vea flamear, como en muda bienvenida de la tierra a su fruto las banderitas rojas y blancas de las pequeñas embarcaciones peruanas que se acercarán al transatlántico extranjero que allá me lleve, pensaré agradecido que Bolívar me regaló esa bandera; me regaló más: me dio una España que amar; mejor: me dio la libertad de amar a España, que no hubiera podido amarla tanto entre cadenas (ibíd., p. 12).

Estas dos extensas citas ilustran una variedad de serpenteos que transita Olga Briceño al apropiarse del paradigma historiográfico hispanista –como, por ejemplo, la desideologización del discurso por medio de una serie de estrategias de “humanización” de los héroes<sup>4</sup> o la propuesta de nuevas formas de aproximación al pasado– que darán cuenta de ella como intelectual capaz de registrar intersubjetividades e interacciones poco comunes en las visiones canonizadas de la Guerra de Independencia.

Aunque siempre vuelve sobre la belleza física y el aura de esta narradora, en la primera de las referencias, Sassone introduce una categoría que no fue contemplada en el diario *ABC*: «ama de la casa», para luego adicionar la expresión «esas americanitas nuestras». Gracias al uso del determinativo inicial, el diminutivo en la marca de identidad nacional y el posesivo posterior, esta sentencia logra alejar la voz de la autora de cualquier rasgo posible de ciudadanía<sup>5</sup>. A eso se suma, la “dulzura” y el carácter “tropical” que no sólo le niega a Briceño el acceso a la identidad jurídica, sino que también la animaliza al punto de inscribirla en una “civilización” distinta a la que Sassone reconoce como propia.

Todo lo cual se refuerza con la jerarquización étnica que formula el prologuista y que aparta por completo a la «décima Musa» del saber ancestral de quienes sí podían –por ser “bellas de fealdad monstruosa”– reconstruir algunos mitos o leyendas indígenas o

afroamericanos, difícilmente equiparables a la historia occidental. Finalmente, es importante destacar que en el relato de Sassone, la fortaleza de la autora radica en su manera inconsciente de servir el café y los licores, nunca en su capacidad analítica ni en su posición política frente a un hecho determinado.

Resulta desconcertante entonces que pocas páginas después, el mismo autor hable de una “admirable obra” y si bien al hacerlo sugiere que el razonamiento o las conclusiones a las que llega la narradora, mujer adulta, son semejantes a los que él, varón letrado, había desarrollado en su adolescencia. De manera abierta, le atribuye a Briceño la destreza necesaria para decir bien lo que él no logró comunicar como hubiera deseado. Ciertamente, podría entenderse que para Sassone las reflexiones de esta autora son poco originales, comunes a muchos de los historiadores iberoamericanos; a pesar de ello, el autor admite que esta narradora concilia posiciones de nación encontradas o, lo que es lo mismo, satisface una necesidad urgente para los representantes de la intelectualidad hispanoamericana que, como el mismo Sassone, se habían dedicado a renegar de sus orígenes. Sin decirlo explícitamente, este escritor rompe –o, como mínimo traslada– la dicotomía que había ubicado históricamente a la feminidad en el territorio de la recepción pasiva.

Desde una lógica cercana, el venezolano Rufino Blanco Fombona propone otro marco desde donde leer las obras de Briceño: al tiempo que sobrefeminiza su perfil, admite que está facultada para decir verdades. En 1937, en Santiago de Chile, el escritor caraqueño publicó *El espejo de tres faces*<sup>6</sup>, un libro donde se encuentran, entre otros ensayos, «Bolívar y España» e «Historiadores y memorialistas». En el primero de ellos, habla del Libertador como un refundador de la “raza hispánica”; concretamente expone:

Es simbólico el que sea precisamente un español el que acoge a Bolívar –proscrito– en sus últimos días, el que uno de sus albaceas testamentarios sea otro español y que su archivo lo salven un español y un inglés.

El simbolismo es transparente. Comprendieron esos hombres que aquel hombre era una partícula brillante del alma de España.

En efecto: Bolívar quiso para su raza –que fue la española– un nuevo e ilimitado porvenir. Él salvó a la América de ser india o inglesa.

Enseñó otra manera que no la histórica de ser hispano. Quiso fundar sobre la libertad y la República una nueva sociedad imperial de la lengua española (Blanco Fombona 1981, p. 351).

Evidentemente, para Blanco Fombona era fundamental la negación simbólica de cualquier elemento no hispano y no masculino dentro de la identidad nacional. Ocultar al indígena y, a la vez, objetar cualquier alternativa liberal era la única forma de generar un pensamiento autónomo venezolanista. Para este escritor, el ideario emancipador sólo tenía sentido si era comprendido como una continuidad de la Historia española; con ello, conseguía anclar la memoria colectiva –sin contradicción aparente– tanto en la conquista como en la Independencia. Es decir, inscribía ambos eventos fundacionales dentro de un mismo eje estructural: la fortaleza de la raza hispánica.

Por ello, resulta interesante que pocas páginas después, en el ensayo dedicado a «Historiadores y memorialistas», dedique el apartado «El héroe y la mujer» a la escritura de Olga Briceño. En los primeros párrafos del capítulo, el ensayista habla de un «sentimiento femenil», a partir del cual establece una relación entre Desdémona –la protagonista de *Otelo*– y la autora venezolana pues, según indica, Briceño pudo comprender al Libertador porque lo amaba. Posteriormente, Blanco Fombona reflexiona sobre *Bolívar criollo* y *Bolívar libertador*:

Olga Briceño ha triunfado en su empresa; ha triunfado, de cien veces, ochenta o noventa. No sé de nadie que haya hecho más. A cada uno de sus libros: *Bolívar criollo* y *Bolívar Libertador*, faltó que debajo del título pusiera esta palabra: “novela”. O bien: “novela por estampas”.

Con lo de novela, podría significarse lo de ficción, y sobre todo, lo de “interés”, según el criterio vulgar, aunque haya novelas pesadísimas y poco interesantes; lo de estampas, caracteriza la historicidad, la veracidad.

La aparición de estos volúmenes –prologado uno por Cristóbal de Castro y el otro por Dionisio Pérez– revela un nombre a las letras. Aunque la ejecución es lo de menos, con ser tan feliz.

Lo importante de este libro ha sido su concepción.

La mujer, Olga Briceño puede estar contenta de haber producido una obra comprensiva y amena sobre el hombre Bolívar (ibíd., p. 359).

Según lo aquí relatado, Briceño “afecta” la vida de Bolívar porque lo ama y eso le da la investidura necesaria para exteriorizar la dimensión humana del Libertador que el positivismo esconde; no obstante, Blanco Fombona también reconoce en esta escritura, además de la diversión y el interés, algo de veracidad, con ello admite la vulnerabilidad de los códigos la historiografía tradicional. Empleando otros términos: el pasado puede ser apropiado por una individualidad femenina y, cuando esto ocurre, existe una alta probabilidad de que se enuncien verdades, de ahí que la posición del intelectual, la del historiador o, incluso, la del sujeto del saber, puedan ser entendidas como construcciones lingüísticas y, por tanto, culturales, nunca como rasgos de identidad inmodificables. En este sentido, se estaría dejando al descubierto la tensión existente entre la visión hispanofílica de la historia, la entronización de la raza y la incorporación de nuevas identidades al mapa subjetivo latinoamericano.

Se plantea entonces la paradoja que sostiene *Bolívar americano*. Si Olga Briceño hubiera narrado desde la pretendida objetividad de la historiografía positivista, su escritura hubiera sido inadmisible, pues estaría usurpando el territorio de los varones intelectuales, mientras que al decidirse a hablar desde el lugar de la mujer complaciente tendería a contaminar las categorías fundamentales de la nación. Ante ello, emplea el discurso amoroso y afectado que señalan Sassone y Blanco Fombona, se autoinscribe en una plataforma homogeneizante de identidad y, a partir de ahí, convierte lo que en forma y estructura pudiera parecer una confesión personal, en una confrontación de identidades y de proyectos nacionales.



## Notas

- 1 Mi primer acercamiento a Olga Briceño derivó del interés por la figura de Manuela Sáenz. Esta autora publicó una novela biográfica acerca de la heroína ecuatoriana y, aunque para los años cincuenta cuando este texto fue editado, ya el nombre de Briceño se había desdibujado del imaginario venezolano, durante el proceso de investigación fue fácil evidenciar que en las décadas anteriores ella había recibido el aval de algunas instituciones canonizantes. Sin embargo, infructuosos fueron los múltiples intentos investigativos para dar con el lugar y la fecha de nacimiento de la escritora, lo cual es una prueba más de la invisibilidad impuesta a las mujeres escritoras latinoamericanas.

Los tres volúmenes que componen su trilogía: *Bolívar americano* (1934a), *Bolívar criollo* (1934b) y *Bolívar libertador* (1934c) fueron publicados por el sello español Nuestra Raza. En las páginas anexas a las obras, se les incluía en la colección “Los hombres y los hechos de nuestra raza”, dedicada a

... las grandes figuras y los grandes episodios, lo individual y lo colectivo de la historia de España, Portugal, los judíos de lengua española, los musulmanes españoles y, sobre todo, la gran gesta americana, donde la gran nuestra raza se multiplica asombrosamente en veinte naciones, cada día más pobladas (...). Por todas estas razones viene la nueva Biblioteca de Los hombres y los hechos de nuestra raza a llenar un vacío que la cultura española no podía dejar por más tiempo. Con su publicación se realiza en el orden histórico una labor enciclopédica, que es la base única sobre la que puede edificarse una cultura nacional perfecta. Pues si una nación no conoce sus momentos y personas más características, no puede en modo alguno llegar a una plenitud en su vida política, económica y social futuras (pp. 349-350).

- 2 Aunque esta publicación tuvo, en principio, un sentido mercantil, Concepción Reverte Bernal (1985) le atribuye también una finalidad cultural. De hecho, en su artículo «Hispanoamericanismo 1912-1936 a través de la revista *España y América*», demuestra que este medio se oponía constantemente al panamericanismo y, buscando contrapeso, empleaba el lenguaje, la historia compartida y la necesidad de enfrentar a los Estados Unidos como ejes para la constitución del hispanoamericanismo. De igual manera, puntualiza que otro de los recursos propuestos en *España y América* para poner en práctica la unión de Hispanoamérica consistió en recordar «el ideal bolivariano: la creación de una Confederación de Repúblicas Americanas» (p. 355).
- 3 Asevera Isidro Sepúlveda Muñoz en *El sueño de la madre patria: hispanoamericanismo y nacionalismo*:

La utilización del concepto raza por el hispanoamericanismo tuvo un sentido de civilización o comunidad cultural y surgió con un carácter defensivo y una vocación de respuesta, ambos diferentes en España y América. Para el americanismo español la formulación de una raza española fue una réplica a la pretensión hegemónica de la latinidad francesa; mientras que para el unionismo americano era esencialmente una contraposición al sajonismo y monroísmo estadounidense (2005, p. 190).

En este sentido, nuevamente recobra valor el carácter nomádico de Olga Briceño, quien no sólo transita desde la intelectualidad hacia la vida doméstica, sino también desde el hispanoamericanismo venezolano hacia el español.

- 4 Para pensar este movimiento, resulta pertinente considerar la propuesta de Slavoj Žižek contenida en *¡Bienvenidos a tiempos interesantes!* (2014). Ahí el autor propone que al representar la cotidianidad de soldados y superhéroes, la maquinaria

hollywoodense pretende “humanizar” sus acciones frente a los consumidores de cada film, a partir de lo cual, se legitimarán una serie de ejercicios de violencia dirigidos a reafirmar las estructuras de poder. En la obra de Briceño, si bien se busca un resultado similar y se emplean estrategias cercanas a las descritas por Žižek, se lleva a cabo un recorrido inverso, motivado quizás por la ubicación excéntrica de la autora dentro del campo intelectual. En principio, el paradigma hispanista de la historiografía es, al menos en apariencia, expuesto sin pudor; sin embargo, los grandes héroes que sirven de soporte a esta concepción de la historia son humanizados, sus decisiones son banalizadas y su comportamiento es trivializado hasta el punto de que la ideología subyacente se tambalea. Da lugar entonces al marco alternativo que atraviesa toda la escritura de Briceño.

- 5 En este caso concreto se está entendiendo la “ciudadanía” en la acepción liberal del término. Como propone Yuval-Davis (2004):

... la definición liberal construye al ciudadano/a como integrante individual de un Estado, mientras que la definición de Marshall construye al ciudadano/a como integrante de una comunidad. Esto es importante porque la definición de Marshall plantea la posibilidad de una ciudadanía de múltiples niveles, tanto en colectividades sub como supra-estado, así como la cuestión de las relaciones de estas colectividades con el Estado (p. 107).

Es decir, si bien la imagen de Olga Briceño pudiera adquirir una voz e, incluso, dar cuenta de un colectivo determinado, no se le reconocían derechos u obligaciones que le confirieran una membresía plena en el estado-nación.

- 6 Todas las citas de los textos de Rufino Blanco Fombona fueron tomadas de la compilación *Ensayos históricos*, realizada por Rafael Ramón Castellanos y publicada por Biblioteca Ayacucho en 1981.

## Sin miedo a la crítica: Amalia Puga de Losada (Perú)

*Según Puga, la modestia exagerada, la timidez, la falta de estimulación y el miedo a la crítica son las plagas de las mujeres “de su raza,” cuyas habilidades podrían vencer estos obstáculos y permitirles seguir carreras como intelectuales y escritoras.*

*Para fomentar el desarrollo de su grupo, pidió que el Ateneo de Lima formara una sociedad literaria para unir mujeres de inteligencia, para permitir el intercambio de textos entre mujeres geográficamente separadas, para que contribuyeran a la grandeza de la nación (...)*

*Pero esta visión de Puga fue limitada por su misma definición de la mujer de su raza y clase, un grupito de blancas que ella diferenciaba de la gente a que ella se refería como “la masa grosera.”*

*La poesía de Puga, producto de sus viajes al extranjero y sus experiencias provincianas, más que el ensayo, admite un cuestionamiento de esta actitud elitista y racista, que definía y limitaba los criterios feministas de las escritoras de su época*

Laura Lomas Poletti

«Amalia Puga de Losada y el discurso de la mujer americana en *La Revista Ilustrada de Nueva York*»

COMO SOLÍA ACONTECERLES a las autoras latinoamericanas anteriores a la década de los ochenta del siglo XX, Amalia Puga de Losada fue borrada de la historiografía literaria de su país. Su nombre no aparece en los manuales de literatura peruana, ni en los programas de la escuela secundaria; sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con Olga Briceño, todavía en la actualidad se encuentran algunos residuos de su figuración pública en el imaginario nacional de Perú. Por sólo presentar algunas referencias, esta autora es el epónimo de un colegio en Ichocán y de dos vías en la ciudad de Lima: un jirón ubicado en el distrito San Martín de Porres y de una calle en el distrito de San Miguel. De igual

forma, en el año 1924, en su ciudad natal se construyó una plaza en su honor.

Resulta por demás elocuente la representación de la autora en este monumento. En el centro de la plaza cajamarquina se ve sobre una columna a una mujer sentada en una silla, con la mirada hacia el frente y sin ejecutar ninguna acción. Podría decirse, incluso, que se trata de una persona que posa. El respaldo se encuentra del lado izquierdo y sirve de apoyo al codo. De ese modo, la mano puede sostener la cabeza. El otro brazo, por el contrario, está caído y en la mano derecha se ve un libro. Las piernas están cruzadas y el cabello recogido. Indudablemente, esta figura está más cerca de la lectora melancólica del siglo XIX que de la escritora políticamente activa del XX. Lo que aunado a las condiciones de construcción del monumento y a su fecha de inauguración –pues, curiosamente, para 1924, Amalia Puga de Losada estaba todavía viva y tenía menos de 60 años de edad– revelan que no se trataba de un homenaje a toda la complejidad del pensamiento de la autora, sino más bien una suerte de objetivación pública de su cuerpo. Los datos que aporta Tristán Ravines Sánchez sirven para comprender el hecho con mayor precisión:

Para perpetuar la memoria de la escritora y poeta Amalia Puga de Losada, el 23 de julio de 1924, una asamblea de damas, presidida por Elvira Ibérico de Vivas e integrada por Rosalía Iturbe de Lecca, Amelia de Gallardo, Dorila de Sánchez Tirado y Orfelinda de Capelli, organizó un comité permanente con la denominación de “Pro Monumento Amalia Puga de Losada”, para ser colocado en la antigua plazuela 12 de Octubre (...) el 29 de agosto de 1924, en ceremonia especial, se colocó la primera piedra del monumento y, juntamente con ella, se enterró dentro de una caja de cobre, el acta de erección de dicho monumento, suscrita por el Comité de Damas y autoridades civiles y religiosas de la localidad. El doctor Sánchez Tirado y la señora Asunta Estrada de Puga, padrinos de la ceremonia, cubrieron con cemento la pequeña fosa practicada en el centro de la plazuela, utilizando para ello un badilejo de plata. El padre guardián del convento de San Francisco, fray Francisco Garmendia, consagró el acto pronunciando un elocuente discurso. El monumento, obra del escultor David Lozano, fue inaugurado el 8 de setiembre de 1931 (2012, p. 86).

En principio, la existencia de un “comité de damas” destinado a defender la edificación del monumento con el apoyo de los organismos del Estado indica que la autora contaba más que con un algún capital simbólico derivado de su discurso y de su postura política, con un sólido capital social, que se desprendía de su origen familiar y de sus vínculos con el poder regional. En segundo término, este grupo no sólo recibió el aval del poder civil, sino también del religioso, lo que denota que la entronización del nombre de Amalia Puga de Losada y de su oficio no resultaban del todo temibles para el statu quo, más allá de las posturas incómodas frente a la razón patriarcal que pudiera haber esbozado la narradora en su escritura.

Aunque esta contradicción es susceptible de muchas interpretaciones, se debe considerar que la solicitud fue presentada desde un espacio privilegiado, por un grupo de mujeres que contaban con un alto poder adquisitivo y practicaban la beneficencia, es decir, si bien en su escritura Puga de Losada se presentaba como una voz con una dimensión política importante, el hecho de que perteneciera a una elite económica y cultural, la ubicaba a medio camino entre la intelectual activista y la dama con sensibilidad social, lo que le permitía alternar de forma lúdica los moldes conductuales femeninos ennoblecidos durante la República Aristocrática<sup>1</sup>.

Vale la pena mencionar que este proyecto negaba cualquier expresión de heterogeneidad étnica o cultural en el Perú. En las primeras décadas del siglo xx, los sectores dominantes imaginaban su comunidad desde los centros urbanos, blanqueados y de lengua hispana. Dentro de este selecto grupo de pobladores había además una subdivisión insalvable entre los oligarcas de la sierra y los de la costa; por tanto, los supuestos diseños “nacionales” que emergieron de manera accidental en la literatura de esos años estaban más acotados aún que aquellos propuestos por la elite limeña del siglo xix. El poder centraba su atención en la comunicación con Inglaterra y Estados Unidos más que en la construcción de un vínculo con sus compatriotas.

De ahí que existiera cierta obligatoriedad para los ejecutores de la República Aristocrática de asumir o al menos de reencauzar las manifestaciones feministas que se estaban llevando a cabo en el mundo anglosajón, pues a la luz de lo antes mencionado, se

habían transformado en demandas de clase. Adicionalmente, la visión hispanista de la historia, de un modo difícilmente inteligible, comenzó a atribuir a la figura de Puga de Losada un posible elemento de articulación para el proyecto de unión identitaria entre España y América. Una pequeña reseña aparecida el jueves 30 de octubre de 1924 en el diario *ABC*, da cuenta de ello:

Anteayer se reunió en la Universidad la asamblea convocada por la Federación de Estudiantes Hispanoamericanos, bajo la presidencia del Sr. Naveda.

Se trataron diversos asuntos, y de la organización de un programa para conmemorar dignamente el centenario de la batalla de Ayacucho y de la independencia peruana. Con este motivo pronunció un discurso el agregado militar de la Legación del Perú y distinguido escritor D. Manuel Bonilla San Martín, que explicó el significado histórico que debe darse a aquella batalla en que, noblemente, lucharon unos por el ideal y otros por el deber.

El estudiante español Sr. Medina se expresó en análogos términos que el señor Bonilla, escuchando ambos muy numerosos aplausos.

Se acordó enviar un mensaje a los estudiantes peruanos con motivo del centenario de Ayacucho, y adherirse al homenaje que celebrará el Perú elevando un monumento a doña Amalia Puga de Losada («La federación de estudiantes hispanoamericanos», 30 de octubre de 1924, p. 27).

La alusión al monumento de Amalia Puga de Losada en un diario español que, como se vio anteriormente, presentaba una acentuada tendencia prohispanista de América Latina, permite deducir que la autora de algún modo representaba los valores de este paradigma de conocimiento. Su escritura, más por omisión que por acción, suprimía todo elemento autóctono de la identidad peruana, con lo cual, podía ser amable a los ojos del poder político español. El hecho, además, de que la referencia se hiciera tras hablar de una de las batallas fundamentales de la independencia suramericana, traza una línea divisoria evidente entre el papel del varón militar, encargado de establecer los significantes históricos, y el de la mujer civil, alabada por medio de la fijación de su rostro en una escultura.

En este marco, la contraposición del «ideal» y el «deber» como vías para acceder a las armas y fundar la nación adquiere otras connotaciones. En esta reseña se estarían estableciendo dos posibles ángulos interpretativos para el enfrentamiento armado: por una parte, se abre la posibilidad de leer desde una perspectiva personal, íntima e, incluso, podría decirse que ética, la decisión de tomar parte en la guerra; por la otra, se reconoce la dimensión política y plural de este conflicto. Aunque, evidentemente, en este caso se habla de la participación en la batalla de Ayacucho y todavía no se ha mencionado el nombre de Amalia Puga de Losada, se están dejando abiertas las dos vías para comprender tanto a la autora como su discurso, de aquí que esta poeta y narradora pueda ser entendida desde su “ideal”, como una subjetividad con voz y propuestas propias, o desde su “deber” como alegoría del hispanoamericanismo.

Esta ambigüedad se ve reforzada al leer la semblanza que hace de ella Elvira García y García en su libro *La mujer peruana a través de los siglos: serie historiada de estudios y observaciones* (1924):

Amalia Puga es una escritora, que siempre ha encantado a todas las personas, que la hemos conocido a través de sus importantes publicaciones, o que le hemos tratado personalmente, no sólo por la riqueza de sus conceptos, artísticamente emitidos, sino por la gracia de su expresión, y principalmente, por su infinita modestia, en perfecto acuerdo con sus altos merecimientos. No ha sido la poesía, su única ocupación, y preparada para la práctica de la vida, sabe contribuir con sus consejos y con su acción, a la dirección rentística de la cuantiosa fortuna de la familia, cuya administración encomendada a su señora madre, sigue con notable acierto (p. 88).

Asimismo, señala:

Asociada a la acción política militante, que por tradición de familia, siguen sus hermanos, fue una colaboradora activa, valerosa y justa en los distintos diarios cajamarquinos, que sostenían determinada causa, a la cual estaba afiliada con entera decisión. Amalia Puga, por lo mismo que ha vivido en tan intensa acción, puede asegurarse que de todo entiende: está preparada tanto para la vida social, como para el escritorio del

contratista, o para la actividad de la vida del campo, pudiendo asegurar en un momento dado, cual es el mejor tiempo para la siembra, la cosecha, el regadío y demás operaciones, que conoce por experiencia, quien como ella, ama la vida del campo, por el mundo de encantos que brinda, a quien sabe admirarla, desde un plano más elevado (ibíd., p. 89).

La tensión entre las dimensiones pública y privada de la escritora es expuesta por García y García desde un primer momento. Puga de Losada es “encantadora”, como hubiera correspondido al “ángel del hogar”; sin embargo, seduce por razones diferentes, tanto a quienes la leen y se encuentran con conceptos ricos y un manejo artístico del lenguaje, como a quienes la ven y, al hacerlo, tropiezan con su modestia sin límites. Se podría decir entonces que en la figura de Puga de Losada cohabitan el perfil complaciente emanado de su discurso público<sup>2</sup> que llega a ser enaltecido desde diferentes instancias de poder y, en dimensiones proporcionales, una voz de mujer que estructura el discurso oculto y, de ese modo, logra penetrar los espacios que les estaban prohibidos a las intelectuales latinoamericanas.

Este hablar en dos registros, además, se constituye en una potente arma legitimadora frente a quienes en las décadas siguientes entendieron a Amalia Puga de Losada como una pensadora protofeminista. El ser complaciente en un nivel del discurso y socavar lo establecido en el otro denota que esta autora no sólo tenía una conciencia clara de su posición en el campo intelectual, sino que además conocía –y, por tanto, podía manejar de forma lúdica– las demandas de diferentes instancias canonizantes como la prensa, el clero y el Estado. No parece ser casual que buena parte de las referencias que se hacen al monumento elevado en su honor, hablen de ella como una poetisa cajamarquina y omitan o sólo refieran de paso la narrativa y la obra ensayística de esta autora.

Quizás lo más notable en este caso sea la inversión de registros del lenguaje que ejecuta Puga de Losada. Esta autora escoge la palabra escrita como lugar de subversión de tipos sociales, roles de género y virtudes cívicas, al tiempo que convierte la oralidad en el espacio para la obediencia. En las primeras décadas del siglo xx, una buena cantidad de discursos ocultos que pretendían la reor-



ganización de las estructuras sociales lograron alimentarse de experiencias individuales gracias a la oralidad. El carácter fugaz de la palabra dicha la convertía la conversación en un territorio menos regulado que la escritura. Así pues, al edificar de forma inversa su imagen social, Amalia Puga de Losada construye para sí misma un reducto de poder desde donde le resultará más sencillo actuar como guía del movimiento feminista peruano. Es decir, como su capital social se sustentaba en una aparente obediencia, la autora tenía el aval proclamar el discurso oculto por medio de la palabra escrita.

Es importante destacar la alusión que realiza García y García a los hermanos de la autora como los causantes de sus simpatías hacia la República Aristocrática, pues la existencia de estos actores convierte la injerencia de Amalia Puga de Losada en el campo de la política –una zona de pensamiento reservada para los varones letrados– en un gesto de lealtad y sumisión a la familia. Se trata entonces de un desafío a los estereotipos de género que, si bien se hace de forma pública, no desencadena mayores sanciones morales, pues al escribir sus artículos periodísticos y fijar posición frente al futuro nacional, la autora convierte la expresión de lo oculto en un mandato del poder.

En sus mismos ensayos se ancla en la hispanofilia demandada por su familia y propone una identidad colectiva para las mujeres ilustradas. Al respecto, comenta Laura Lomas Poletti:

Amalia Puga también utiliza el término “raza” para definirse como parte de un grupo de mujeres a quien ella le dirige la palabra y por quien habla, pero se vuelve un término con significados variables dependiendo del contexto de su uso, un fenómeno de discurso de doble sentido que a menudo se encuentra en los discursos poscoloniales. Puga subraya como los esfuerzos intelectuales de las de “mi sexo y de mi raza” pueden influir en los debates públicos de su tiempo, aunque reconoce también, prediciendo su propio futuro, que muchas mujeres serán condenadas a marchitarse y morir, y son imágenes tuyas, como flores que apenas dejan atrás pétalos perfumados flotando en el viento. Siendo peruana de clase sumamente privilegiada, el término “raza” está cargado de sentidos coloniales, en donde la mujer vale más como receptáculo para

definir y mantener la pureza de la raza europea en suelos americanos que para otra cosa. Esta declaración de mujeres de su sexo y su raza, en boca de Puga, funciona para excluir a las mujeres de tez morena, indígenas, afro y mestizas. Sin embargo, aunque de tez clara y criolla, en el ámbito migratorio de *La Revista Ilustrada de Nueva York*, Puga iba a experimentar luego lo que es ser de “otra raza” (2012, pp. 261-262).

La lectura que hace Lomas Poletti de la obra periodística anterior a la publicación de *El voto* insinúa que Puga de Losada había ideado una ruta para intervenir la modernidad<sup>3</sup> y sus propuestas elementales: un proyecto intelectual que pretendía cohesionar a un grupo acotado de subjetividades obligadas a cumplir un deber histórico ante su género y su raza. Así pues, aunque se designara a un colectivo de mujeres que tenían –o, al menos, demandaban– voz dentro del espacio público, no había en este discurso una formulación original sobre el territorio, el conflicto fundacional o los sujetos nacionales. Es decir, Puga de Losada no se proponía definir ni cuestionar los elementos sobre los cuales sustentar la identidad continental, sino que le sugería a esa comunidad concebida en términos coloniales, formas de articulación basadas en el compromiso de salvaguardar la historia y la pureza hispana.

Asentada en la aparente disputa entre el panamericanismo y el hispanoamericanismo, Puga de Losada perfila una comunidad que, sin hacerle frente a la barrera inmunitaria de la nación, logra convulsionarla, pues reproduce el discurso de una tradición intelectual mayor y lo traslada a un colectivo prácticamente anónimo, lo que transpone de manera automática las fronteras del sujeto nacional. A partir de ello se amplía el campo de acción de esta escritora, al punto que su primer artículo llega a ser aceptado por *La Revista Ilustrada de Nueva York* y se publica en el mismo número en que apareció «Mi raza», de José Martí.

En síntesis, se puede afirmar que la estrategia de Amalia Puga de Losada para (re)mover el imaginario e introducir identidades femeninas en la reconstrucción histórica de la Independencia, aunque se toca muy de cerca con la planteada por Olga Briceño, tiene algunas particularidades. En ambos casos, la visión hispanofílica del pasado servirá como soporte ideológico para enfrentar

el concepto liberal de nación y proponer nuevas fronteras; sin embargo, Briceño afectará la Historia por medio de la escritura literaria y dará cabida a su propia voz, mientras que Puga de Losada se dedicará a jugar con la dualidad de la oralidad y la escritura, el discurso oculto y el discurso público, lo común y lo inmune, hasta lograr que sus demandas sean consideradas parte de la búsqueda de “su raza” y el pensamiento feminista se torne una solicitud irrenunciable de la República Aristocrática.

## Notas

- 1 Juan Miguel Espinoza Portocarrero (2013) al estudiar las representaciones de género contenidas en la prensa partidaria de la República Aristocrática distingue dos grandes lugares posibles para el pronunciamiento de las mujeres, la lucha feminista y la asistencia social. Propone entonces que

... hasta cierto punto, es admisible la demanda femenina por derechos políticos, pero dentro de ciertos marcos normativos que no deberían cambiar. El más importante de ellos es la delicadeza y la mesura propias de la femineidad que se contraponen a cualquier desborde violento. En contraposición, la participación en las instituciones de asistencia social es una forma sutil de participación política femenina que es aceptada sin mayor cuestionamiento por la opinión pública, tal como lo demuestra la legalización de la incorporación de mujeres en los directorios de las Sociedades de Beneficencia Pública en 1915. Esto responde a que, en el ejercicio de la asistencia social, las mujeres ponen al servicio público de los niños, los ancianos y los enfermos las cualidades más inherentes a su femineidad, es decir, aquellas vinculadas a su maternidad (p. 80).

Sin ahondar demasiado en la figura de Amalia Puga de Losada, es fácil detectar cómo alterna las tres directrices, es decir, la delicadeza, el activismo y la asistencia, de manera tal que acaba por desajustar el lugar que le ha sido asignado a la mujer en la historia regional y nacional.

- 2 Estas categorías son usadas a partir de las definiciones que aporta James Scott en *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. Ahí el autor establece:

Con raras pero significativas excepciones, el subordinado, ya sea por prudencia, por miedo o por el deseo de buscar favores, le dará a su comportamiento público una forma adecuada a las expectativas del poderoso. Usaré el término discurso público como una descripción abreviada de las relaciones explícitas entre los subordinados y los detentadores del poder. El discurso público, cuando no es claramente engañoso difícilmente da cuenta de todo lo que sucede en las relaciones de poder. A menudo, ambas partes consideran conveniente fraguar en forma tácita una imagen falsa (1990, pp. 24-25).

Asimismo agrega:

Si he llamado a la conducta del subordinado en presencia del dominador un discurso público, usaré el término discurso oculto para definir la conducta “fuera de escena”, más allá de la observación directa de los detentadores de poder. El discurso oculto es, pues, secundario en el sentido de que está constituido por las manifestaciones lingüísticas, gestuales y prácticas que confirman, contradicen o tergiversan lo que aparece en el discurso público (ibíd., p. 26).

Quizás lo más interesante respecto a la figura de Puga de Losada sea que el “discurso público” o complaciente con el poder se dará dentro del hogar, en las interacciones íntimas, mientras que la prensa y la literatura serán el territorio elegido por ella para hablar con sus pares y desarrollar su discurso oculto.

- 3 Lomas Poletti no es la única que refiere la tensión entre modernidad y conservadurismo que se da en la escritura y hasta en la vida de Amalia Puga de Losada. En el prólogo a la edición de *La rosa muerta*, de Aurora Cáceres, publicada en el año 2007, Thomas Ward afirma:

En *El voto*, una novela histórica de 1923 ambientada en la época de Simón Bolívar en Cajamarca y publicada nueve años después de *La rosa muerta*, se habla del principio del siglo XIX como momento de grandes carencias. Su autora Amalia Puga de

Losada, escribiendo en plena etapa industrial sobre la anterior, atribuye a ésta “las penalidades que hacían odiosos y temibles los viajes, cuando no había ferrocarriles, ni vapores, ni vehículos de ninguna índole”. Estos logros mecánicos posteriores hacían la vida mucho más cómoda, digna de elogiar. Pero no estamos hablando exclusivamente aquí del confort material. Aquellos éxitos tecnológicos igualmente simbolizan un globo en vías de empequeñecimiento. Puga de Losada dilucida las inconveniencias de las sociedades preindustriales, cuyas circunstancias iban “aislándolas del mundo exterior”. Mientras Puga aún sentía cierta nostalgia por aquella sociedad preindustrial y hermética, que obligaba a la gente “a buscar las distracciones honestas” Cáceres abraza la posterior en que, según se notará en el relato aquí presentado, los personajes se comunican no tanto por carta sino por neumáticos, sistema muy en boga durante el período finisecular. (pp. XI-XII).

Una vez más entran en pugna el cosmopolitismo de la autora y su afán por apalancarse en el auge hispanofílico de la primera mitad del siglo XX, con la finalidad de construir un sujeto colectivo y definir su espacio de pertenencia.



## Con cabal conocimiento de la técnica: Graciela Sotomayor de Concha (Chile)

*La señora Sotomayor, en esta hermosa pieza desarrolla,  
con cabal conocimiento de la técnica teatral,  
la intriga dramática, prepara desde lejos las escenas, las conduce hasta la crisis,  
gradúa hábilmente el interés,  
y lo lleva a sus extremos con  
finos matices de sentimiento y expresión, a través de un diálogo  
vivo y bien cortado, con hondura de psicología y con sutiles  
y femeninas delicadezas. Los caracteres de los dos protagonistas  
están diseñados con acierto y con fidelidad a la historia.  
La escena de la cita en el jardín, que pone frente  
al invicto y enamorado general a la tímida y abnegada joven,  
es bella, natural, con rasgos de encantadora verdad.  
Allí el alma de la heroína se descubre entera, en su complejidad  
de amorosa virgen y de tierna hija. El conflicto que perturba su  
espíritu ingenuo y candoroso, encuentra en la pluma de la  
señora Sotomayor palabras llenas de dulzura,  
impregnadas en la gracia de la niña. Asimismo, el carácter  
de Bolívar, impetuoso, caballeresco, blando al amor  
y a la compasión, encuentra su fiel imagen*

RICARDO DÁVILA SILVA

Opiniones sobre *Un recuerdo de amor...*

EN ESTA RESEÑA reproducida en la edición de *Un recuerdo de amor...* de 1947, Ricardo Dávila Silva tildaba de «amorosa virgen y tierna hija» a la protagonista de la obra, de «impetuoso» a Bolívar y de «conocedora de la técnica teatral» a la escritora. El crítico hacía un mapeo para distribuir identidades y emociones a partir de este texto que, desde la puesta en escena previa a la publicación, intentaba presentarse como una revisión histórica. Con este comentario, Dávila Silva alejaba a Sotomayor de las prácticas de la memoria

frecuentemente asociadas a la feminidad y construía para la mujer intelectual un perfil próximo al de los conocedores de la historia, facultados a aproximarse a la idea de verdad.

Aunque por el título asignado a la obra y por la forma como esta autora se había forjado su capital intelectual<sup>1</sup> pudiera resultar curioso, la recepción de esta pieza ubicó a Sotomayor de Concha en un lugar más central que el asignado a Briceño y Puga de Losada. Por ejemplo, al final de su comentario crítico, Dávila Silva sentencia:

Los versos de la señora Sotomayor son armoniosos y rotundos, llenos de sentido, vienen con encantadora facilidad, con esa abundancia natural que hallamos en el antiguo teatro español. Su lengua misma tiene más de aquellos maestros que del idioma de hoy. Es un cierto sabor arcaico, en su buena acepción, y que le da al drama más carácter y verdad.

Estas son las cualidades de una obra muy apreciable; ella une con eslabón de oro nuestro drama de hoy al de hace medio siglo, cuando escribían Bello, Blest Gana y Rodríguez Velasco. Al lado de ellos, la señora Sotomayor va a ocupar un lugar distinguido que le corresponde por derecho de ingenio y delicadeza, por derecho de arte y poesía. Su obra, que desborda el marco nacional, hallará eso amable en los pueblos que datan de su historia de las proezas de Bolívar (1947, p. 115).

Además de lo mencionado anteriormente, para este estudioso de la literatura chilena, Sotomayor de Concha es parte de una genealogía de autores que pensaron la nación y trabajaron para proponer su construcción. Dávila ubica a esta escritora «por derecho de ingenio y delicadeza» entre liberales, conservadores, hispanofílicos y autonomistas, es decir, reconoce el valor de su discurso más allá de la tendencia ideológica que defendiera y, sobre todo, por encima del hecho de ser mujer, lo que permitía adscribir el nombre de esta dramaturga a la lista de pensadores nacidos en Chile que habían reflexionado sobre los límites y la configuración del continente.

Esto adquiere particular relevancia si se considera que en las primeras décadas del siglo XX todavía se hablaba en términos absolutos del valor artístico de ciertas escrituras, es decir, se debatía



desde el momento de la producción y recepción de un texto si éste contaba con los rasgos retóricos y estilísticos mínimos para permanecer en el tiempo. Había en ese entonces –y se mantuvo durante varias décadas – una demanda estética que se pretendía universal y que respondía a las tendencias de un campo que, en más de un sentido, equivalían a los intereses de una clase social determinada. Así pues, al enumerar los rasgos de la obra dentro de este marco ideológico, Dávila Silva estaba legitimando la voz de Sotomayor de Concha no sólo como conocedora de la historia, sino también como integrante del canon literario latinoamericano.

Pese a que el transcurrir del tiempo evidenció que la voz de esta autora no sería canonizada –pues, como se vio en las décadas sucesivas, sus textos nunca fueron reimpresos ni se instituyeron como lectura obligatoria en las escuelas–, el hecho de que la “calidad” de su escritura hubiera sido evaluada por una figura como Ricardo Dávila Silva<sup>2</sup>, da a entender que el discurso de Sotomayor de Concha no proponía, o al menos no en términos explícitos, movilizaciones sociales o artísticas que amenazaran las estructuras establecidas. Es decir, *Un recuerdo de amor...* instauraba el acceso de la mujer escritora a un espacio reservado a la intelectualidad masculina; sin embargo, esto no tenía por qué resultar desconcertante, dado que presentaba un estilo apegado a las demandas del canon y una anécdota donde no había una ruptura de las jerarquías sociales. Quizás por ello, siete décadas después de publicarse el comentario de Dávila Silva, la posición de Sotomayor de Concha en el campo intelectual chileno y su relación con otras subjetividades femeninas seguía resultando ininteligible. En 1998, Claudia Aburto Guzmán, escribía la tesis *La mutagénesis de las escritoras chilenas a principios del siglo xx*. Refería entonces una lectura que había hecho Sotomayor de Concha sobre *Hojas al viento*, de Clarisa Polanco de Hoffman<sup>3</sup>. Según Aburto Guzmán, Sotomayor de Concha comenzaba afirmando que la idea del divorcio planteada en esa obra era interesante, sobre todo para las mujeres que solían ser las más violentadas en los matrimonios conflictivos; no obstante, señalaba que, a pesar de la grata acogida de esta idea por parte de algunos “espíritus femeninos”, Clary había dejado de lado «lo más importante, que es el mirar esta medida

bajo el punto de vista cristiano» (Sotomayor de Concha, citada por Aburto Guzmán 1998, p. 192). Es decir, Sotomayor de Concha asumía una moralidad que no le pertenecía del todo para condenar públicamente la alteración del statu quo. Lo que equivaldría a decir que, aún en su trabajo como crítica literaria, la visión más conservadora de las relaciones entre hombres y mujeres era empleada por Sotomayor de Concha como recurso para salvarse del modelo liberal que excluía por definición la participación femenina. Más adelante, añade Aburto Guzmán que:

[Graciela Sotomayor de Concha] concede ciertas cualidades a la escritora, ciertas libertades que apoya superficialmente, pero tanto ella como él [Omer Emeth] se posicionan dentro de los paradigmas masculinos para criticar la obra, y por lo tanto, a la escritora misma [Clarisa Polanco de Hoffman]. Lo que sí varía es el método crítico que usa Sotomayor. Siendo mujer no puede apropiarse del término feminista sin caer ella misma bajo sospecha, y así elude su uso suplantándolo con el término “espíritu femenino”, e intenta debilitar el argumento del divorcio trayendo a colación la postura cristiana, no para delimitar la postura feminista como lo hizo Emeth, sino para cuestionar la validez del argumento. Ambos críticos, sin abiertamente rechazar el texto literario, ya que admiten encontrar ciertos valores estéticos en la obra, ponen en tela de juicio la postura de Clary como sujeto social (í.d.).

Se estaría en presencia de al menos tres niveles de conciencia por parte de la autora que justifican, en más de un sentido, las valoraciones intelectuales de sus contemporáneos. Por una parte, Aburto Guzmán explicita que Sotomayor de Concha sabía a la perfección qué era el feminismo y cuáles eran sus límites; también estaba al tanto de las consecuencias que podía traerle el gesto de hacer público su conocimiento; de igual forma, avalaba la posición de Clary y defendía su derecho a expresarla; por último, establecía que la postura de Polanco de Hoffman iba a contar con la aquiescencia de una porción visible del público chileno. Es decir, más allá del cuestionamiento aparente, Sotomayor de Concha reconoce, por una parte, la presencia de un fenómeno ideológico en su entorno, luego, la posibilidad latente de un movimiento social,

para posteriormente admitir que estas propuestas contaban con múltiples seguidoras.

En este sentido, su posición se distancia de la expuesta por Omer Emeth, para quien el “feminismo” de Clary era una deficiencia de su escritura. Sotomayor de Concha no sólo vadea el calificativo que estaba estigmatizado dentro de la intelectualidad peruana, sino que además le da cuerpo al movimiento de mujeres y reconoce su potencia transformadora. Probablemente la cautela con la que esta crítica, poeta y dramaturga manejaba ciertos temas hizo que el mismo literato encargado de descalificar la narrativa de Polanco de Hoffman dijera en 1924 que si *Un recuerdo de amor...* fuera

... un drama de amor habría sido algo difícil introducir esos discursos proféticos de Bolívar que parecen escritos especialmente para ser oídos por un Congreso Panamericano. En un poema dramático e histórico no hay inconveniente... Queda al arbitrio del autor abrir los paréntesis que más le agradan. Solo se exige que el contenido de estos sea oportuno, como lo fueron, durante el último Congreso de todos los Estados americanos, los discursos de Bolívar (...)

La autora de este poema versifica con elegancia y facilidad. En los versos que pone en boca de Bolívar, manifiéstase perita en esa alquimia que convierte en poesía la prosa de la historia y hasta de los documentos diplomáticos. En la historia de la América hay centenares de hombres, hechos y documentos que le brindan temas de dramas y comedias. Conviene que se deje tentar por ellos... (Emeth 1924, s. p.).

El primer dato relevante de este comentario lo constituyen las omisiones: en ningún momento se hace referencia a las relaciones familiares de Sotomayor de Concha, no hay alusiones a su aspecto físico ni se atribuyen los rasgos de su escritura –elegancia y facilidad– a su condición de mujer. El centro del discurso de Emeth, a diferencia de lo que ocurría al hablar de Clary, no es la subjetividad social de la autora, sino su escritura, tal y como hubiera ocurrido con cualquier texto publicado por uno de sus pares masculinos. Asimismo, se habla de una transgresión al transformar la Historia continental en un hecho teatral y, lo que es aún más

innovador, contarlos en verso. Curiosamente, esta ruptura con la tradición no es sancionada por la voz evaluadora, sino que por el contrario, se propone como un ejemplo a seguir.

Vale la pena considerar que tanto el teatro como la investigación histórica, para comienzos del siglo XX, ya habían institucionalizado prácticas y modelos de producción que validaban el conocimiento y su circulación en determinados discursos, por lo tanto, la reafirmación de *Un recuerdo de amor...* como escritura legible desde ambos marcos del conocimiento revestía a Graciela Sotomayor de Concha de la autoridad necesaria para movilizarse hacia el centro del campo cultural. El respaldo editorial, el reconocimiento del uso adecuado de la lengua y su adscripción a ciertas genealogías no periféricas y casi nunca femeninas, acercaban su perfil al de la intelectualidad hegemónica.

A partir de ello resulta verosímil que el escritor colombiano Juan Ignacio Gálvez<sup>4</sup> no sólo considere valiosa la técnica empleada por la autora para intervenir la Historia oficial desde la lírica, sino que además, celebre la astucia de contravenir las jerarquías que había establecido el discurso oficial en torno a los acontecimientos originarios, tras afirmar que

... el drama triunfó francamente en el Municipal la señora Sotomayor de Concha, como autora del drama y como admirable intérprete del papel de Joaquina, oyó los ruidosos aplausos queregonaron su éxito; tanto más apreciable si se considera que escritores colombianos y venezolanos de mérito han fracasado cuando han intentado presentar a Bolívar en la escena (1947, p. 123).

Y reflexiona:

En general todo héroe llevado al teatro por quien no se llame Esquilo, Sófocles, Shakespeare, Racine, Víctor Hugo o Rostand, o por poetas de esta talla, se empequeñece hasta lindar con el ridículo.

¿Cómo ha podido la señora Sotomayor de Concha, sin calzar el alto coturno de aquellos excelsos maestros, llevar a la escena a un héroe tan polifacético como Bolívar, sin empequeñecerlo ni remontarse a las nubes del lirismo?

Sencillamente porque tuvo el talento de escoger un episodio histórico de la vida del Libertador, en el cual no es él la principal figura; esta es Joaquina, la encantadora niña que se enamora del héroe, lo salva del puñal conspirador y le da para toda la vida s corazón en un casto beso que sabe a gloria (ibíd., p. 124).

Casi por descuido, la crítica de Gálvez incluye una pista fundamental para comprender el discurso de Sotomayor de Concha y las razones por las cuales el campo cultural aceptó de buen grado su intervención del pasado. Según lo expuesto en este comentario, la Historia no es una progresión lineal de acontecimientos, sino que existen una serie de cronologías simultáneas que, eventualmente, pueden tocarse. De ahí que Sotomayor de Concha consiguiera reiterar con su escritura el acontecimiento fundacional de América Latina, sin invadir del todo el terreno propio de la racionalidad masculina. Según propone el colombiano, la escritora habla de la Guerra de Independencia pero desplaza el foco hacia un tema que sí le podía estar permitido abordar a una joven dramaturga: la experiencia amorosa de una mujer.

Se habla además en esta reseña del trabajo de Sotomayor de Concha como la actriz que interpreta a Joaquina, esa «encantadora niña» que salva a Bolívar de la emboscada. Esto refuerza que si bien la autora podía disfrazarse de esa mujer delicada y vulnerable, perfilada con frecuencia en la literatura del siglo XIX, no era entendida como tal por los lectores/espectadores de su obra. Es decir, la interpretación marcaba una distancia fundamental entre la subjetividad social de Sotomayor de Concha y su personaje. Los gestos corporales dedicados a la demostración de sumisión y amor hacia la figura masculina no eran más que simulaciones, tambaleadas desde el momento en que se asumía la competencia lingüística, literaria y simbólica de la intérprete.

Se estaría entonces frente a una lectura dicotómica de Sotomayor de Concha como subjetividad, pues la autora encarnaría una letrada tan sólida como para acercarse al perfil del hombre escritor y generar modelos de identificación para otras mujeres, pero a la vez tan sumisa como para respetar los límites de la fragilidad femenina. Habría entonces una tensión al momento de insertar a esta figura dentro del imaginario latinoamericano que explicaría,

por ejemplo, por qué fue la encargada de redactar su emblemático ensayo «La labor literaria de las mujeres chilenas» (1928)<sup>5</sup>. Sotomayor de Concha, a diferencia de las otras dos autoras estudiadas en esta investigación gozaba de un capital cultural suficientemente amplio como para evaluar la obra de sus pares, intervenir el pasado y proponer nuevos focos de atención; no obstante, su labor debía diferenciarse siempre de la del varón intelectual, de ahí que escribiera correlatos de los grandes acontecimientos históricos, sistematizara sólo la escritura de mujeres y les diera voz a niñas, jóvenes y señoras de los sectores económicos más privilegiados de América Latina.

Curiosamente, entre las pocas voces femeninas que evalúan su obra teatral se perciben también identidades desplazadas: lectoras legitimadas por una u otra razón que, al hablar sobre *Un recuerdo de amor...*, exponen también su visión de la Historia y de esa mujer que se encontraba en tránsito para las primeras décadas del siglo xx. Por ejemplo, Juana Quindos de Montalva, crítica española residente en Chile, publicó en *El Diario Ilustrado* una «Carta abierta» bajo el seudónimo Ginés de Alcántara:

Mi muy querida Graciela: Acaba de estrenar usted su bello poema dramático “Un recuerdo de amor” y ha recibido tantos aplausos de graves varones, ilustres en las letras y definidores en la crítica; tantas felicitaciones oficiales y diplomáticas y sido objeto de tanto comentario favorable, serio y mesurado, que me ha parecido tendría para usted, valor de novedad, recibir, en una carta sencilla, familiar y casi íntima, la opinión de una mujer que, a más de por una cordial amistad, se siente vinculada a usted por el amor a las letras, con la diferencia de no ser usted la desairada (Quindos de Montalva 1947, p. 121).

Luego le indica que ha logrado captar un momento saturado de lirismo en la vida del Libertador:

... respetando la verdad histórica, fundiendo los arrestos, el belicoso ímpetu de Bolívar con la encantadora y deliciosa figura de doña Joaquina de Gandárias, tan suave, tan delicada, tan femenina, tan llena de timidez y de pudor, y arrebatada, simultáneamente, por el impulso romántico y patriótico; y que, la noche del estreno de su poema encarnó en usted –ilustre

actriz y autora— con una fuerza, con una verdad, con un encanto; en una forma tan constantemente saturada de poesía, que pudo creerse en una reviviscencia, en una resurrección de aquella dulcísima mujer merecedora de que se apodere de ella la leyenda (...) por los elegantes y esmerados versos, por la dicción con que fueron repetidos, por su labor como directora de escena y sobre todo, por el valor casi temerario, de llevar a la escena, en estos tiempos —huelgan los adjetivos— un caso romántico, y lograr, en seguida, el aplauso justiciero y unánime de la crítica, la felicita y se enorgullece su muy devota amiga (pp. 121-122).

El punto de partida de Quindos de Montalva es la complicidad. Según ella afirma, existe una camaradería entre las mujeres de letras que les permite construir y debatir objetos reservados para la alta cultura en códigos conversacionales y hasta coloquiales. Así pues, la carta se asienta en el reconocimiento de un lugar particular —aunque no periférico en el caso de estas voces— para las intelectuales del siglo xx. Curiosamente, la columnista se cuida de destacar la afectividad que mueve su escritura: amistad, amor, familia e intimidad son los significantes que sirven de plataforma para su labor crítica.

Ante ello, no deja de ser llamativo el cambio lexical abrupto que se da en esta comunicación. Una vez presentado el lazo emocional con Sotomayor de Concha, Quindos de Montalva pasa a hablar de «verdad histórica» y «belicoso ímpetu» para definir las acciones de Bolívar, al tiempo que le atribuye a la mujer «tan suave, tan delicada» un impulso «patriótico», que si bien está determinado por el romanticismo, parece unificar —al menos en momentos puntuales de la obra— las pasiones masculinas y femeninas. Esto reviste de autoridad a Sotomayor de Concha como figura pública dado que no sólo se exalta su palabra y su escritura, sino también su cuerpo y su voz. Al llamarla «actriz y autora» se estaría evidenciando que la materialidad de su cuerpo contiene a la dramaturga y a la protagonista; con ello, se le reconoce el poder de acercar y alejar identidades femeninas y masculinas a lo largo de la representación.

Aunque no se manifieste de forma explícita, este hecho transparenta el capital social y cultural en el que se asentó la escritura de Sotomayor de Concha, quien pese a ser la hija del famoso

historiador y la poeta laureada en el siglo XIX, entró al siglo XX como la voz aguda capaz de sistematizar la escritura de sus contemporáneas y replantear la Historia continental. Más allá de la corrección estética de su escritura y de la consecuente recepción afable mostrada en la prensa, hasta su amiga leal consideró que el reconocimiento de su obra no era un acto de cortesía, sino de justicia. Se trataría entonces de la única de las tres autoras del corpus que, más allá de su posición de creadora, fue entendida como una intelectual a la que el campo le había asignado funciones específicas: organizar el discurso femenino, determinar nuevos perfiles para las intelectuales del siglo XX y abrir los territorios de la Historia habitables por las latinoamericanas fundadoras de esa genealogía.



## Notas

- 1 Aunque tras leer los comentarios críticos en torno a *Un recuerdo de amor...* sería arriesgado decir que el reconocimiento de la autora en el campo intelectual derivaba de su capital social, es indudable que ser hija de un famoso historiador le dio una visibilidad mayor entre sus pares. Quizás valga la pena recordar a Antonio Orrego Barros cuando mencionaba que:

Siguiendo las tendencias de su padre, el notable historiador chileno, [Graciela Sotomayor] cruzó por las páginas de la historia americana, no con la potente ala del águila en vibrante y sonoro lenguaje castizo, sino con las blancas alas del cisne que se desliza armoniosamente (1947, p. 117).

Lo llamativo radica entonces en que pese a que podría preverse el desarrollo de una identidad relacional, ocupó una posición menos periférica que Briceño y Puga de Losada. Con todo, a semejanza del caso de Briceño, tampoco fue posible encontrar ni lugar ni fecha de nacimiento exactos de la escritora.

- 2 Ricardo A. Latcham, en su texto «El ensayo en Chile en el siglo xx», indica que:

Ricardo Dávila Silva (nació en Valparaíso en 1873) es uno de los ensayistas menos conocido por las generaciones actuales. Rigurosamente científico en sus métodos, de formación liberal e individualista en sus ideas, ha combinado el estudio de los clásicos griegos y latinos con la exégesis e historia de las religiones. En su libro *Jesús (Ensayo de Crítica)* (1940) analiza con honda erudición y con detallismo exhaustivo la personalidad histórica de Cristo. Se basa preferentemente en los exegetas protestantes o librepensadores al rectificar las apreciaciones de Charles Guignebert, profesor de la Sorbona, cuya obra sobre la fundación del cristianismo sirvió de pretexto a Dávila Silva para su formidable despliegue de erudición. Anteriormente este escritor chileno publicó varios ensayos polémicos en el diario *La Nación*, de Santiago, y en la *Revista Chilena* (Tomo IX, 1919-1920) sobre el libro *Génesis del Derecho* del jurista y sociólogo Valentín Letelier. En sus páginas rectificaba y enmendaba la plana a un ilustre hombre de letras y notable pedagogo; pero siempre Dávila se mantuvo en un sereno análisis doctrinario y dentro de la objetividad científica. Es sensible que su vasta cultura no haya servido de base a un estudio fundamental sobre problemas nacionales y temas vinculados al medio chileno (véase Latcham 1953, p. 62).

Para el momento en que se imprime la obra de Sotomayor de Concha, si bien no era el crítico más conocido en Chile, sí era uno de los que estaban asociados a la búsqueda de la verdad y el conocimiento de la historia.

- 3 Patricia Poblete y Carla Rivera (2003) inscriben a Clarisa Polanco de Hoffman dentro de lo que denominan el «Feminismo Aristocrático». Señalan que tras la aparición de este movimiento:

La reacción de la comunidad literaria masculina no se hizo esperar. No sólo la crítica embistió contra el Feminismo Aristocrático, sino que, ya en 1913, Tomás García Martínez publicó su novela *La cachetona*, en la que se proponía desacreditar a las mujeres de clase alta que con su ingreso a la literatura como escritoras, desafiaban el sistema conservador imperante. Sin embargo, debemos remarcar que el «feminismo» de este grupo no se basó en un ataque a la sociedad, a la familia ni al matrimonio. El término apunta más bien a esa diferenciación de sensibilidades entre géneros, según la cual por naturaleza las mujeres estarían especialmente dotadas para la vida del espíritu (...) La peligrosidad de este movimiento, por lo tanto, no radicó en su capacidad de actuar, de constituirse como un grupo social activo contra lo establecido (que no lo hizo), sino más bien en asumirse

públicamente como un cuerpo distinto, cuyo espíritu aseguraba su independencia. El quiebre que instalan estas mujeres en el panorama social y literario del Chile de comienzos de siglo se origina en una insubordinación no formal, no visible, sino incorpórea y, por lo tanto, indomable. A la alteridad de lo femenino, que se asume en su singularidad como género, se le suma la alteridad del mundo interior, que aparece como vía de escape y negación del mundo real, del mundo de las apariencias, del mundo masculino (pp. 73-74).

Curiosamente, Graciela Sotomayor de Concha sí se posiciona frente a los acontecimientos de la historia y aborda un tema político; no obstante, su comprensión de los valores de raza y clase hacen que consiga evadir los cuestionamientos de sus contemporáneos.

- 4 Es importante destacar que Juan Ignacio Gálvez fue, en principio, un intelectual colombiano identificado con las luchas obreras. Buena parte de sus artículos periodísticos aparecieron en el órgano de divulgación *Paz y Trabajo*. Posteriormente, se identificó con el liberalismo radical e, incluso, engrosó las tropas de Uribe Uribe en la guerra de los mil días. Es decir, no parece haber en su concepción nacional un ápice de hispanoamericanismo; no obstante, valora la obra de Sotomayor de Concha y los riesgos que toma al recuperar el pasado.
- 5 Se trata de uno de los capítulos del libro *Actividades femeninas en Chile*, compilado por Sara Guerin de Elgueta a propósito del cincuentenario del decreto que les otorgaba a las mujeres el derecho de validar los exámenes secundarios. Se trataba de un proyecto abiertamente feminista en el que sólo una voz avalada por el canon podía participar sin ser puesta bajo sospecha.

# La inversión del paradigma: intervenciones feministas frente a la Guerra de Independencia

## *Bolívar americano: un abrazo cordial* (Olga Briceño, 1934)

*Siendo hermanos los americanos y los españoles ¿por qué han de mantenerse separados? ¿Por qué no fundir de una vez en un nuevo y definitivo abrazo cordial cualquier resquemor, cualquier susceptibilidad que haya quedado? Americanos y españoles, al igual que lo hicieron en Santa Ana nuestros representantes, tenemos la obligación de unirnos para mantener siempre victorioso el estandarte de nuestra cultura y nuestras características raciales. Entre España y América no deben existir barreras. Cien millones de hombres formamos en conjunto americanos y españoles: ¿Hay alguna fuerza que se atreva a enfrentarse contra tamaño poder? Cien millones de hombres hijos de la civilización espiritualista hispánica. ¿Hay quien se atreva a desafiarlos? ¿Hay quien los venza si se unen?*

OLGA BRICEÑO  
*Bolívar americano*

SI SE PARTE DEL MARCO REFERENCIAL ya revisado, se puede afirmar que –aún sin tener una posición del todo clara dentro del campo intelectual hispanoamericano– Olga Briceño fue una autora que reprodujo y a ratos encarnó el papel que la lógica liberal asignaba a las mujeres. Briceño multiplicó ciertas visiones sobre la Independencia suramericana, hizo de su propia imagen una alegoría y avaló su lugar de musa; sin embargo, también es cierto que logró penetrar el pensamiento hispanoamericanista, un espacio dominado por una ideología más conservadora. De ese modo, pudo transitar entre uno y otro espacio, para construir nuevas genealogías. Ante

esta propuesta, la presentación que la autora hace de Simón Bolívar al comienzo de su texto resulta altamente llamativa:

Bolívar es fuerte; Bolívar sabe vencer a la naturaleza como ha vencido a los hombres. Sus ejércitos han perecido, pero él sabe que en cada pueblo americano hay seres que vibran en nombre de la libertad. Él sabe que en América cada madre está gozosa de entregar a su hijo, cada esposa a su esposo y cada hermana a su hermano.

La palabra magnética de Bolívar, el entusiasmo que ha creado su rápida y feliz campaña, su confianza en sí mismo y en el porvenir, hace que todos le escuchen y sigan. Para los mestizos y pardos criollos, Bolívar es el Ángel de la Libertad, aquel que da a sus hijos pan, choza y bienestar; el que detiene el golpear del látigo y la amenaza negra del fusil.

Siendo así, ¿cómo no han de seguirle hasta donde él lo desee!... Para algunos jefes, Bolívar es un ídolo, y para otros, un hombre de suerte.

Pero, como quiera que sea, Bolívar, por única vez en su vida, cuenta con la adhesión de todos sus compatriotas (Briceño 1934a, pp. 18-19).

Al igual que ocurre con las primeras palabras que Sassone le dedica a Briceño, en esta presentación de Bolívar —que es también, de muchos modos, una introducción a la fundación continental— la mujer funciona únicamente reproductora de la especie. Madres, hermanas y esposas sólo existirán con la finalidad de procrear y darle soldados a la Patria; no obstante, en este fragmento, se establece que el Libertador no goza de una identidad única, sino que él podía encarnar alternativamente lo que esperaban los distintos proyectos nacionales de su figura rectora. Podía ser, al mismo tiempo hombre de armas liberador, ídolo de masas o par llamado por la fortuna.

Esta presentación sugiere dos posibilidades de lectura. Por una parte, se puede entender que las subjetividades masculinas leales a Bolívar, como ocurría tradicionalmente con las mujeres, fueron entes pasivos en la fundación, seres irracionales que se habían unido al ejército por seguir a un hombre no del todo inteligible cuyo ideario político no alcanzaban a conocer. O, lo que es aún más interesante, se podría asumir que la mujer, haciendo uso de

su poder afectivo, mandaba a los soldados tras un hombre sin identidad definida, con lo cual, las tropas se ubicaban en un territorio más anónimo, masificado y pasivo que el asignado inicialmente a los personajes femeninos.

En ambos casos, habría un desprendimiento del mito de fundación que pretendía erigir el territorio latinoamericano como un espacio homogéneo. Un distanciamiento encargado de develar que “las caras” de Bolívar no tenían estatus de verdad, sino que simbolizaban formas idealizadas de volver al pasado. El modelo de heroicidad que se propone a lo largo de la novela es el producto de una confrontación de diferentes identidades planas y no la simple reproducción acrítica de una de ellas. En *Bolívar americano*, Briceño se encargará de llenar los vacíos dejados por la identidad múltiple del Libertador con otras formas de pertenencia y de existencias en el marco de la fundación continental. De aquí que a lo largo de la obra se hable de un grupo de amantes de Simón Bolívar que, si bien son vistas y tratadas de manera idéntica por el ideólogo de la independencia, van a ser presentadas por la voz narrativa como mujeres con perfiles y alcances diferentes, en un gesto que rompe la mirada unificadora sobre las latinoamericanas, ilumina otras configuraciones para el sistema sexo-género y, a partir de ahí, ofrece nuevas opciones de subjetivación para las mujeres del siglo xx.

En esta novela, al igual que en casi cualquier territorio de reconstrucción de la Guerra de Independencia, circulan representaciones de la mujer como alegoría, como dadora de vida, como arquetipo de la maternidad o como estereotipo de la mujer sufriente; no obstante, la mayoría de estos símbolos se ve alterada, bien sea por su contraposición inmediata con otros perfiles femeninos o bien por saturación. En lo que podría ser pensado como un recorrido a contrapelo de la tradición literaria decimonónica, Briceño reproduce en muchas ocasiones la estética melodramática<sup>1</sup>, pero induce otras formas de consumo. Por ejemplo, cuando el ejército libertador llega a Socha, se indica:

Los vecinos de Socha ofrecen a los patriotas, medicinas, alimentos y calor de los fogones encendidos, donde cuecen apetitosos guisos.

El Libertador ordena los alojamientos de sus oficiales y soldados, sin preocuparse de sí mismo. Ya la plaza va quedando vacía; los soldados olvidan, bajo el calor de la hospitalidad, el frío intenso de los páramos.

—Jefecito Bolívar.

El Libertador se vuelve, curioso, para ver de dónde proviene aquel llamamiento. Complacido mira ante él a la hermosa serrana de los negros cabellos.

—¿Qué quieres, pimpollo? —inquieta con vehemencia.

—Vengo a ofrecerte mi casa, jefecito.

—Gracias, lindura.

Los labios de la serrana brillan como el primer rayo de sol que corona los picachos helados. Humedeciéndolos levemente, dice al Libertador:

—Jefecito: Te daré un poncho para cubrirte, calor de hogar junto al fogón, y para el hambre que te consume te daré pan moreno, suave mañoco y blanca chicha. También allí tengo rosas de nieve, que serían para ti... (ibíd., p. 22).

Aunque en principio pudiera entenderse que este personaje femenino desempeña roles más o menos avalados por el modelo hispanofílico de la historiografía, es decir, aunque aquí se presente a una mujer al servicio del guerrero a quien cuida, para quien se acicala y a quien intenta satisfacer sus necesidades más básicas, también es cierto que se trata de una «hermosa serrana de los negros cabellos», es decir, de una latinoamericana con un fenotipo no occidental que contraviene la concepción de «bellas de fealdad monstruosa» expresada en el prólogo de esta novela. Lo más curioso a este respecto es que la hermosura hallada en el personaje no es enunciada sólo por la voz narrativa, sino también por el Libertador, quien declara sentirse atraído, en primer lugar, por su aspecto físico y, luego, por su hospitalidad.

En este sentido, el hecho de que la serrana sea considerada por la figura fundadora modélica una mujer hermosa y virtuosa, le permite erigirse como tal y adquirir, en ese nuevo espacio de pertenencia, la potestad de rearticular los términos en los que ha sido planteada la masculinidad latinoamericana. Incluso si se considera el sentido etimológico del vocablo, en esta novela, la serrana seduce<sup>2</sup> al “Padre de la Patria” y desvía, tanto en términos literales

como metafóricos, el recorrido épico que éste lleva a cabo. Ello lleva a afirmar que Olga Briceño no sólo construye una nación derivada de España cuya existencia se basa en el encuentro de dos mundos, sino que también recuerda que la belleza, los vínculos sexuales y, en consecuencia, los nuevos sujetos que poblarán el mapa continental tienen voces y perfiles diversos. Se muestra tal variedad de baremos estéticos que muchos de ellos terminan siendo contradictorios.

Ahora bien, a medida que avanza la interacción entre los dos personajes, la producción subjetiva de la sochana sin nombre empieza a ser leída como un gesto bidireccional pues, por una parte, la voz narrativa insta a entenderla como una serrana bella que cautiva al héroe, pero no niega del todo que se trate de una mujer extraída de su cotidianidad quien, ante el deseo de la figura rectora, se transforma en un agente de seducción. El diálogo entre estas dos aproximaciones lleva a preguntarse por la tríada género-raza-identidad y a poner bajo sospecha el gesto de desnaturalización de la misma que ejecuta la autora.

Entonces, el paralelismo existente entre este personaje y Olga Briceño o, empleando otros términos, entre la serrana con «una hermosura agreste y bravía» (íd.) cuya participación en la obra se centra en “satisfacer” al Libertador, y la autora descrita por Sassone —como una musa que acaba sirviendo el café a los invitados de su esposo e inspirándolos con sus gestos— pone en duda que la entrega del «poncho», el «calor de hogar» y el gesto de obsequiar las «rosas de nieve» relatados en *Bolívar americano* consigan, en efecto, una ruptura de la normatividad; aunque, indefectiblemente, sí se pueda percibir una renovación del marco regulador de la conducta derivado del sustrato ético de la hispanofilia. Es decir, más allá de la ambigüedad de la voz narrativa al momento de evaluar a este personaje femenino, se puede percibir una rearticulación del paradigma historiográfico desde donde se habla que, dicho sea de paso, podría estar al servicio de su supervivencia a lo largo del siglo xx.

Estas contradicciones no llegan a resolverse del todo dentro de la obra, pero sí hay algunos episodios que iluminan la propuesta de Briceño en torno a las identidades conflictivas en la fundación

latinoamericana y amplían la mirada sobre la subalternidad. Tras el fin de la batalla del Pantano de Vargas, por ejemplo, comenta la voz narrativa:

Por otra parte, Barreyro prepara una nueva batalla.

Ante tal situación el genio de Bolívar le presenta un plan atrevido para la época y el carácter de la región.

El Libertador decreta una ley general. Necesita reforzar sus huestes a todo trance.

Cada día nuevas remesas de reclutas entran en su Cuartel General.

—¡Jefecito, pa qué nos quiere? —preguntan algunos a Bolívar.

—Para defender la patria, hijos míos.

El Libertador dirige una mirada inquieta sobre aquellos soldados que pretende improvisar. Una leve mueca contrae su rostro pálido.

Pedro Briceño, que lo mira, sonríe malicioso.

—¡Su buena lidia me van a dar! —murmura Bolívar entre dientes.

—¿Y qué va a hacer con ellos? —pregunta Pedro.

El Libertador reflexiona un momento y responde con sorna:

—Por de pronto, cortarles los cabellos.

Efectivamente, aquellos hijos de las montañas llevaban unas largas cabelleras hirsutas, que les revoloteaban sobre el rostro, dándoles un aspecto extravagante y fantástico.

Sobre sus cabezas de faunos peludos, flotaba melancólicamente un sombrero de anchas alas.

El poncho de lana, amplio y multicolor, les envolvía el cuerpo, cubriéndoles brazos, manos y piernas. Cuando se desplazaban, semejaban un arco iris que se hubiese vuelto loco y bailara una danza esotérica.

Aquellos montañeses parecían todo, menos soldados (ibíd., pp. 25-26).

Poco después indica el Libertador:

—Es preciso que vengan todos los enfermos de poca importancia y los convalecientes de los hospitales. Necesitamos vencer a Barreyro, antes que lleguen nuevos refuerzos.

El Libertador prepara los reclutas para la gran obra que les va a encomendar: la libertad de un Continente.

Aquellos seres semi-irracionales le escuchan como a un dios y



se asimilan sus enseñanzas.  
Los enfermos y convalecientes olvidan sus heridas.  
Las mujeres desdeñan la debilidad de su sexo.  
Ya no hay heridos, ni ineptos, ni mujeres: sólo existe un ejército  
que va a salvar la patria, electrizado por la corriente magnética  
que despide un loco sublime.  
¡Bolívar posee un ejército!  
¡Bolívar marcha hacia la libertad de América! (íd.).

Este relato sobre la formación del ejército libertador marca otra controversia irrenunciable con el paradigma hispanista de la historia. Propone, además, una reflexión directa acerca del lugar que ocupa el cuerpo en la construcción nacional<sup>3</sup>. El ejército independentista no está constituido por guerreros herederos y/o portadores de la sangre hispana de los conquistadores, sino por entidades pestilenciales que, según la lógica higienista, debían ser eliminadas o, como mínimo, aisladas del nacimiento de una república liberal. Según lo propuesto en *Bolívar americano*, el origen de la nación no fue obra de la reflexión de héroes épicos, sino de una pasión turbia experimentada por masas poco o nada racionales de aspecto «extravagante y fantástico», por tanto, en el siglo xx no había razones coherentes para que otras identidades no racionales, no viriles y no verosímiles –como las mujeres indígenas, guerreras o intelectuales– fueran excluidas del mapa de subjetividades propuesto por la historiografía.

Resulta muy revelador a este respecto que Briceño impugne desde su mismo enunciado las barreras que separan los territorios institucionales de pertenencia. Es decir, en *Bolívar americano* se propone que para que nazca la nación no sólo hay que romper, sino que también se debe evitar la formación de los límites que separan “heridos, ineptos y mujeres”, pues eso permitirá constituir un ejército que sostenga los ideales bolivarianos. “Lo nacional genuino”<sup>4</sup> radicaría entonces en un proceso de reconocimiento de la alteridad, en una propuesta de resocialización que desarticula cualquier tentativa de inmunidad y borra, por tanto, debilidades, enfermedades y muchas otras marcas de exclusión.

En ese mismo hecho radica una de las recurrencias en la obra de Briceño al momento de definir los límites nacionales: la patria

latinoamericana si bien quiere/puede ser entendida como una deriva del imperio español, no tiene la facultad de negar el mestizaje, la hibridez y la barbarización de los códigos culturales, pues estos son tres de los elementos que le han dado origen. En la novela, además, la voz narrativa se encarga de aclarar que los soldados nunca estuvieron convencidos de la causa que defendían, sino que tuvieron una fe irracional en el hombre que se la presentó. Con ello, Briceño desnaturaliza el par mínimo masculinidad–racionalidad y vuelve a ampliar los espacios habitables en el pasado latinoamericano.

Hay que añadir que, en estos fragmentos, la venezolana no interviene los sujetos nacionales de la historiografía hispanista alterando su perfil, sino que lo hace repensando su ubicación. En este texto no se refuta ningún estereotipo étnico, de clase o de género, por el contrario, se reitera explícitamente la presencia de campesinos irracionales y mujeres débiles, sólo que estas presencias son ubicadas en el centro de la acción y, con ello, se justifica que hayan sido reconocidas por voces rectoras indiscutibles, como la del mismo Libertador. Briceño consigue, así, superponer estas figuras periféricas al perfil de los sujetos nacionales.

Esta traslación no ocurre únicamente con los soldados. En esta escritura se presenta de forma continuada toda una gama de impulsos violentos que reubican “dentro de la ley” a ciertas subjetividades imaginadas en la Historia oficial como excéntricas. Resulta emblemático que la única representación alegórica de un personaje femenino esté incluida en el capítulo más cercano a la lógica hispanista. Mientras que en el resto de la novela, por el contrario, se pueden apreciar individualidades femeninas no occidentales o, incluso, personajes como Manuela Sáenz –cuya representación, para la década de los treinta del siglo xx se hallaba surcada por una buena cantidad de tensiones y lecturas políticas en pugna–, acercándose hacia el lugar de la heroicidad.

No parece ser casual que este capítulo centrado en el encuentro ideológico e histórico de España y América, donde además se aprecia la única mirada alegórica dirigida a un personaje femenino, sea el que destaca Felipe Sassone en el prólogo. Claramente, se trata de un apartado sujeto a la línea editorial de Nuestra Raza.

Entonces el hecho de que justo en esos párrafos, Briceño le asigne a la mujer un lugar pacificador, etéreo e incuestionable cobra un nuevo sentido. Este apartado comienza con un encuentro del Libertador y Morillo, se habla sobre un diálogo que pretende estrechar lazos entre naciones y transformar al enemigo concreto en un adversario universal por medio de aseveraciones del tipo: «Americanos y españoles, al igual que lo hicieron en Santa Ana nuestros representantes, tenemos la obligación de unirnos para mantener siempre victorioso el estandarte de nuestra cultura y nuestras características raciales», o bien «[c]ien millones de hombres hijos de la civilización espiritualista hispánica. ¿Hay quien se atreva a desafiarlos? ¿Hay quien los venza si se unen?» (ibíd., p. 74). Luego, los dos hombres de guerra caen dormidos, entonces:

Apoyada la cabeza sobre el tronco de un árbol reposa un centinela, español o americano (...) El hombre, apoyando entre las piernas el fusil, se restrega [sic] los ojos con vehemencia. Aumenta aún más su sorpresa el sonido de una voz en la sombra. Mira hacia todos lados, aprestándose a defender la vida de sus jefes que duermen. En el momento de incorporarse una visión le hace caer de espaldas, atónito.

Sobre un rayo de luna clara, baja hacia la tierra la blanca figura de una mujer.

¡Nunca ha visto el soldado nada tan hermoso! Se queda absorto mirándola, cegado por su esplendor.

Sin apoyar los pies en el suelo, se acerca la aparición hacia él.

Una voz dulce musita:

—Yo soy la Paz, éstos son mis dominios. Yo soy la alegría de los pueblos, la equidad y la justicia.

El soldado no comprende el sentido exacto de aquellas palabras: pero, en cambio, aprecia el tono dulce con que son pronunciadas.

La emoción le tiene clavado en un sitio. Nunca sus ojos han contemplado una belleza tan dulce y tan resplandeciente.

—Se llama la Paz —murmura para sí—. Creo que jamás podré olvidar. Mi amante Victoria es la muchacha más bonita de su pueblo, pero al lado de ésta luce descolorida. Hay entre una y otra la misma diferencia que de un pocito de agua al lago de Maracaibo ¡Qué linda es la Paz! (ibíd., pp. 77-78).

Luego, agrega:

—¿Por qué no viniste antes a mi vida?

La Paz responde:

—Porque no supiste buscarme. Todo aquel que me busca, me encuentra, y conmigo a mis hermanas, que se llaman: Progreso, Cultura, Civilización, Bienestar, Amistad.

—Bésame otra vez —implora el soldado.

—No puedo. Ahora tengo que marcharme; mi enemiga la Guerra me ha tendido un lazo para destrozarme.

El soldado hace ademán de incorporarse para defender a la dama; pero ésta le dice sonriendo:

—No te preocupes por mi vida. Hoy he alcanzado una gran victoria sobre mi enemiga. ¿Ves aquella casa blanca que reluce bajo la luna?

—Sí la veo; aquella donde duermen Bolívar y Morillo.

—Allí está mi enemiga herida de muerte (ibíd., pp. 78-79).

La lectura de estos dos fragmentos pareciera develar un gesto complaciente por parte de Briceño, quien estaría repitiendo —con cierta marca melodramática adicional— las búsquedas conciliatorias entre España y América que se proponía legitimar el paradigma historiográfico hispanista. A pesar de ello, hay una evidente politización del discurso que permite, por ejemplo, mostrar al soldado que defiende la Patria y que es, literalmente, amante de la Victoria como un joven ingenuo, enamorado y, si se quiere, banal, pues no comprende el significado de la “Paz”, sino que juzga favorablemente su presencia gracias a su belleza física. En este sentido, si bien Briceño corre el riesgo de estar generando nuevas identidades instrumentalizables desde el poder intelectual, también está abriendo un espacio para intervenir el proceso de construcción de las identidades de género.

A propósito de ello, se hace necesario pensar qué marcas ideológicas subyacían en la idea de conciliación dentro del pensamiento hispanoamericanista y qué usos le dio la autora a esta misma propuesta al momento de escribir *Bolívar americano*. Por ejemplo, si se parte de la promesa de nación implícita en la publicidad de la editorial Nuestra Raza y en el prólogo de Felipe Sassone, se evidencia que el vínculo entre los pueblos de América y la llamada Madre Patria era pensado en términos afectivos y hasta morales. Cuando

se reconstruye la Guerra de Independencia en este marco, no hay intereses en conflicto porque la oposición se diluye en valores pretendidamente universales como el bien, la paz, la autonomía y una racionalidad marcadamente masculina. El encuentro de Bolívar y Morillo bien pudiera estar respondiendo a estas demandas; sin embargo, a esta masa informe donde soldados de España y América se unen bajo el cobijo de una mujer reducida a la alegoría se opone una patria con nuevos límites geográficos y simbólicos. Es decir, Briceño avala la conciliación pero –a diferencia de lo que buscaba el proyecto hispanoamericanista más tradicional– no niega las jerarquías, ni las diferencias en términos absolutos. En su obra no se propone la homogenización del territorio lingüístico y cultural, sino que se pone en escena una variedad de entidades colectivas de difícil comprensión que hasta finales del siglo XIX habían estado al margen de este bloque de identidad constituido por héroes patriotas y realistas.

En este mapa, por ejemplo, se quiebra la representación de la negritud como un elemento uniformador de las identidades. Ahora habrá negros que por asimilación o imitación formen parte de la patria consensuada de Bolívar y Morillo, mientras que otros tantos se identificarán como esclavos libertos, mujeres explotadas o, incluso, serán refinados al extremo de la idealización o inscritos en el lugar de las alegorías por parte de la voz narrativa. Un ejemplo elocuente de este reacomodo es la representación que se hace de Pedro Camejo dentro de la novela:

Venezuela es libre, gracias al esfuerzo de sus valientes hijos: Bolívar y Páez, Plaza y Cedeño, Rondón y Camejo, el valiente negro.

Entre el polvo y el humo del combate, precediendo muy de cerca a Bolívar, Negro Primero lucha como un tigre.

Varias veces su cuerpo oscuro se mancha de sangre, una sangre roja y vibrante que se coagula rápidamente bajo el sol. Un golpe de machete certero le arranca un trozo de cabeza, sembrada de negros pelos.

¡Qué pensará la negrita Churunga, que tanto ama sus cabellos! Un segundo machetazo le arranca carne de su brazo y paño de su relumbrante dolman, que tanto le llena de orgullo.

Negro Primero sabe causar la muerte, pero sus enemigos tampoco desconocen el arte de matar. Su pecho de primitivo, que vibra por la patria, por el jefecito y por la mujer con caderas de guitarra, lo atraviesa un lanzazo cruel.

Negro Primero sabe que va a morir, y su último pensamiento se dirige a aquel que lo recogió entre sus filas, que le dio cariño de padre, le señaló la ruta del héroe y le regaló un uniforme muy hermoso y unas espuelas de plata.

Animado con un grito cariñoso a su caballo, que también está destrozado, se dirige hacia donde está Páez. Numerosos enemigos le separan de él.

—No puedo panqueá sin despachá a otros tantos —balbucea—. Tengo que ganarme la despedida.

Oprimiéndose la herida del pecho, por donde escapan raudales de sangre, va esgrimiendo la lanza por vez postrera.

—Allí está... mi amito —murmura, escupiendo un salivazo de sangre.

Las entrañas del caballo, su compañero, cuelgan sobre el suelo, sanguinolentas. Caballo y hombre se apostan ante Páez (ibíd., pp. 99-100).

El uso de adjetivos y analogías como «primitivo», «tigre» o «caderas de guitarra» recuerdan la vieja dicotomía civilización/barbarie y, al menos en principio, ubican al personaje fuera de la esfera de conciliación; no obstante, las alusiones al «cariño de padre» y a la valentía exponen algunos mecanismos de adhesión que trascienden el determinismo biológico. Así pues, gracias a las simpatías despertadas en Páez y Bolívar, Camejo accede a la identidad colectiva heroificada dentro de la lógica hispanista. Quizás lo más interesante a este respecto es que no se trata de una alianza racional, sino de un lazo afectivo que, como tal, no tenía por qué restringirse sólo a los varones occidentales u occidentalizados. Al recuperar la dimensión afectiva de la causa política, Briceño la hace accesible a muchas otras subjetividades.

Esto no implica, en modo alguno, que las identidades no estén jerarquizadas. El Negro Primero está visiblemente subordinado a los ideólogos de la Independencia; a pesar de ello, no ha sido excluido del todo, porque se engrana en la promesa de futuro implícita en la guerra. Hay entonces una superposición de las ideas de identidad y propiedad que, si bien permite que un individuo

definido por su marca racial sea considerado por el discurso oficial, su construcción estará basada en la caridad, la generosidad o el amor de los varones descendientes de la raza hispánica.

En otras palabras, en *Bolívar americano* se propone que la relación de Pedro Camejo con la construcción nacional sólo puede ser pensada en términos instrumentales, si bien se trata de un hombre que ha dejado de ser esclavo y que ha sido incorporado al “nosotros” que sostiene la Patria nueva, sólo si sigue cumpliendo sus funciones de esclavo —es decir, si continúa siendo sumiso a las órdenes del amo, si continúa acatando las directrices del proyecto y si su eje de identidad es la lealtad a toda prueba— puede abandonar la exterioridad constitutiva y ubicarse al interior de la nación. A partir de aquí, la negritud comienza a diversificarse, pues sólo los hombres de guerra adquirirán un perfil singular y podrán ser mostrados dentro de la iconografía nacional.

Ahora bien, a esta presencia material del negro que lo lleva, posteriormente, al lugar de la alegoría, se contraponen una visión fantasmática del indígena esbozada en medio de una alucinación del Libertador. Resulta notable que la figura evocada por Briceño sea Pumacahua, un nativo que al igual que el Negro Primero, al comienzo de sus luchas, defendía la causa realista. Bolívar entra en contacto con los hijos del Cacique y al saber que están desamparados, les ofrece protección eterna. A partir de entonces, Ata, quien según lo relatado en la novela es la única hija de Pumacahua, se dedica a atender al “taita” y le ofrece chicha con “chamico”, sustancia definida por la voz narrativa como el “opio andino”. Del mismo modo, lo invita a probar coca. Al poco rato:

Ata coge la mano a Bolívar y le dice:

—Vamos allí, taita, que te presentaré a mi padre Atahualpa y a mi abuelo Manco-Cápac.

Bajo la mirada serena de Mama Killa, la luna, dos sombras se dirigen hacia el Templo del Sol...

\*\*\*

—Encended los hachones y que toquen las quenas —ordena autoritaria una voz en las sombras de las regias cámaras del Templo.

—¿Esperáis invitados, grandísimo señor?

—Sí, espero a mi hija, que ha de venir a verme —responde la voz que antes hablara, cubriendo el ruido de los pedernales que frotan en las tinieblas unas manos invisibles.

—Quiero ya salir de esta huaca que me limita la vista, quitarme las hilas que me entumecen los miembros, la venda que me cubre los ojos.

—Yo también, hijo mío, quiero salir de esta prisión y extender la mirada sobre mi vasto Imperio del Sol —contesta una voz venerable, impregnada de majestad.

—La hija de nuestra sangre viene a vernos esta noche, acompañada del mortal que nos dará la libertad.

—¡Bolívar, aquel que defendimos contra el Espíritu de la Muerte en el valle de Pativilca!

En el fondo de los huacos milenarios callan las momias de Manco-Cápac y Atahualpa...

Subiendo la esbelta escalinata del tempo van Bolívar y Ata, la princesa. (ibíd., p. 292).

La conversación con la aristocracia indígena continúa hasta que:

Un silencio gozoso flota sobre el ambiente. Un curaca o gobernador se inclina ante el emperador inca e insinúa:

—Señor Resplandeciente. Estamos en el mes del Umu Raymi, el mes en que las doncellas contraen sus bodas.

Ata sonríe. Bolívar calla.

Atahualpa ha comprendido la insinuación del curaco. Da una rápida orden y dos guerreros y dos doncellas presentan a Bolívar y a la bella Ñusta la sagrada chicha con el chamico que da el placer...

Mama Killa sonríe desde lo alto del cielo y vierte sobre sus hijos el agua prodigiosa de su cántaro de polvos de plata.

—Sumac Ñusta— Turrallay quim —Sanuy quita— Hermosa princesa— Tu hermano— Tu cántaro ha roto— Y a su golpe trueno— y caen rayos.

Musitan los pincullos y los tinyu la melodía dulce del yaraví sagrado que cantan con voz lánguida los harahueques incas.

—Llévemole al campo. A que aspire la fragancia de las flores. “Oyendo el canto dormirás.— En la muerta noche— Yo vendré.”

Prosigue, dulce como una queja, el yaraví sagrado del amor.

Sonríe Mama Killa, iluminando los resplandecientes muros del Templo del Sol.



(...)

Así fué como la doncella Ata, la bella Ñusta inca concibió un hijo del Sol de América y del Sol de Perú. Chaupi tutac Amusac (ibíd., pp. 295-296).

Uno de los primeros elementos que salta a la vista en este capítulo es la redefinición de la masculinidad de Bolívar a partir de su paternidad. En medio de su intoxicación, el Libertador va a engendrar un hijo que además de ser heredero de su sangre vasca, descenderá de la nobleza indígena ya extinta. En otras palabras, mientras que para los negros la sumisión a la causa independentista bastará para lograr su ingreso al mapa nacional, a los indígenas se les propondrá la dilución de su identidad cultural y de sus rasgos fenotípicos en la sangre blanca<sup>5</sup>. En segundo término, la feminidad también se desplaza, pues la mujer encargada de perpetuar los genes de Bolívar, lejos de encarnar una individualidad doméstica como su difunta esposa, o una guerrera como Manuela Sáenz, es «Ata, la ñusta inca, hija del Sol» (ibíd., p. 294), quien además de ser ajena a cualquier rol genérico propio de la lógica occidental, guarda consigo la profecía que anunciaba la desaparición de su raza. El encuentro sexual, de hecho, se presenta al margen de todo juicio de valor cristiano.

A esto se suma que en el capítulo señalado se escenifica una alianza estratégica entre la tradición y la épica fundacional que permite, por una parte, satisfacer los intereses hispanistas –dado que el indígena queda recluido en el pasado, glorificado y sin posibilidad de acción en el presente<sup>6</sup>–, al tiempo que le daba al héroe la opción de trazar un futuro nacional que conciliara las contradicciones geográficas y culturales que separaban a España de América. En este sentido, la gestación y el posible nacimiento de un niño mestizo cuyo nombre anuncia, además, una acción por venir –«llegaré a media noche»– es, además de una fórmula de blanqueamiento acorde a los intereses de la editorial Nuestra Raza, una estrategia para liberar a los personajes femeninos de «las pasiones domésticas [que resultaban] triviales frente a los imaginarios patrióticos» (Sommer 2004, p. 33).

Se podría decir entonces que, pese a su reproducción acrítica de las jerarquías raciales establecidas desde la hispanofilia, Briceño

consigue deslastrarse de los modelos de virtud femenina más conservadores. Un hecho que se hace particularmente visible si se considera que según los registros historiográficos la hija de Mateo Pumacahua<sup>7</sup>, llamada Polonia, había sido educada en el Monasterio de Santa Catalina de Cusco y deseaba profesar de monja. Es decir, Ata, la encargada de procrear la nueva genealogía de latinoamericanos, desde su ubicación indígena y, por tanto, no del todo normada en la nueva República, consigue exponerse como subjetividad femenina sexuada y deseante.

Ocurre otro tanto con la representación de Manuela Sáenz contenida en esta obra que, es importante destacar, presenta algunas diferencias respecto al perfil de la heroína quiteña construido por Briceño en la novela *La divina loca*. En *Bolívar americano*, Manuela y el Libertador se encuentran en una gallera. La voz narrativa cuenta:

Sobre la arena del redondel el espectáculo cruel y primitivo se desarrolla: un gallo giro contra un gallo negro zaíno.

—Dale duro, negro —grita alguien entre la turba.

Brillan los ojos, jadean los pechos, se humedecen las frentes. Bolívar desde un palco divide su tiempo entre el espectáculo, y en mirar de reojo, muy de cuando en cuando, a su bella vecina: Manuela Sáenz.

Manuela también le mira de soslayo: pero sus miradas nunca se han encontrado, porque cada uno se ocupa en demostrar la mayor indiferencia hacia el otro.

Un aplauso estremece el ruedo; acaba el gallo giro de vencer con espolón fiero al obscuro rival.

Las miradas de Manuela se llenan de pasión al contemplar la sangre caliente de la víctima.

Bolívar que la mira, sonrío.

Comienza la nueva lucha y se cruzan las apuestas. Un mestizo indio, apretado contra el pecho y cubriéndolo con su poncho, trae un gallo rojo como fuego.

Ya sobre la arena está el contendor, un precioso gallo con un penacho blanco reluciente sobre la cabeza.

El indio murmura palabras de ternura al guerrero, pasándole las manos ásperas sobre las plumas encrespadas.

—¡Qué animal tan lindo ese rojito! —exclama Bolívar, y Manuela que oye, dice a su marido:

—Oye, Darling, tráeme mi abanico, que dejé en la calesa.

Muy complaciente se aleja el marido hacia el sitio indicado, y Manuela, provocativa, murmura:  
—¡Qué hermoso gallo ese blanco! (Briceño, ob. cit., pp. 164-165).

En esta representación se pueden percibir varios hechos interesantes pues, por una parte, las sensaciones de Bolívar y Manuela son casi idénticas —los dos personajes disimulan, se miran de reojo y se buscan en la multitud—, lo que indica que en este proceso de seducción no hay jerarquías de género. Al igual que ocurre con otros personajes femeninos de la obra de Briceño, Manuela es presentada como una subjetividad deseante; sin embargo, se distancia de Ata y de la bella serrana en dos hechos particulares: por una parte, es una criolla que debería, al menos desde la lógica hispanoamericanista, ser medida con el rasero de la moral cristiana; por la otra, se trata de una mujer casada que coquetea con un hombre casi en presencia de su marido.

Resulta muy iluminador, además, que los dos cuerpos hayan sido por igual animalizados, que las metáforas para representar una y otra subjetividad sean las mismas y que la simbólica muerte del gallo complazca a los dos personajes por igual. El disfrute de la actividad sexual se presenta como posible y deseable tanto para el varón como para la mujer, lo que subvierte desde la raíz la lógica reproductora que marcaba las relaciones intersexuales en el liberalismo. De hecho, no se condena en el texto ni la seducción a Bolívar ni ninguna otra de las acciones de la Caballeresa del Sol; por el contrario, en esta obra se mostrará a Manuela como otro de los tantos modelos de feminidad deseables.

Asimismo, es importante destacar que, más allá de las marcas étnicas que definían el cuerpo de la mujer, los personajes femeninos contruidos por Olga Briceño —a excepción, claro está, de las grandes alegorías— muestran una clara conciencia de su cuerpo, de su sensualidad y de sus deseos. Con lo cual se refuerza que la clasificación racial que se lleva a cabo en la novela atañe fundamentalmente a los hombres, asumidos como protagonistas en la historia oficial.

Incluso en la manera de morir de los héroes se ven estas distinciones que no intervienen en la construcción de las identidades femeninas. Tanto la negra liberta como la mujer indígena sobreviven,

ambas liberadas por el ejército de Bolívar; al mismo tiempo, la mujer criolla se levanta en armas para labrar su propio destino. Muy por el contrario, los aristócratas incas son exterminados por los conquistadores, Pedro Camejo fallece de forma épica en el campo de batalla y el héroe fundador enferma y se degenera. De hecho, la novela cierra con un relato particular de la muerte de Bolívar, quien en medio de su agonía recuerda a las mujeres que ama. El último capítulo de la obra se encuentra mucho más cercano a la estética del folletín que a la del Romanticismo social. Basta recordar cuando se narra:

El moribundo, con su mano macilenta, traza en el espacio un gesto de horror, como rechazando algo que le causa espanto.

Habla como en un soplo de su vida que termina:

—Muchachos... Lleven mi equipaje a bordo del bergantín...

¡Manuela!... ¡Manuela!... ¡Madre!...

Los oficiales, férreos hombres, lloran como niños. Se retiran al corredor para no presenciar la agonía del caudillo adorado.

Un vómito de sangre mancha de rojo las sábanas blancas, como los picos andinos que dominó con su planta de vencedor el moribundo.

—José... José...

Secándose las lágrimas, José, el criado negro a quien dio la libertad Bolívar, se acerca.

El Padre de la Patria, como en otros tiempos, pone su mano temblorosa sobre los cabellos color de noche del negro:

—José... Nos echan de aquí, José... ¿A dónde vamos...? (ibíd., p. 378).

Finalmente, afirma una voz femenina:

—Nadie lo quiso como y... Ni siquiera había una sábana para envolver su cadáver... Ni siquiera una camisa propia... Hubo que recurrir a la caridad para que pudiese morir bajo un techo...

—¡Bolívar no ha muerto! —musita una voz en el espacio.

La mujer besa con sus labios apasionados la tierra fresca y roja.

—¡Bolívar no ha muerto!... repite la voz poderosa en las alturas infinitas.

En las inmensidades americanas brilla como un sol la libertad...

Sobre las cunas, las madres de América enseñan a sus hijos estas palabras:

—¡Dios te salve, Libertador!

La tierra toda se cubre de flores de vida.

—¡Bolívar no ha muerto!

Ante una tumba abierta llora una mujer, sobre una corona de inmortales laureles (ibíd., p. 379).

Si se piensa este desenlace a partir de la articulación propuesta por Olga Briceño en torno a la identidad femenina, la historiografía hispanista y la idea de nación, resulta casi inevitable reflexionar sobre el modelo de heroicidad aquí expuesto. La mujer, portadora del saber nacional, entroniza la figura del Libertador recurriendo a un paralelismo con la Virgen María<sup>8</sup>: una figura femenina del imaginario cristiano cuya identidad y relevancia están ancladas en su maternidad. Tras relatar la gesta fundadora de todo un continente, se llega a la escena final durante la cual el Padre del Patria es invocado en los mismos términos en los que se llamaría a la madre del Mesías.

Si bien este cierre del texto puede ser visto en primera instancia como una reiteración del carácter hispanista y, por tanto, contrario a la lógica liberal, también es posible percibir algunos desplazamientos que llaman a una lectura alternativa del sujeto nacional. Bolívar fundó el continente, luchó contra el enemigo y dio –o al menos estuvo dispuesto a dar– su vida por una causa colectiva; no obstante, antes de que acabe la novela, el guerrero se transforma en un hombre humilde que vive de la caridad, que contribuye con su muerte a redimir a los latinoamericanos y que, finalmente, se declara subordinado a un código ético inamovible. En otras palabras, el modelo de heroicidad que propone Briceño está afectado al extremo de que el Libertador muere recordando que es padre, hijo y amante fiel.

Esto devela una propuesta subjetiva compleja, que si bien reivindica la nación como categoría y la nacionalidad como posibilidad de identificación, adiciona al perfil del héroe las demandas morales dirigidas a los sujetos femeninos, tales como la entrega a los niños, el cuidado, el amor incondicional o la protección de los padres. Ocurre entonces una translación que aunque puede

ser leída –y de hecho lo fue por Felipe Sassone y Rufino Blanco Fombona– como la feminización de la Historia, sirve a la vez como puerta de entrada al imaginario continental para una serie de subjetividades excéntricas.

## **El voto: la voz cariñosa y enérgica (Amalia Puga de Losada, 1924)**

*Al recordar la anécdota referida en la ciudad, de un padre que, al casar a su hija, dijo a su flamante yerno: —«Pongo en manos de Ud. este pedazo de cera, para que le amolde a su gusto»—; se le enfriaba el pecho a Mollinedo, no porque la docilidad, que es bella cualidad femenina, le desagradara, sino por lo material de la comparación, que despojaba su entidad de «supuesto inteligente» a una mujer. El no quería una esposa de esa clase, no: él deseaba verla venir a su lado, por propio impulso, dando claras muestras de proceder con independencia y voluntad, resuelta a ser la compañera cariñosa y enérgica, no la súbdita callada y pasiva, de alma muda y mente hermética, conforme el vulgo la entendía en esos años*

AMALIA PUGA DE LOSADA

*El voto*

A diferencia de la novela de Olga Briceño, la obra de Amalia Puga de Losada no relata los acontecimientos de la Guerra de Independencia, sino que construye una historia de (des)amor entre un soldado nacido en el seno de una familia realista que, pese a su origen, decide unirse a las filas de Bolívar, y una mujer sin ideología clara, que permanece en su casa paterna en espera de los grandes sucesos de la Historia. El Libertador es sólo un personaje referencial y su visión como fundador del continente se alterna bajo un tono paródico con la perspectiva de los realistas:

Cuando Bolívar pasó por Cajamarca con sus fuerzas, enardeciendo el entusiasmo de los partidarios de la buena causa, que eran mayoría, y haciendo vibrar momentáneamente los pocos corazones tibios, como sacaban chispas del empedrado los

jóvenes visibles que se afilaron, para seguir su campaña bajo sus banderas.

Entre éstos, Fernando de Mollinedo, muchacho de 20 años, huérfano de ambos padres, lo hizo furtivamente, contrariando las opiniones de su abuelo, con quien vivía, opiniones realistas por excepción, de que participaba la otra nieta, doña Candelaria hermana única del mozo, quien la había visto siempre como a una madre, pues le aventajaba dos lustros en edad y había procurado reemplazar con sus desvelos a la que muriera al darle vida.

Mucho sufrieron en su amor y en su godofilia los Mollinedos con el «mal paso» de Fernando, mientras éste, tocado de la locura patriótica, abandonando sus comodidades y suprimiendo de su firma, en un arranque democrático, la partícula nobiliaria, andaba de cadete distinguido cerca del Libertador, como esos primitivos franciscanos que se desposaban con la Pobreza y renunciaban a su personalidad, para acompañar al serafín de Asís, tocados a su vez de «la locura de la cruz» (Puga de Losada 1924, pp. 3-4).

Tan sólo la lectura de este fragmento basta para comprender la distancia que separa el tratamiento solemne y hasta folletinesco que hace Olga Briceño de la figura de Bolívar y la modulación cuestionadora de Amalia Puga de Losada. La peruana habla de “la locura patriótica” y la equipara con el sentimiento de “godofilia” de la familia conservadora y añosa. Dice, además, que el protagonista de la novela, Fernando [de] Mollinedo, tuvo un «arranque democrático» que lo llevó a modificar su nombre, es decir, empleando una fórmula humorística, Puga insinúa que no hay convicción ideológica alguna tras la decisión de luchar por la Independencia, sino una suerte de enamoramiento o de pasión fugaz.

A la desmitificación de la lógica belicista que lleva a cabo Briceño, Puga de Losada le adiciona el elemento de la clase. En *Bolívar americano*, la sobreafectividad de los soldados viene determinada por su origen étnico y socioeconómico, mientras que en *El voto*, la irracionalidad le es atribuida a un joven de clase alta, educado según los códigos monárquicos. Así pues, con este marco inicial, la autora le asigna al pensamiento independentista algunos rasgos similares a los de la religión y, con ello, convierte al varón criollo y racional en una identidad moldeable a partir de sus emociones.

Se estaría estableciendo, entonces, un pacto de lectura. Por una parte, Puga de Losada se apropia del núcleo de la Guerra de Independencia, pero le atribuye un nuevo significado imaginario. Ella, en su condición de mujer letrada, criolla y perteneciente a una elite económica, abandona el lugar de la alteridad y vuelve a abrir, desde las palabras iniciales de esta obra, el sentido de ese momento histórico, para anunciar la renovación del sistema identificador. No solamente habrá durante el levantamiento armado mujeres realistas, varones godofílicos y «partidarios de la buena causa», sino que también saldrán a la luz otras subjetividades que justificarán la existencia de autoras con el perfil que ella y sus pares presentaban en su momento histórico.

Hay, además, en esta reconstrucción, un gesto que si bien era predecible e, incluso, podía ser demandado a una mujer intelectual, resignificaba “el gran evento” elegido por la autora. Al desacralizar al patriota y sacudir el pensamiento realista por medio del humor, Puga de Losada estaba destituyendo el “odio del otro” como elemento originario. No proponía en su escritura, como sí lo hacía Olga Briceño, un acercamiento conciliador que fundara la civilización. En *El voto* se niega que la diferencia fundamental entre quienes estaban a favor de la Independencia suramericana y quienes defendían la corona tuviera algún poder para definir subjetividades. Esta idea se ratifica cuando Mollinedo recibe la noticia del fallecimiento de su abuelo:

Al considerar los tristes acontecimientos de que se le informaba, no pudo apartar de su imaginación el recuerdo de su niñez y primera juventud, los mismos de su hogar, las dulces horas de intimidad al calor de sus purísimos afectos...

No obstante la embriaguez del patriotismo, que todavía le duraba después de obtenido el éxito final, llegó a reprocharse la crueldad de su alistamiento voluntario en el ejército, con absoluta prescindencia de las doctrinas profesadas por la tranquilidad de su hermana. Se representaba fielmente el cuadro de familia durante los años penosos de la campaña: el anciano, cabizbajo, mohíno, ahogando quejas y sollozos, si no le maldecía por generosidad, tampoco lo bendecía por resentimiento; Candelaria, llena de zozobras e inquietudes, sentíase impotente para endulzar la soledad moral de aquel, y sobrellevaba como carga abrumadora el peso de las faenas domésticas (ibíd., p. 6).



Es evidente que, para esta autora, la pugna entre proyectos nacionales que se dirimía en la Guerra de Independencia no constituía un asunto ideológico, ni tampoco ético, sino que se explicaba a partir del flujo pasional de los involucrados. Aquí se relata, como en casi cualquier discurso bélico, un acto de violencia que debería conducir a la fundación de un territorio geográfico, lingüístico o cultural; sin embargo, en la reflexión del personaje no hay culpa, ni apuesta por un orden social. Ni Fernando abandona su «embriaguez del patriotismo», ni su familia rechaza la cercanía a la realeza; no obstante, la carga emocional que se le atribuye a cada una de las posturas va a negar toda trascendencia, es decir, el conflicto se va a mantener, pero su núcleo va a perder cada vez más sentido.

El gesto de vaciar ideológicamente la confrontación permite que la voz narrativa hable desde el margen y, progresivamente, vaya diseñando una plataforma identificatoria donde se construyan subjetividades que hasta entonces carecían de visibilidad en las reconstrucciones de ese período histórico. Sin ser propiamente un relato que clausura la fundación, con el traslado del héroe a Cajamarca, en esta novela se suspende el curso de la Guerra, lo que da pie para que se interrogue y, en muchos sentidos, se desestabilice la historiografía oficial. Se abre entonces una vía interesante para preguntarse por la relación centro/periferia propuesta en este discurso.

En principio, se podría afirmar que al trastocar los procesos identificatorios, la voz narrativa consigue contaminar a las colectividades imaginadas: la autora va a proponer una nueva mitología doméstica, íntima y, si se emplean los términos propios del canon literario latinoamericano de la primera mitad del siglo xx, feminizada. Puga de Losada construirá desde la cotidianidad un correlato de la Guerra de Independencia que terminará por generar un sistema simbólico alternativo. La mirada de Fernando sobre su lugar de nacimiento proporciona algunas señales al respecto:

Al poner los ojos en el suelo y observar las huellas que en sentido contrario al de su marcha acababan de dejar las bestias de otros caminantes, creía reconocer las pisadas de su propia mula, cuando se alejó en el séquito del Libertador, volviendo la espalda a los únicos que le amaban de veras en el mundo. Las aves y los insectos no sólo no le eran extraños, sino que se

los figuraba precisamente los mismos que en aquellos lejanos días huyeron desprovistos al paso de las tropas, bullangueras y jacarandosas a pesar de lo incierto de su destino (...) Todo, todo estaba igual y el paisaje, y hasta los seres humanos indios arrieros de tipo marcado y traje peculiar no podían ser en su concepto otros que los de antaño, como si acabara de despertar de un profundo sueño y su larga ausencia no hubiese tenido realidad efectiva (ibíd., p. 7).

Según lo expuesto por la voz narrativa, para el momento en que muere el abuelo Juan Antonio, ya se había «terminado este [conflicto] con el triunfo definitivo de la República» (ibíd., p. 5), es decir, ya el enfrentamiento bélico que tenía como fin último fundar una nación estaba cerca de acabar, por ello, es muy significativo que Fernando [de] Mollinedo regresase a un lugar en el que nada había cambiado. Al volver a Cajamarca, este patriota no encuentra ni raza nueva ni pueblo redimido, sino una suerte de estatismo encargado de poner en evidencia que la Nación Republicana era una idea concerniente a un pedazo pequeño y limitado de la población. A diferencia de lo que ocurre en la obra de Briceño, en esta novela, la gesta bolivariana no incluye a los sectores étnica ni económicamente distantes al Libertador, pues los «seres humanos indios arrieros» siguen objetivados al extremo de confundirse los unos con los otros. Esta demarcación parece anunciar el declive de la potencia fundadora de la Guerra que se mantendrá hasta el final de la narración.

Más allá de las identificaciones comunes con el paradigma hispanofílico de la Historia, Puga de Losada propone una moralidad distinta para este personaje que lo distancia del héroe épico. Fernando verá desde sus emociones el entorno inmediato y sentirá una profunda alegría al encontrarlo intacto. Lo que indica que más allá de la entrega como soldado que supuso tanto la modificación de su nombre como el distanciamiento geográfico e ideológico de su familia, este personaje nunca esperó participar en una gesta resolutive. La imagen del sueño empleada por la autora da buena cuenta de ello.

Asimismo, el hecho de que el acto de violencia primigenio no desemboque en el proceso civilizatorio hace que se quiebre en muchos sentidos la ilusión de creación propia de los discursos

fundacionales. Es decir, aunque el Libertador hubiera declarado una guerra y Mollinedo se hubiera unido a las tropas, ninguno de los dos podía ser asumido como el creador de las identidades que los circundaban. Este gesto de desmitificación, por otra parte, abre las puertas para que la autora proponga nuevos asideros y algunos mecanismos de permanencia alternativos para las identidades colectivas que representa.

La propuesta desacralizadora inicial alcanza mayores niveles cuando se expone la figura de Fernando a la mirada de sus compatriotas:

La vida militar había prestado suma gallardía al continente Mollinedo, que andaba y se movía con elegante marcialidad, propia, no ya de un simple Comandante, sino de todo un General, y como era además, muy buenmozo, no tendría nada de raro que su presencia en el comedor de don Clemente y a la luz de dos velones de aceite y cuatro velas de sebo –lo que, o ténpora! O mores!, significaba una iluminación de honor del huésped– ocasionara un tímido revuelo entre las niñas de la casa, que eran tres, y todas de buen palmito: Águeda, Joaquina y Carmen (ibíd., p. 10).

Un rasgo sin duda llamativo dentro de esta escritura está en el hecho de que la autora se cuida de establecer una distancia temporal entre las acciones y su discurso. Cuando la voz narrativa señala que en casa se encendía «la luz de dos velones de aceite y cuatro velas de sebo –lo que, o ténpora! O mores!, significaba una iluminación de honor del huésped» se está encargando de precisar que tanto los protagonistas como el lugar de la acción son ajenos al proceso de modernización que se vivía en el Perú en los años veinte. A pesar de ello, en la descripción se cuelan algunos detalles que sirven para fijar posición frente al tránsito que habían experimentado las mujeres letradas en el imaginario nacional del intersiglo<sup>9</sup>.

Por ejemplo, la primera vez que se habla de la protagonista se le presenta como parte de un colectivo. No hay una descripción detallada de su aspecto físico, ni se destaca algún rasgo particular que la convierta en una identidad deseable, sino que es una más de las hermanas «de buen palmito» que acogían a Mollinedo en su casa. Adicionalmente, los honores que recibe el patriota no se derivan

de su lucha en el campo de batalla sino de su «gallardía», lo que indica que, si bien no pudo crear una nueva nación, la Guerra de Independencia en tanto evento, consiguió generar la materialidad y el nombre de un sujeto. Hay pues en el relato de este encuentro una reflexión implícita acerca del cuerpo y de su función.

En esta escena el cuerpo femenino se masifica hasta casi desaparecer, mientras que la mirada dicotómica, encargada de ubicar a la mujer en el lugar de un objeto decorativo y pensar al hombre como sujeto contemplador, se mantiene intacta. Adicionalmente, se enuncia de forma explícita el poder performativo del ejército. Mollinedo, al igual que las hijas de don Clemente, ha sido modelado por una institución y responde a cabalidad a los códigos de identificación que ésta le ha suministrado. Desde el momento en que Amalia Puga de Losada deja al descubierto la equivalencia de estas subjetividades o, lo que es lo mismo, cuando demuestra que ambos cuerpos han sido forjados por la repetición de normas y conductas, abre la posibilidad de que se modifiquen a partir de la interacción.

Ciertamente, la familia, la iglesia y el ejército tendrán el poder de construir identidades femeninas y masculinas, pero el encuentro de los personajes dará pie a algunas reconfiguraciones. Por ejemplo, una vez que Mollinedo ha llegado a casa de don Clemente, él y su esposa comienzan a considerar cuál de las tres hijas deben comprometer con el soldado. Ocurre entonces que:

A pesar del rigorismo de las ideas reinantes, don Clemente y su mujer, doña Gertrudis, acordaron sigilosamente dar pábulo, en cuanto se aviniese con el decoro de su familia, austera por cristianismo y dignidad, a la inclinación que habían sorprendido en el huésped respecto a Aguedita, y el primer paso que dieron en tal sentido fue exigirle afablemente que continuase en aquella condición, no obstante que él, por delicadeza, quiso trasladarse a su propia casa tan pronto como le fue posible pensar en reorganizarla. Movíalos a ello, no solamente la convicción de que Fernando era un magnífico partido para la muchacha más pintada, sino su egoísmo de padres, alarmado, a despecho de su acendrada religiosidad, por el misticismo que la niña venía revelando desde los 4 años, el cual, si no se interponía un caso de amor, podía culminar en una vocación monástica de repente. Los dos estimaban en altísimo grado el

honor de esposa de Cristo a que es dado llegar a las vírgenes católicas; pero, humanamente, se estremecían al considerar que su primogénita pudiera abandonarlos (ibíd., p. 14).

El empeño de los padres en hacer de Águeda una mujer casada estimula que la diatriba en torno a los cuerpos, las identidades y la modernidad continúe. La cercanía ideológica de Puga de Losada con la corriente hispanista hace suponer que el ideal de familia burguesa y liberal debe ser revisado. Hábilmente, la autora no llega a proponer una individualidad femenina que contraríe toda tradición de pensamiento, sino a un personaje aparentemente sumiso y plegado a una de las instituciones avaladas por el poder. En otras palabras, el desacato a la ética liberal no supone la construcción abierta de un territorio desvinculado de todo orden establecido, sino la adscripción a otro espacio de poder patriarcal.

En *El voto* no se establece una polaridad entre la individualidad de la mujer y su función dentro de la sociedad, sino que el discurso ubica en polos opuestos a la iglesia y la familia, dos máquinas de performatividad que habían modelado las identidades de género por siglos. Águeda, «por el misticismo que (...) venía revelando desde los 4 años», pacta con un mito que da cohesión a una comunidad determinada, comienza entonces su oposición a la demanda familiar desde un lugar que no parece conscientemente elegido ni del todo ajeno a su radio de acción, sino tan sólo distante en el tiempo. De ese modo, la estrategia de la ficción histórica le sirve a Puga de Losada para glosar el presente.

Cabe entonces la reflexión en torno a los valores que produce –o bien (re)produce– Puga de Losada en su escritura. Más allá de que la historia diga desarrollarse un siglo antes de su publicación, es evidente que la autora convierte el cuerpo y la identidad de la protagonista en el terreno de discusión de dos de los paradigmas historiográficos y culturales que se enfrentaban para definir a América Latina en el siglo xx. Águeda no está del todo a gusto con el papel que le toca desempeñar dentro del proyecto republicano liberal, por ello, es necesario que los encargados de la renovación la convenzan de pertenecer a él. Esta relación se tensa aún más cuando Mollinedo se enamora de Águeda e intenta teorizar en torno a su atracción:

Al recordar la anécdota referida en la ciudad, de un padre que, al casar a su hija, dijo a su flamante yerno: —«Pongo en manos de Ud. este pedazo de cera, para que le amolde a su gusto»—; se le enfriaba el pecho a Mollinedo, no porque la docilidad, que es bella cualidad femenina, le desagradara, sino por lo material de la comparación, que despojaba su entidad de «supuesto inteligente» a una mujer. El no quería una esposa de esa clase, no: él deseaba verla venir a su lado, por propio impulso, dando claras muestras de proceder con independencia y voluntad, resuelta a ser la compañera cariñosa y enérgica, no la súbdita callada y pasiva, de alma muda y mente hermética, conforme el vulgo la entendía en esos años (ibid., p. 18).

Aunque indudablemente en *El voto* se represente una sociedad en tránsito donde no están del todo claros los límites del capital cultural, al momento de hablar de la protagonista se pueden percibir dos vías autorizadas a leer la belleza. Por una parte, la tradición que representan don Clemente y el patriarca anónimo recordado por Mollinedo piensa en la docilidad maternal o virginal como el principal atractivo femenino; mientras que Fernando espera que las mujeres den señales de inteligencia, independencia y voluntad.

Confrontar estas dos fuerzas le va a permitir a la autora exponer las diferencias sociales y las pretensiones exclusivistas de cada uno de los sectores ideológicos demarcados. Águeda, esa mujer sin corporalidad definida, que podía ser confundida con cualquiera de sus hermanas y que, desde la perspectiva de su padre, debía cumplir con la función de procrear, será medida con dos escalas diferentes. Lo más interesante al respecto es que —reiterando el mecanismo que empleó al comienzo de la obra— Puga de Losada les atribuye el mismo resultado a las dos evaluaciones. Es decir, el gusto como herramienta diferenciadora de ideología y de clase deja de funcionar cuando el elemento valorado involucra las jerarquías de género.

Así pues, además de presentar la afectividad como vía para la desideologización de la lucha entre realistas y patriotas, en esta novela se confirma la existencia de un habitus que involucra a los varones letrados de clase alta, más allá de sus filiaciones políticas. Quizás lo más interesante del caso es que al ver a Águeda como

objeto de culto, ni su padre ni Mollinedo consiguen descifrar correctamente su conducta. Ninguno de los dos paradigmas tiene las competencias necesarias para pensar a una mujer en el momento histórico en el que se desenvuelve el relato.

Ambas tendencias de pensamiento, al momento de idear a la familia, reducen al personaje femenino a su funcionalidad, más allá de que cada uno de los modelos esbozados asigne un papel diferente a hombres y mujeres en la construcción de la Patria:

Entraba en los planes de Fernando un verdadero holocausto en honor de la idea de su predilección: el de sus ambiciones de soldado, largo tiempo acariciadas y en buena parte conseguidas; pues pensaba que, al contraer matrimonio, debía separarse definitivamente del ejército, contentándose con el grado y la gloria alcanzados, y consagrarse a hacer la felicidad de su familia, a acrecentar su riqueza y el lustre de su casa, a construir en la vida un ejemplo de virtudes cívicas y privadas, siendo un buen ciudadano después de haber sido un buen militar. Y cada vez que daba un paso en pro de sus intereses, pensaba que ponía una piedra en el cimiento de su hogar futuro, y todo lo hacía previa consulta con don Clemente, porque confiaba en sus luces (íd.).

Si se evalúan estas cavilaciones de Fernando junto a sus reflexiones en torno al perfil de la mujer ideal para ejercer la maternidad, se verá que con este personaje Amalia Puga de Losada se dedicó a dibujar un ser moral cuya racionalidad se vería cuestionada por el apego y el afecto más que por el pensamiento cartesiano. Mollinedo, obviamente, lleva a cabo un proceso deliberativo en torno a la construcción social, es decir, elabora un discurso que conduce a una toma de decisiones, pero éste no se basa en la elaboración de un proyecto nacional sin fisuras, sino en la proclama de un compromiso afectivo.

Una vez más, la supuesta confrontación de paradigmas cae en entredicho, más aún si se tiene en cuenta que según lo aseverado por el personaje, los roles sociales no fijan las identidades, sino que éstas vendrán dadas por la comunicación y el intercambio discursivo/emocional. “Fernando el soldado” si bien comparte un *ethos* básico con “Fernando el pretendiente de Águeda”, no es exactamente el mismo. En sus pensamientos, este personaje expresa que debe

transformarse a partir de la creación de nuevos vínculos familiares, por eso le preocupa su desempeño en uno u otro lugar. La virtud cívica que se pretendía construir en el espacio privado dominará, incluso, su actuación pública, de ahí que sea lógico cimentar una propuesta política al servicio de la moral.

Se revela entonces una estrategia de inclusión interesante por parte de Amalia Puga de Losada, y es que al articular la concepción política de la nación con la moral, se va a abrir del todo el espacio público hacia las identidades no visibles. Es decir, si toda subjetividad es múltiple y se define desde las interacciones y, al mismo tiempo, todo héroe o sujeto político es también un individuo moral, es posible invertir el recorrido y mostrar dentro de la reconstrucción historiográfica de la fundación continental individualidades que se disolvían —entre el conjunto de hermanas o en el quehacer familiar— al interior del hogar. Así pues, que Mollinedo vaya desde su lugar como soldado a su espacio como ciudadano por medio de estas reflexiones, va a permitir que la voz de Águeda también se escuche en el espacio público.

Ciertamente, al comienzo, el padre y el pretendiente intentan decidir el destino de la protagonista sin que ella esté presente:

A nadie sorprendió que don Clemente y Fernando se encerrasen en el escritorio una mañana de mediados de Enero, pues que varias veces lo habían hecho, para tratar de los negocios del segundo sin ser molestados por extraños requerimientos.

Una vez instalados en sendos sillones de vaqueta, el joven expuso su demanda en tono de penitente, y el viejo la acogió de plano, sin poder disimular su júbilo. Y cuando oyó las dudas de aquél, procuró disiparlas, y le ofreció obtener el consentimiento de su hija en el término de pocas horas.

—Es lo que más me importa, don Clemente —dijo Fernando.

—Yo no quiero que mi matrimonio sea un mero contrato: yo ambiciono que sea la unión de dos almas; yo anhelo no solamente la mano sino también el cariño de Aguedita, cariño del que me juzgo merecedor.

—Descuida, hijo mío —volvió a decirle el señor Gómez—. Tú posees muy bellas prendas, y ni loca que estuviera te rechazaría la muchacha, amén de que de mi autoridad no se burla nadie. Mañana a esta misma hora estará todo allanado (ibíd., p. 29).



A pesar de ello, Águeda se resiste a la boda y le dice a Mollinedo:

Le dijo, si reservas, que llevaba dos años de adorarle en secreto cuando él se marchó con Bolívar, escapado de en medio de los suyos, que le lloraron por muerto, dado que no creyeron en la posibilidad de su regreso a Cajamarca; y que entonces ella, defraudada en sus esperanzas, enferma del alma a los 14 años, quiso refugiarse en un amor sin desencantos, y formuló ante Dios el voto de consagrarse a Él de modo absoluto, en su casa mientras existieran sus padres, y en el convento si les sobrevivía. Y concluyó por exclamar: ¡Ya no me pertenezco! Emocionado el joven en grado superlativo con tan ingenua como luminosa revelación, trató de probar a Águeda que cabalmente en su vuelta había fundamento bastante para anular esa promesa, que calificó de pueril e inconulta (...)

—Considéreme Ud. desposada ya con Jesucristo —añadió—, y viva Ud. seguro de que no dejaré de encomendarle a Él ni un solo día (ibíd., pp. 32-33).

Hay varios elementos que considerar en este desenlace de la novela. Por ejemplo, el patriota, que a su vez adquiere los rasgos del civismo perfilados por el paradigma hispanoamericanista, si bien pretende a una mujer por ser hermosa, la considera una individualidad y, desde su posición, no le queda más remedio que esperar a la actuación de un ser autónomo. Teniendo la posibilidad de acceder a Águeda por la voluntad de su padre, Mollinedo decide convencerla y acatar su decisión, porque dentro de su imaginario la inteligencia femenina es un valor indispensable. Habría en este gesto un reconocimiento de la mujer como subjetividad ética. Según lo aquí propuesto, el pretendiente quiere establecer un vínculo afectivo que dé paso a una comunidad, por tanto, rechaza la posibilidad de buscar perpetuación de la especie desde la racionalidad más pura. Se propone entonces comprometer emocionalmente a las identidades masculina y femenina para edificar nuevas alianzas.

El segundo hecho es que Fernando se juzga a sí mismo como «merecedor» del afecto, pues según lo afirmado por don Clemente, tiene «muy bellas prendas». Tanto la mirada conservadora hispanoamericanista como la liberal burguesa consideran que este

sujeto encarna un modelo de masculinidad atractivo pero, curiosamente, para la subjetividad femenina que recientemente ha adquirido una voz, la soltería constituye una alternativa más interesante. Ante esta circunstancia, el título de la obra adquiere una ambigüedad subversiva pues se descubre que el voto de Águeda no se relacionaba con el sufragio –símbolo de la incorporación de la mujer a uno de los modelos de nación en boga para el momento de publicación del texto–, sino con el apego a una tradición donde, al parecer, el perfil femenino que ella deseaba tenía más posibilidades de realización.

Águeda, voluntariamente, renuncia a tomar parte de una comunidad que no maneja los códigos necesarios para comprender su perfil y sus aspiraciones, al tiempo que le imprime un carácter liberador a la soledad. Una condición que, por cierto, muchas veces y en diversos registros, había sido usada como amenaza para controlar los cuerpos femeninos. Al respecto, también es importante señalar que Mollinedo le reclama a su pretendida el carácter «pueril» e «inconsulto» de su promesa, es decir, intenta indicarle que ella debió contar con la opinión de él, varón amado, para elegir su propio destino; sin embargo, Águeda consigue que su decisión autónoma sea vista como un rasgo de virtud y la presenta como un hecho indiscutible.

Se tendría pues que, si bien la secularización del espacio público constituía la construcción de un nuevo habitus dominante, ello no implicaba la existencia de espacios propicios para la circulación de una mujer que quisiera desarrollar una identidad ajena a las teorías biologicistas. Leído en este marco, el cierre de la novela determina un nuevo camino para comprender el pasado:

Dos semanas después de la dolorosa confidencia de Águeda Gómez, partió el comandante Mollinedo, rumbo al sur de la República, incorporándose en el ejército con que Gamarra jaqueaba a la sazón a Sucre, desde la frontera de Bolivia. Habiendo arreglado para mucho tiempo sus negocios de Cajamarca, quizás nuevos anhelos de gloria, nuevos estímulos de ambición, alentada por el ejemplo de tantos rápidos descubrimientos políticos, le irían sucediendo poco a poco, hasta distraerle de su profunda pena. Detrás quedaba, echándole

muy de menos, una doncella heroica, igual que las que en el circo romano esperaron impávidas la acometida de los leones hambrientos.

Y a lo largo del camino, el susurro de las hojas y los soplos del aire parecíanle al viajero oraciones y suspiros que le acompañaban dulcemente... (ibíd., pp. 33-34).

Estas afirmaciones finales permiten reflexionar de forma más directa sobre la revisión de la Historia que lleva a cabo Puga de Losada. Inicialmente, es necesario mencionar que la autora deslinda la imagen de la Patria de la figura de la mujer. Es decir, más allá de tener o no una conducta predecible, Águeda –al igual que la mayoría de los personajes femeninos contruidos por Briceno– no es una alegoría de la nación, sino una individualidad que pudiera, eventualmente, hacer vida al interior de la misma. Por otra parte, el romance fundacional (véase Sommer 2004) del proyecto liberal se ve frustrado, aunque la virtud del héroe nunca sea puesta en entredicho. La piedra de tranca para la consolidación de la pareja es la resistencia femenina a la modernidad. Este rechazo, además, altera el acontecimiento originario, pues hace que Mollinedo vuelva al campo de batalla a reconducir sus ideas políticas.

El sentido del honor, en este caso, impide el cumplimiento de las demandas sociales dirigidas a Águeda y a Fernando; no obstante, ambos personajes parecen conscientes de su responsabilidad histórica. El halo romántico que debía guiar su enlace matrimonial, el sentimiento de Patria y la construcción de la familia se diluyen en una forma de virtud que, como ya se dijo, no es del todo racional, aunque provenga de un proceso deliberativo. En otras palabras, si bien el eje de esta novela es la caracterización simbólica de los paradigmas ideológicos/historiográficos contrapuestos en la primera mitad del siglo xx, en la intervención que la autora lleva a cabo se privilegia la encarnación de una mujer autónoma, con nombre y voz, que hasta ese momento parecía irrepresentable.

Al finalizar el recorrido, Águeda es presentada literalmente como una heroína<sup>10</sup> cuya realización se ha producido fuera del campo de batalla. No es una guerrera, sino una doncella similar a la mártir que le da nombre. Basta recordar a Gioacchino Ventura

di Raulica cuando afirmaba que Santa Águeda, «[n]oble de origen y dotada de una rara belleza, habiendo rehusado, por amor á la virginidad, la mano y el amor de Quinciano, pretor de Sicilia, este la hizo prender en Catania» (1857, p. 354). Continúa relatando que una vez que estuvieron frente a frente, el hombre le reclamó que no vistiera como le correspondía a la nobleza, sino como una mujer pobre. En un paralelismo evidente, la mujer creada por Puga de Losada “deja ir” a un gran partido, pero esta circunstancia es aprovechada por la autora para introducir los rasgos de una nueva masculinidad. Según lo expuesto en *El voto*, un hombre virtuoso lo es, entre otras cosas, porque reconoce en su pareja una identidad soberana.

A esto se suma que la mención final de «la acometida de los leones hambrientos» aproxima a Águeda a otro referente: Santa Tecla, símbolo de la perseverancia. Esta santa protagoniza un relato donde es posible la salvación de una individualidad femenina, siempre y cuando tenga el valor de enfrentar el entorno y hacer frente a cualquier amenaza. La correspondencia puede ser muy gráfica, sobre todo si se tiene en cuenta que Santa Tecla fue lanzada a los leones en el anfiteatro romano y la fiera «lamiéndole los piés, é indicando con un sordo rugido que le estaba prohibido desgarrar su cuerpo sagrado (...) adoraba su presa» (ibíd., p. 295). Es decir, con estas referencias finales al imaginario católico, Amalia Puga de Losada vulnera radicalmente las pretensiones liberales de modelar la Historia. Aliándose con el imaginario más conservador, la cajamarquina construye una genealogía alternativa que va a garantizar el aval de los ideólogos del hispanoamericanismo, aunque en su escritura rechace la procreación y la extensión de la raza como único destino posible para la mujer. En un juego de intertextualidades, la autora construye un camino desde donde reconocer a las mujeres que estaban presentes en el territorio nacional aunque no fueran parte de la gran Historia.

## **Un recuerdo de amor: sobre la tumba de Bolívar (Graciela Sotomayor de Concha, 1947)**

«Señor Redactor de la Página Española»

Muy señor mío:

*Hace algún tiempo anunció la prensa un posible viaje del Rey de España a América. Se decía que el Monarca español colocaría una corona sobre la tumba de Bolívar, como símbolo de confraternidad hispanoamericana. Yo, haciendo mía esta idea, me he apresurado a levantar de su tumba al egregio caudillo, para poner en sus labios, en mi poema dramático «Un Recuerdo de Amor», palabras que hacen justicia a la Madre Patria. Es ésta una obra de acercamiento hispanoamericano, que, como un puñado de rosas, quiero arrojar de avanzada sobre el ancho y glorioso camino que pudiera un día recorrer el más simpático de los monarcas.*

*De Ud. A. y S.S.*

GRACIELA SOTOMAYOR DE CONCHA

*Un recuerdo de amor...*

Aunque como se vio al estudiar la recepción de las obras, Graciela Sotomayor de Concha fue la autora menos asociada por la crítica con el paradigma historiográfico hispanoamericanista, en la dedicatoria de su trabajo declara sus deseos de vincular de forma indiscutible a España con el continente americano. En estas líneas propone un acercamiento entre naciones, reconoce la existencia de una “Madre Patria” y habla del Rey como «el más simpático de los monarcas». De ese modo, avala la visión hispanofílica del pasado y, a la vez, se legitima como una intelectual copartícipe del proyecto. Es decir, cuando establece un paralelismo entre los honores que le brindaría el Rey a Bolívar llevando una corona a su tumba y los que ella ejecutaba al “levantarlo” de su nicho y hacerlo hablar, la dramaturga se ubica en una posición similar a la de su interlocutor, lo que la autorizará a pensar de una manera autónoma la pieza teatral.

A esto se suma otra particularidad. A diferencia de lo que ocurre con Olga Briceño y los ideólogos del proyecto de la editorial

Nuestra Raza, para quienes era necesario construir la hermandad entre España y América, Sotomayor de Concha sugiere la preexistencia de un nexo que por antiguo resulta innegable. Se trataría de un vínculo consolidado en el pasado histórico común que no necesariamente implicaba el desarrollo de la empatía o la solidaridad. Entonces, más que estar subordinando «la reproducción mimética de cierto período histórico a la presentación de algunas ideas filosóficas»<sup>11</sup>, en *Un recuerdo de amor...* se estaría instrumentalizando el hispanoamericanismo en tanto visión ideológica de la Historia, para producir subjetividades en el momento de su estreno, publicación y difusión.

Aún más, si la dedicatoria se revisa en diálogo con las páginas precedentes, la estrategia de Sotomayor de Concha se podrá percibir de forma clara. En la portada del libro aparece la famosa pintura de Arturo Michelena que representa a un Bolívar desarmado, detenido en medio de la batalla de Carabobo con un sombrero en la mano<sup>12</sup>. A primera vista, parecería que esa imagen es la encarnación del recuerdo, ese Bolívar que se detiene en medio del enfrentamiento y destaca en primer plano –pasando por alto la presencia confusa del pelotón– será el objeto recordado por Joaquina y, como consecuencia de ello, la figura central del discurso teatral. Se estaría partiendo entonces de una visión romántica del “gran evento”, pues la lucha estará en un segundo plano y la afectividad de los héroes servirá como el eje de la fundación nacional.

Adicionalmente, al pasar la portada y la página de cortesía, se incluye una fotografía de la autora seguida de su firma. El hecho de que Sotomayor de Concha, pese a su centralidad en el campo, mire al infinito –como Briceño– y deje caer la mano descuidadamente –como la estatua de la escritora cajamarquina– está cargado de sentido. Es la imagen de una mujer que, como lo hacía el Bolívar del retrato durante la batalla de Carabobo, ha suspendido su actividad principal para ser observada. Se trata de la intelectual-objeto que dará curso a la escritura. A pesar de ello, esta representación de la dramaturga se distingue radicalmente en vestimenta, rictus y ademán de otra fotografía incluida en las páginas finales de la publicación: una imagen que posiblemente haya sido tomada dos décadas antes de la edición del libro, donde Sotomayor de Concha aparece como la actriz que interpreta a

Joaquina, sonrío a la cámara con mirada infantil y sostiene un abanico en la mano. Este contraste conduce a pensar que antes de equiparar su gesto con el del Rey de España, la autora acotará la posición autoral, el objeto de su discurso y la distancia que separa a ambos constructos de los actores y personajes que intervienen en el montaje o, lo que es lo mismo, establecerá fronteras claras para su lugar de enunciación.

Por eso mismo, continúa con su gesto clasificador. En la descripción de los personajes que aparece en las páginas siguientes se establecen marcas raciales y nacionales. Los dos únicos personajes a los que se les asigna un nombre y un apellido son Joaquina de Gandárias y Simón Bolívar. Luego se enumeran, en la primera columna, bajo el nombre de la protagonista: «Doña Engracia, Beatriz, Candelaria, Matilde, Margarita, Elena, Cristina, Angélica, Leonor, Isabel, Cholita 1º, Cholita 2º» (1947, p. 10); bajo el nombre de Bolívar, se lee: «Gmo. Miller. Prefecto, Pedro Oviedo, Juan Quezada, León Gandárias, Don Juan, Don Luis, Gil Martínez, Edecán, Ordenanza, Cholo 1º, Cholo 2º, policías» (íd.). Finalmente, se incluye una indicación: «Damas, invitados, conspiradores. La acción en la ciudad de Potosí (Bolivia). Época de las guerras de la Independencia» (íd.).

Esta enumeración anuncia una de las primeras búsquedas del texto: ordenar conceptual y emocionalmente las relaciones de las tipologías representadas con el espacio histórico y entre sí. Aunque la autora sólo aparece como la voz que enuncia las acotaciones, en esta lista se reafirma su “yo” y se propone un mecanismo de diferenciación de “los otros”. Para decir de sí, Sotomayor de Concha emplea una clasificación de los personajes en subjetividades jurídicas, como Bolívar y Joaquina; entes al servicio de los grandes individuos, como el prefecto, las muchachas que asisten a la fiesta o la familia Gandárias; e integrantes de una masa informe, como las cholitas, los cholos y los policías. La voz enunciativa no establece una jerarquía de géneros entre los personajes, sino que se vale de las diferencias sociales, económicas y étnicas para ocupar un espacio de poder desde donde construir el espacio histórico.

Para fines del proyecto hispanoamericanista, esta subdivisión de personajes puede ser de gran utilidad porque, si bien se está

separando al líder de la revolución independentista de sus potenciales seguidores, se le está acercando en voz y perfil a sus enemigos de causa. Esta estrategia le imprime relevancia a la protagonista, dado que sólo Joaquina, en tanto subjetividad con nombre, voz y pasado, puede defender a Bolívar de la emboscada que se le prepara en la obra, mientras que el colectivo popular anónimo debe permanecer al margen, sin entender las tensiones generadas por los enfrentamientos políticos. En otras palabras, la disputa entre patriotas y realistas podía modificar la ubicación de Joaquina en el imaginario colectivo, pero no la de las cholitas, los cholos y los policías.

Comienza entonces la trama: se trata del paso de Bolívar por el Potosí y su encuentro con María Joaquina Costas, un episodio muy recordado por la historiografía tradicional aunque con ciertas variantes en cada caso. Omer Emeth resumía la anécdota afirmando:

Joaquina queda prendada del general y no niega a su amiga Margarita que Bolívar la haya flechado en la mitad del corazón. ¿Qué sucederá? El general también está flechado. Se acerca a Joaquina y esta, repentinamente, le da una cita para la noche. El general, sin asombrarse en lo más mínimo, acepta. ¿Estará acostumbrado a tales percances?, ¿será gaje del oficio? Va a la cita y mientras forcejea inútilmente para conseguir un beso de la niña, oyense en la puerta voces airadas.

Dos caballeros potosinos se disponen para entrar violentamente. ¿Por qué?... Aquí está el nudo del drama y la clave de todo el misterio. Se ha fraguado un complot para asesinar a Bolívar. El jefe de los conjurados es tío de Joaquina. Esta, sabedora de lo que proyectan y de la hora y sitio en que Bolívar será ultimado, ha resuelto salvar al Libertador. De ahí la cita... Si no supiésemos de antemano que Joaquina es un ángel de bondad, pondríansenos aquí los pelos de punta y creeríamos en una celada. Joaquina sería la Judith de un nuevo Holofernes. Pero no... Los dos conjurados entran, no ven al galán porque se ha escondido y creen buenamente que este es un oficialito cualquiera. Se van, hablando irónicamente de la famosa virtud de Joaquina...

Entre tanto, ella revela a Bolívar el nombre de los conjurados, mas no antes de hacerle jurar que les perdonará (...) el Libertador cumple su palabra. Amnistía general.



En seguida Bolívar pide un beso bien ganado. ¿Se lo da Joaquina? Lo ignoramos: el texto nos deja a oscuras (7 de enero de 1924).

Contrariamente a lo que se afirma en otras versiones de este episodio<sup>13</sup>, Sotomayor de Concha construye una Joaquina virginal y soltera, pero no porque esté exenta de pasión, sino porque controla sus deseos sexuales y es capaz de someter su voluntad. La contención le ayuda a salvar la vida de Bolívar y a promover la continuación de los ideales independentistas. Es importante destacar que esta actitud no obedece ni a los mandatos de la religión ni a los de la tradición familiar, sino que aparece como una consecuencia de la posición política asumida y puesta en práctica por la protagonista. Postura que, dicho sea de paso, contraviene a la de muchos de los varones de la familia. La solicitud de amnistía para los traidores podría aproximarla a un modelo maternal de la feminidad; no obstante, Joaquina está lejos de querer hermanar a los dos bandos enfrentados, que para ella son irreconciliables.

La dama boliviana construida por Sotomayor de Concha se presenta a simple vista como un modelo de virtud liberal pues, tal y como le correspondería a la Sofía rousseauiana, salvaguarda al varón mientras éste construye una sociedad más justa y equitativa. A la vez, Joaquina intenta perpetuar la paz y se cuida de manejar sus instintos animales. A pesar de ello, desde un comienzo, Sotomayor de Concha la presenta como una estrategia, que finge debilidad o cercanía a un perfil admisible de feminidad para, posteriormente, intervenir en el terreno político. Por ejemplo, su acercamiento a Bolívar ocurre durante una recepción en la casa de doña Engracia. El diálogo entre ellos sucede porque Joaquina ha pedido autorización para regalarle unas rosas, es decir, en principio se ofrece a adornar el espacio y honrar con un objeto bello al guerrero.

Indudablemente, existe una correspondencia entre esta situación y la relación de Sotomayor de Concha con el conocimiento histórico. Si bien es cierto que, dislocando el papel tradicional de la mujer en la reconstrucción de la Guerra de Independencia, la autora ubica al Libertador en una reunión de mujeres de la alta sociedad y hace que él las reconozca como audiencia válida

para enunciar frente a ellas su ideario político, también lo es que la dramaturga toma las declaraciones de Bolívar de documentos oficiales. Lo que equivale a decir que ella se oculta tras el lugar de la mujer que transcribe –o que regala rosas, como su personaje– para pactar con un paradigma historiográfico específico. Tras esta máscara, logra hablar de la Guerra de Independencia no como un movimiento emancipatorio ni de desapego, sino como el desenlace natural de la madurez de las naciones. Cita entonces el discurso de Angostura para proponer la existencia de una raza nueva y mestiza: «[C]ual otro género humano: / ni indígenas ni europeos; / por vastos mares aislados / de aquel otro continente...» (Sotomayor de Concha, ob. cit., p. 44).

Asimismo, este juego de ocultamientos es usado por la dramaturga para emitir su opinión sobre la Guerra del Pacífico. En este caso, a la estrategia de desplazar y recontextualizar documentos históricos, se suman las de poner en boca de Bolívar la propuesta de unión continental y, sobre todo, atribuir al Libertador el contraste entre el Perú Virreinal y el Chile democrático. Tomando como base la “Carta profética”, se afirma:

PREFECTO

Esto es serio!... / ¿Y del Perú, el virreinato, / qué entrevéis?

BOLÍVAR

Para su mal / tiene elementos contrarios / a todo régimen justo:  
/ como el oro y los esclavos. / Estos, de por sí son viles; / y el  
oro corrompe a tantos!... /Rara vez el siervo llega / a apreciar  
en justo grado / la libertad, pues se humilla / en las cadenas, al  
paso / que se exalta en los tumultos. / Este concepto aplicarlo /  
se puede a América toda; / pero a nadie viene el sayo / como a  
Lima; a sus señores, / cooperación ha prestado / para que sean  
hostiles / a los que son sus hermanos: / los hijos de Quito,  
Chile / y Buenos Aires.

PREFECTO

¡Qué extraño / proceder!

BOLÍVAR

A mas supongo / lo que no sería raro: / los ricos no aceptarán  
/ la democracia. Entretanto / los pardos que son libertos, /  
unidos a los esclavos, / no querrán la oligarquía; / y el partido

aristocrático / ha de preferir, sin duda, / el gobierno de un tirano / a tener persecuciones / tumultuosas, y alterado / ver el orden (ibíd., pp. 46-47).

Se añade más adelante:

BOLÍVAR

... En cuanto a Chile, ese reino / felizmente está llamado, / por sus virtuosas costumbres / y por el ejemplo alto / de sus hijos, esos fieros / moradores del Arauco, / a gozar las bendiciones / que hayan siempre derramado / las dulces y justas leyes / de una república!

DOÑA ENGRACIA

Vamos! /se llevó la mejor parte / ese país tan lejano! (ibíd., pp. 49-50).

Ubicar las reflexiones que había dejado por escrito Simón Bolívar en el año 1815 en 1923, una vez que se ha frustrado el intento de confederación Perú-Bolivia y Chile ha salido triunfador en Guerra del Salitre, les imprime nuevos significados a las mismas. Tanto más si se considera la tendencia al blanqueamiento y la mirada hispanofílica de la nación que mostró Sotomayor de Concha desde el comienzo de su obra. La autora propone que Chile en el siglo xx estará a salvo, tal y como lo dijo el Libertador en su momento, sólo que ella lo hace después de que en su país se ha generado toda una retórica en torno a la necesidad de civilizar a los vecinos.

Como propone Carmen McEvoy (2012), el enfrentamiento bélico de 1879 había estado atravesado por una retórica utópica y civilizadora que ubicaba el *ethos* republicano, supuestamente institucionalizado en Santiago por entonces, encima de cualquier forma de organización limeña. De igual forma, este discurso contrastaba la aparente homogeneidad étnica y cultural de Chile con la heterogeneidad y la ignorancia peruana (véase McEvoy 2012, p. 82). En este marco, recordar las palabras de Bolívar podría justificar plenamente el mapeo subjetivo que realizaba Sotomayor de Concha al comienzo de su pieza teatral, pero además le serviría para intervenir el acontecimiento originario, pues como señala McEvoy<sup>14</sup>, además de la racialización de los vínculos Perú-Chile, tras la Guerra del Pacífico también se feminizó la capital peruana que

había sido vencida por la masculinidad chilena. Desde esta lógica, las mujeres que escuchaban la arenga bolivariana, si bien eran hermosas, no pertenecían al grupo elegido –impregnado de saber y de salubridad– que la dramaturga integraba junto a otras representantes del feminismo aristocrático.

Por otra parte, la intervención en la política de la protagonista, boliviana y joven, también parece estar marcada por estos elementos de la retórica chilena a favor de la Guerra del Pacífico. Joaquina encarna una subjetividad blanqueada inscrita en la oligarquía criolla, es una mujer fuerte que cuida del Libertador porque pacta con sus ideales. Su rareza frente al colectivo femenino se deja ver claramente en los diálogos de la obra. Cuando Joaquina y Bolívar se encuentran, cambia la métrica que se había empleado hasta ese momento; ella toma la palabra para recitar un poema épico y reflexionar sobre la heroicidad, mientras que él se dedica a destacar su belleza:

Libertador! Yo vengo a saludaros / a nombre de las hijas de mi tierra, / con todo el entusiasmo y alborozo /que alma noble y juvenil encierra / Venís desde lejanos horizontes... /vuestro carro esplendente de victoria / deja en pos las llanadas y los montes / y, cercado del nimbo de la gloria (Sotomayor de Concha, ob. cit., p. 54).

Por instantes se invierten los papeles establecidos por la retórica belicista, basados en la espiritualidad femenina esencialmente opuesta a la materialidad del pensamiento del hombre.

A pesar de ello, cuando invita a Bolívar a su casa por la noche, carga todo su discurso de un tono seductor que, como bien dice Emeth en la crítica citada anteriormente, despierta cierta sospecha en el espectador. Pareciera a simple vista que Joaquina va a entregar a Bolívar a los realistas o que, como indican otras versiones del episodio, piensa tener un encuentro sexual con él. A pesar de ello, una vez que se encuentran en el jardín, se les ve conversar:

BOLÍVAR

Entonces, niña querida, / por qué, frustrado mi anhelo, / por qué, sin ningún consuelo, / dejas que yo me despida?

*(Se pone de pie y tiende tristemente la mano a Joaquina)* Adiós!

JOAQUINA

No!

BOLÍVAR

Explícate... di...

JOAQUINA

Libertador!

(*Aparte*) Ya no puedo / retenerlo, si no cedo.

(*A Bolívar*) Por piedad no os vais de aquí! / No, no dejéis este huerto, / quedaos tras este muro.

(*Aparte*) Gran Dios, aquí está seguro, / o habré de llorarle muerto!

BOLÍVAR

Mas, no quieres darme un beso, / me niegas todo favor. / Yo me quedaría preso, / pero...en la red de tu amor.

(*Tendiendo nuevamente la mano a Joaquina*) Adiós, niña...

JOAQUINA

(*Con desesperación*) Don Simón, / yo no os consiento partir! / No queráis así concluir / con mi pobre corazón. (*Se echa a llorar*)

BOLÍVAR

Qué pretendes? ¿Por qué lloras? / Habla, Joaquina querida!

JOAQUINA

(*Entre sollozos*) Quiero salvar vuestra vida, / que peligrá en estas horas! (ibid., pp. 70-72).

Al suprimir el encuentro sexual de la anécdota, a simple vista parece que Sotomayor de Concha está intentado aproximar a Joaquina al ideal cristiano de la virtud; no obstante, al ver el intercambio de la protagonista con los conspiradores, su manejo del discurso y su capacidad de simulación, se evidencia que en *Un recuerdo de amor...* se quiere construir una mujer política, en todas las acepciones del término. A Joaquina se le atribuye tanto la capacidad de movilizar emocionalmente a Bolívar como la decisión de dejarse interpelar por su presencia; y si bien la conectividad que se establece entre ellos tiene como fin último la

realización de un proyecto que entronizará al héroe en el poder, durante esta escena, se les imprime al discurso y a las acciones de la protagonista una dimensión ética. La potosina no es, como tampoco lo fueron varias de las mujeres construidas por Briceño ni la protagonista de la novela de Puga de Losada, una representación cerrada, sino que personifica una subjetividad capaz de unirse y separarse de otra tras el desarrollo de ciertos procesos reflexivos.

Por otra parte, cuando se pone en diálogo esta escena con las páginas iniciales del libro, se puede percibir un juego poco común con las identidades universales. La autora asume, desde el instante mismo en que presenta a los personajes-masa, que hay sujetos diferenciados étnica y culturalmente, pero que también existen componentes de la identidad inamovibles en el tiempo y el espacio. Es decir, Bolívar y Joaquina tienen nombre e historia; sin embargo, el resto de los personajes se acercan más a algunos tipos sociales fijos, con un perfil que se repetirá por siempre. En este marco, el hecho de que Joaquina, siendo una mujer que cumple con los requisitos propuestos en 1825 de belleza, dulzura, corrección y educación, se atreva a tomar partido ideológico en el enfrentamiento bélico, puede ser sintomático. La confesión «Quiero salvar vuestra vida» implica voluntad, conciencia política y capacidad de decisión, tres rasgos de personalidad ajenos a cualquier visión tradicional de la feminidad. En 1923, cuando se estrenaba la obra, la conciencia política de Sotomayor de Concha bien podría leerse como una perpetuación de este movimiento más allá de que fuera interpretado como potencial o accidental.

A pesar de ello, la dramaturga no pone en Bolívar palabras aprobatorias, sino que en un plano paralelo, que no se toca directamente con la conducta de la protagonista, el Libertador continúa reproduciendo la visión angelical de la mujer. Entonces, se niega a aceptar que debe su vida más a la racionalidad de Joaquina que a su carácter compasivo y, no por casualidad, en ese instante se manifiesta la búsqueda hispanoamericanista dentro de la obra:

BOLÍVAR

Si habrán cumplido mi orden... / Les cogerán sin trabajo, /  
porque ignoran que alguien pueda / haberlos ya delatado...  
¡Qué escapada la que he hecho! / ¡Veré la cara a esos bárbaros!

/ Su merecido debiera / darles yo... mas, es humano / lo que este ángel de Joaquina / discurrió para salvarnos / Porque... o yo debí morir / o todos ejecutados / deberían ser, sin duda... / Y en verdad, que triste caso / hubiera sido; venir / lleno de ardor y entusiasmo, / a colocar la bandera / aquí, por mi propia mano, / sobre el simbólico monte, / sobre aquel pedestal magno / de plata, y este acto hermoso, / con que quiero coronados / ver mis esfuerzos, hallar / en sangre y horror trocado...

(Pausa)

No es esta la vez primera / que a un ángel lleno de encanto / debo el escapar con vida... / Con satisfacción declaro / que ángeles son las mujeres, aunque los hombres han dado / en decir que ellas nos pierden... / Pues, yo, por ellas, me salvo! (ibíd., pp. 95-96).

En el mismo acto, Bolívar se ve cara a cara con los conspiradores y antes de decretar su destierro, establece un diálogo con ellos:

BOLÍVAR

Y yo os prometo llegará la hora / en que España, en América vencida, / será siempre la España vencedora / pues podrá contemplar con santo orgullo / al hijo ya crecido, que, aunque libre, / no ha dejado, por eso, de ser suyo!

CONSPIRADOR 1º

No arguye mal...

LEÓN GANDÁRIAS

A mí no me convence.

BOLÍVAR

Ya son grandes hoy en día las naciones, / nadie debe estorbar sus ambiciones. / Pues libres quieren ser, justo es su anhelo; / dejad que el ave se remonte al cielo / y el sol vaya a buscar a otras regiones!

(ibíd., pp. 102-103).

La maniobra usada por Sotomayor de Concha –de poner en boca de Bolívar esta arenga hispanoamericanista cuando ya se ha movilizado el lugar de identidad de la mujer– resulta sumamente útil para negociar con la crítica especializada y la recepción en

general el lugar que recibiría *Un recuerdo de amor...* La voz de la dramaturga está proponiendo un punto de encuentro, o al menos de acercamiento, entre el proyecto de cada uno de los grupos, tal y como ocurría en *Bolívar americano*; no obstante, esto acontece cuando ya Joaquina ha fijado una posición ideológica. Empleando otros términos, se podría aseverar que no se trata de una mediación derivada del afecto o de la indefinición política del personaje femenino, sino de una búsqueda de perdón por parte de quien se sabe poseedora de la razón. Así pues, según lo representado en esta obra, el intercambio existe porque se ha pensado la guerra desde una razón alternativa y periférica, planteamiento imposible de formular desde otras concepciones de la nación como el liberalismo o el latinoamericanismo.

La cercanía estética y, en ocasiones, ética del discurso de Sotomayor con la del feminismo aristocrático le permite construir una alteridad étnica y económica encarnada en el indígena anónimo, en la negritud ausente y en la mujer silenciada. Ahí estará ese “otro” a quien habrá que excluir para poder mantener el orden. En este sentido, más que estar en contra de la representación nacional dualista que confronta civilización y barbarie, ciudad escrituraria y campo, orden y caos, Sotomayor de Concha intenta deslastrar de su identidad genérica y sexual al contingente que debe doblegarse frente a las leyes morales para subsistir y aquél que las debe hacer cumplir para salvaguardar el funcionamiento social. El gesto de inclusión excluyente<sup>15</sup> recae sobre el personaje femenino que acaba por modelar también el discurso del Libertador. En esta formulación se sostiene claramente una serie de desigualdades establecidas hasta el extremo de la naturalización en el imaginario hispanoamericanista.

A diferencia de lo que ocurre en otras propuestas nacionales, Sotomayor de Concha no teme que sus protagonistas sean contaminados por la barbarie; al contrario, pareciera haber fronteras claras que no tendrían por qué subvertirse con el paso de los años; sin embargo, sí sugiere que las diferencias ideológicas entre pares pudieran dañar el proyecto de fundación, de ahí que no se propongan la educación ni el mestizaje como soluciones para la creación de un nuevo mundo, sino la separación geográfica de



dos grupos: hombres y mujeres patriotas, por un lado, y hombres y mujeres realistas por otro.

Finalmente, en el cierre de la obra teatral, los estereotipos que han sido negados en distintos momentos parecen reafirmarse al tiempo que los perfiles se acomodan dentro de los parámetros del Romanticismo:

BOLÍVAR

En este instante. [sic] / La comitiva me espera / para seguir adelante/ tras la gloriosa bandera! / En el alma llevo impreso / tu recuerdo, niña altiva. / ¿Me olvidarás?

JOAQUINA

Mientras viva / no señor!!

BOLÍVAR

Pues dame un beso / ¡Adiós!

JOAQUINA

(Llorosa) Adiós!..

*Bolívar se aleja.*

... Ya se aleja...

*Se oye el redoble del tambor de la tropa que se pone en movimiento.*

... sordo se escucha el tambor...

*El ruido del tambor se va apagando poco a poco hasta que ya no se oye.*

... Ya no se oye otro rumor, / que no sea el de mi queja. / Adiós, ilusiones, calma, / huisteis por esa puerta; / adiós, rosas de mi huerta; / adiós, ensueños del alma! / Trocáis mi vida en desierta... / Y con qué amargura os dejo / que os marchéis, como un cortejo, / tras de mi esperanza muerta!... / Para siempre, siempre os pierdo...

¿Nada queda a mi dolor?

(*En el paroxismo del dolor; con resolución*) Viviré para un recuerdo / para un recuerdo de amor (ibíd., pp. 109-111).

La escena de la despedida en la obra de Sotomayor de Concha es casi una representación mecánica. En este cierre, Joaquina pasa a

encarnar el ideal femenino heroico y pasivo, cuya mayor hazaña es el sacrificio de entregar lo que ama. A pesar de ello, esto ocurre cuando todo lo demás ya ha sido dicho o, lo que es lo mismo, cuando ya Joaquina ha entonado un canto épico, ha salvado la vida de Bolívar, ha mediado por la expulsión en lugar del asesinato de los conspiradores y se ha pronunciado a favor de la causa independentista. Ciertamente, se insinúa en la obra que el personaje femenino tras la partida del Libertador regresa a la esfera privada, pero con los movimientos anteriores, volverá en una sociedad donde la vida política ha sido reestructurada.

Una vez que se ha trastocado el mito de la damisela en apuros que es rescatada por el héroe, el personaje femenino adquiere una gran potencia alegórica. Bolívar encarna la nación liberada y Joaquina vela porque no sea asesinado. Más allá del gesto inicial de regalar flores o del final, de llorar la partida, la mujer construida por Sotomayor de Concha desequilibra la fórmula básica de la domesticidad<sup>16</sup>; posteriormente, sin desapegarse de las clasificaciones sociales más conservadoras, la dramaturga chilena propone nuevas formas de participación femenina en la construcción de la patria, ajenas por completo a la lógica liberal.

## Notas

- 1 En su artículo «Buenos libros, malas lectoras: la enfermedad moral de las mujeres en las novelas del siglo XIX», Nora Catelli (1995) establece:

Lo que esta recaída académica en los esquemas del género rosa confirma es que por una de esas paradojas fascinantes de la vida de los géneros literarios, esta esfera doméstica y carente, puramente sentimental, encontró su expresión más afin –y no su fuente– en la estricta convencionalización propia del folletín y el melodrama; esferas estéticas donde la libertad interpretativa se ve restringida al mínimo. Así, las mujeres del siglo XIX habrían sido capaces de acceder a la biblioteca, pero no de interpretar con libertad, tranquilidad y profundidad. Ese fue el movimiento histórico que llevó a concluir, erróneamente, que las mujeres leían únicamente folletines. En realidad, leían todo como folletines. Lo cual convertía todos sus actos de lectura de la gran literatura en escritura de género: los novelistas, más allá de sus diversas posiciones ideológicas, captaron esta peculiar conversión y la convirtieron en la enfermedad moral de las mujeres del siglo (p. 128).

En *Bolívar americano* se da el movimiento inverso. Al igual que ocurre con la visión hispanofílica de la historia latinoamericana, Briceño se apropia de la estética del melodrama, reproduce códigos y promueve que los lectores interpreten de otro modo los tipos sociales ahí representados.

- 2 Dice Jean Baudrillard (1981):

Todo discurso está amenazado por esta repentina reversibilidad o absorción en sus propios signos, sin rastro de sentido. Por eso todas las disciplinas, que tienen por axioma la coherencia y la finalidad de su discurso, no pueden sino conjurar [la seducción]. Ahí es donde seducción y feminidad se confunden, se han confundido siempre. Cualquier masculinidad ha estado siempre obsesionada por esta repentina reversibilidad de lo femenino. Seducción y feminidad son ineludibles en cuanto reverso mismo del sexo, del sentido, del poder (p. 10).

La serrana, en principio objetivada por la mirada hispanista de Briceño, se convierte en un elemento cínico que reconduce al supuesto sujeto del saber.

- 3 Dice Roberto Esposito:

Esos cuerpos –todos y cada uno– son los que deben ser cuidados, estimulados, multiplicados como el bien absoluto del cual el Estado deriva su propia legitimación. Desde este punto de vista, el paso de la dimensión soberana a la biopolítica, más que un desarrollo ulterior de la metáfora organicista, marca su efectiva realización del cuerpo material de los individuos constituidos en población. Es como si la metáfora de cuerpo finalmente tomara cuerpo ella misma. Escribe Foucault: «el “cuerpo” social deja de ser una simple metáfora jurídico-política (como la que se encuentra en Leviatán), para volverse una realidad biológica y un ámbito de intervención médica». Los cuerpos de los súbditos inscritos en el gran cuerpo del Leviatán eran funcionales para la vida de este hasta el punto de sacrificarle la suya propia según la lógica soberana de un poder apropiador y sustractor (2005, pp. 194-195).

En más de un episodio de la obra, Olga Briceño expone abiertamente este proceso, quizás con la finalidad de dejar al descubierto las vetas que permitirán la incorporación de la mujer a la nación ideal.

- 4 En *Mujer, cuerpo y nación: las narradoras del modernismo*, Chantal Berthet afirma:

«La formación del estado-nación es una “ilusión retrospectiva” (nos recuerda Étienne Balibar) en la cual los integrantes se ven afectados por una narración de eventos pasados que a su vez parecen guiarlos hacia un final incambiable, un “destino”» (86). No obstante, la formación nacional es un proceso que surge por la constante tensión entre fuerzas económicas y luchas sociales. En esta construcción diaria del ser nacional hay dos componentes fundamentales tales como el lenguaje y la raza que se cristalizan en el ejercicio de la familia y la escuela. Esta última es la que proporciona normas y códigos comunes en los que se expresan diferencias sociales. A pesar del deseo de lograr un estado nacional unificado, homogéneo y de clara dirección la conformación de una sociedad con diversas razas genera diferencias que resultan difíciles de superar y que llevan a la cuestión de lo nacional “genuino” o “falso” (2014, pp. 21-22).

No deja de ser curioso que tanto la pureza de la raza como la del lenguaje, en este episodio, sean sustituidos por una generación caótica de identidades que nunca lograrán uniformarse del todo.

- 5 Aunque con pequeñas desviaciones propias de la escritura del siglo xx, es imposible leer este episodio sin pensar en las reflexiones de Doris Sommer (2004), cuando aborda los romances fundacionales del siglo xix:

Podríamos decir también que los romances modernizadores están escritos de acuerdo con esa perspectiva, partiendo de un supuesto sagrado, como en el discurso religioso o mítico, y reconstruyendo una trayectoria de regreso a ese mismo punto de partida. La narración comienza conceptualmente desde una solución del conflicto, sin importar que esa solución se cumpla o no, y sirve como vehículo para el amor y el país que parecen, después de todo, haber preexistido a la escritura. Por una razón a todas luces cautelosa y normativa, sus héroes no son los protagonistas reflexivos que los teóricos europeos esperan encontrar en la novela. Al contrario, son infaliblemente nobles, por nacimiento y virtud propia. Los amantes no blancos son las más de las veces de la nobleza indígena o importada, como la madre de Sab, el Guarani de Alencar, Enriquillo, Tabaré y los amantes africanos de María (p. 67).

Así pues, a la heroificación de Bolívar, en este caso, se suma la necesidad de fundar la nueva raza a partir de la nobleza prehispánica ya casi en extinción.

- 6 A este respecto es importante recordar a Cecilia Méndez (2000) cuando al abordar el discurso de la élite conservadora peruana, en su trabajo titulado *Incas sí, indios no: apuntes para el estudio del racionalismo criollo en el Perú*, afirma que la

... retórica de glorificación del pasado inca apropiada por los criollos convivía con una valoración despreciativa del indio (o lo que por tal se tuviera) en el presente. Esta situación aparentemente contradictoria tenía, sin embargo, una lógica. Apropiándose y oficializando un discurso que originalmente perteneció a la aristocracia indígena, los criollos neutralizaban el sentido político que pudieran tener las expresiones propias de los indios. Y además, porque apelar a las reales o imaginadas glorias incas para defender al Perú de una invasión, en una manera de establecer el carácter “ya dado” de la nacionalidad, y de negar la posibilidad de que ésta se fuera forjando desde, y a partir de, los propios sectores indígenas, los mestizos, la plebe y las castas. Y de ello no se librarían, en lo sucesivo, los mejor intencionados indigenismos (p. 32).

Aunque hay varias décadas de distancia entre uno y otro discurso, no se puede dejar de lado que en este gesto de visibilización de una identidad femenina externa

a los estereotipos del discurso liberal, Briceño acabe por sobreestetizar lo indígena y negar su presencia en el mapa subjetivo venezolano del siglo xx.

- 7 Una aproximación muy ilustrativa a este personaje se puede encontrar en el artículo «Pumacahua y los clarines de chincheros», de Jorge Bernal Ballesteros (1971).
- 8 Dice Lola Luna (2002) en «La historia feminista del género y la cuestión del sujeto»:

En la formación del maternalismo participan activamente los discursos religiosos católicos, en los que indiscutiblemente la pieza central es la representación de María virgen. Haciendo historia, parece ser que hasta el Concilio de Efeso [sic] (431) y después de un agrio debate, no se le concedió a María el reconocimiento de Madre de Dios. Hernado [sic] sitúa la estimulación al culto de la Virgen María en el siglo xii europeo, como parte del proceso de “no individuación” de las mujeres. María es la “idealización de la mujer no individualizada”, “madre generosa”, que renuncia a deseos personales, entre ellos el sexo. Se asociará identidad a maternidad, convirtiendo a ésta en una “trampa histórica” (p. 119).

Resulta por demás transgresora la equivalencia propuesta por Olga Briceño, dado que al desplazar este elemento de identidad hacia la corporalidad del héroe continental, estaría permitiendo que quienes se ciñan a este modelo de virtud puedan acceder al centro de los valores y saberes estructurales de las nuevas repúblicas.

- 9 Estos cambios han sido ampliamente estudiados por investigadoras como Maritza Villavicencio (1992), Fanni Muñoz (2000) y Margarita Zagarra (2006), entre muchas otras. Juan Miguel Espinoza Portocarrero los resume afirmando:

Otro proceso clave en las transformaciones de las relaciones de género a inicios del siglo xx fue la expansión efectiva de la educación femenina. Al respecto cabe señalar que hubo un aumento progresivo de la cantidad de estudiantes mujeres: de 1.512 estudiantes mujeres en 1908 se alcanzó la cifra de 3.456 estudiantes en 1920, lo que significa que la cantidad llegó a duplicarse en una década. De acuerdo con [Fanni] Muñoz, este proceso estuvo inscrito en un proyecto de modernización promovido por intelectuales, políticos y profesionales de clases medias y altas que perseguían la construcción de una sociedad moderna y regida por el pensamiento racionalista y positivista. En este plano, existió consenso sobre la importancia de la educación femenina como un factor para el progreso nacional, dentro del cual la formación intelectual, moral y física era clave para la propagación del ideal de femineidad doméstica y maternal. Dentro de esta propuesta, frente a la crítica a los colegios dirigidos por religiosas, se promovieron los modelos educativos de inspiración positivista y laica, aunque no faltaron las discrepancias y críticas, en particular, por el tema de la promoción de la educación física femenina (2013, p. 50).

- 10 Aunque lleve el nombre de Águeda, otra mártir cristiana, con este comentario final, Puga de Losada señala claramente que su protagonista es una apropiación de Santa Tecla. Dice Gioacchino Ventura di Raulica:

Ningún héroe cristiano sufrió jamás mas rudos ni mas numerosos ataques que la santa virgen Tecla, en su nombre resolución de permanecer hasta la muerte en la confesión de la fe de Jesucristo. Su prometido, su padre, su madre, sus parientes, sus amigos, sus mismos jueces, no omitian medio alguno para hacerla quebrantar su propósito, con el fin segun decian, de salvarla. Pero nada consiguieron. Despues de haber triunfado de las lagrimas de sus padres, de todas las seducciones del mundo y de las amenazas de los magistrados, triunfó con la misma facilidad de los suplicios mas crueles que la mas refinada barbarie pudo jamás inventar (1857, pp. 293-294).

Del mismo modo, parece haber una referencia al fragmento de *La corte santa* de Nicolás Caussin (Caussin), donde Santa Águeda y Santa Tecla son equiparadas en valor:

Efta fuavidad es la que convertía en açucenas las piedras de San Eftevan, y en rofas las brafas ardientes de San Lorenço. Por ella San Bartolomè fe delpojaba de fu piel, con la mifma facilidad que vn veftido, y Santa Catlina fe iba à la rueda de afiladas navajas, Santa Tecla a los Leones, Santa Agueda a la hoguera, Santa Cecilia al cuchillo, y Santa Polonia repartía los dientes con la mifma facilidad que el árbol dexa caer fus hojas. O fuavidades de IESVS! Que hazes todos los valientes, y fabes convertir las Palomas en Aguilas de fuego (1718, p. 218).

- 11 Seymour Menton en *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*, enumeraba los rasgos de este género que, según proponía en su investigación, había nacido en algún momento impreciso entre 1949 y 1979. Comenzaba la caracterización señalando como una particularidad «[l]a subordinación, en distintos grados, de la reproducción mimética de cierto período histórico a la presentación de algunas ideas filosóficas» (1993, p. 42). De igual forma, agregaba en el tercer punto:

... mientras los historiadores de orientación sociológica de fines del siglo xx se fijan en los grupos aparentemente insignificantes para ampliar nuestra comprensión del pasado (...) los novelistas de fines de siglo gozan retratando *sui generis* a las personalidades históricas más destacadas (id.).

Ciertamente, ni el libro de Sotomayor de Concha es una novela, ni ninguna de las tres obras abordadas en esta investigación fue publicada después de la década de los cuarenta; sin embargo, es posible detectar los rasgos enumerados por Menton en todas ellas. Esto a pesar de que, como se refiere en el presente capítulo, los casos de Briceño y Puga de Losada sean de subordinación franca del hispanoamericanismo y el feminismo a la escritura; mientras que el de Sotomayor de Concha sea una suerte de instrumentalización de ambos marcos ideológicos a favor de su construcción como subjetividad social.

- 12 Respecto a esta pintura afirma José María Salvador González:

En ese *Retrato ecuestre de Bolívar* Michelena asume, de entrada, el clásico recurso retórico –habitual en semejantes casos– de agigantar la focalizada figura del protagonista, en aguda contraposición con las miniaturizadas apariencias de los comparsas, reducidos aquí a evanescentes manchas que, en ambos extremos del cuadro, enmarcando al Libertador, apenas abocetan los lejanos jinetes, trabados en frenético forcejeo para significar la batalla de Carabobo. Pero, más que esa previsible estratagema compositivo-ideológica, lo más sorprendente en ese retrato heroico es la pose en extremo estática y la insólita pasividad del protagonista –no menos que la de su noble cabalgadura– en medio del supuesto fragor del combate. Por añadidura, la radiante escenografía física más parece corresponder a la de un paisaje bucólico campestre, risueño y feraz, que a la de un violento y desgarrado campo de batalla, sembrado de ruinas y cadáveres. Con tan mayestática serenidad del líder guerrero –quien, por lo demás, no esgrime armas de ninguna especie, como cabría esperarse en aquella contienda a muerte–, el pintor ha querido tal vez sugerir la idea de un Libertador fuera del tiempo y del espacio, en quien ya no hacen mella los letales choques del combate, un impasible héroe sobrenatural, eternizado en su hierática solemnidad, en una suerte de inviolable olimpo, más allá del Bien y del Mal (2007).

La imagen que acompañaría la obra teatral de Graciela Sotomayor de Concha sería entonces una representación pacifista en medio del campo de batalla, cuya adoración por parte de la mujer bien podría simbolizar la inversión de roles en el discurso amoroso latinoamericano de la primera mitad del siglo xx.

- 13 Existe una creencia muy difundida entre historiadores y periodistas a afirmar que este encuentro desembocó en el nacimiento de un niño. Luis Subieta Sagárnaga, expresaba:

El Libertador en sus charlas con su edecán Luis Perú de Lacroix le dijo en 1823 encontrándose en Bucaramanga: “El Potosí tiene para mí tres recuerdos: allí me quité el bigote, allí usé vestido de baile y allí tuve un hijo”.

Otro día al hablar de la numerosa prole de cada uno de los miembros de su familia, dijo: “Que él solo no había tenido posteridad, porque su esposa murió muy temprano, y que no ha vuelto a casarse, pero que no se crea que es estéril o infecundo, porque tiene prueba de lo contrario” (1925, p. 121).

Unas páginas atrás refería:

Encontrándose en el Perú en 1826 y teniendo conocimiento de que en Potosí le había nacido un hijo, demostró el justo deseo de conocerlo, enviando, el Libertador en comisión especial a don José Miguel de Velasco para que condujera hasta la quinta de *La Magdalena* a doña María Joaquina Costas y su hijo. Esta comisión le valió al coronel Velasco su ascenso a General, como muy clara y rotundamente lo dice don Benito Gardaos en su obra “Aventuras curiosas de un desterrado”, publicada en Arequipa en 1840 y citada por Cornelio Hispánico en su “Historia secreta de Bolívar” [sic], pág: 56. El viaje de doña María Joaquina se realizó con el mayor sigilo, para que no llegara a oídos del General don Hilarión de la Quintana, esposo de tan bella e interesante dama, que a la sazón desempeñaba papel importante en el ejército de Chile. Pero el general no debió ignorar lo ocurrido, porque no volvió más a unirse con su esposa (ibid., pp. 98-99).

El 10 de junio de 1975, medio siglo después, el diario *ABC* de España, relataba la presencia de un bisnieto del Libertador. Se afirmaba entonces:

... según el propio Costas Barrios, un modesto empleado de Correos, su abuelo José Costas, era hijo natural de Simón Bolívar y de doña María Joaquina Costas, dama potosina, de veintidós años, que en 1825 previno al Libertador de un atentado que se gestaba en su contra.

El encuentro de María Joaquina y Bolívar se produjo en el mes de octubre (...) De estos amores bolivianos del Libertador habría nacido un hijo que fue bautizados [sic], en 1826, con el nombre de José Antonio Costas, al que no se puso el apellido de Bolívar, por su propia seguridad, para evitar posibles venganzas o represalias (Prieto Conde, 10 de junio de 1975, p. 37).

Habría que pensar entonces por qué Sotomayor de Concha insiste en negar el encuentro sexual de los personajes y, en consecuencia, reducir su vínculo a la afinidad política y a una atracción que no logra concretarse.

- 14 Concretamente, la autora establece que:

Al percibirse lo femenino como perteneciente a la naturaleza más que a la civilización, lo masculino adquiriría la legitimidad necesaria para dominar a las razas caracterizadas como femeninas y salvajes, es decir, en estado de naturaleza. Es dentro de este contexto que adquiere sentido el proceso de feminización de Lima. Presentar a lo peruano como el producto natural de una cultura antirepublicana, similar a la que predominaba en la antigua capital virreinal, permitió que el ejército expedicionario hiciera el alegato simbólico de que su permanencia en Lima se debía a una necesidad eminentemente moral. Esta era establecer el orden y la disciplina en un país “mujeril” y caótico, cuyo comportamiento político rayaba, a juzgar por el accionar de las guerrillas campesinas lideradas por el general Cáceres, en una violencia “absurda e irracional” (2012, p. 85).

Así pues, la recuperación de ese discurso del Libertador, tras la consolidación de este movimiento que se había iniciado sesenta años después, sirve como gesto de auto-legitimación para la autora.

15 Propone Roberto Esposito en las primeras páginas de *Immunitas*:

... mediante la protección inmunitaria la vida combate lo que la niega, pero según una ley que no es la de la contraposición frontal, sino la del rodeo y la neutralización. El mal debe enfrentarse, pero sin alejarlo de los propios confines. Al contrario, incluyéndolo dentro de estos. La figura dialéctica que de este modo se bosqueja es la de una inclusión excluyente o de una exclusión mediante inclusión. El veneno es vencido por el organismo no cuando es expulsado fuera de él, sino cuando de algún modo llega a formar parte de este. Ya se decía: más que a una afirmación, la lógica inmunitaria remite a una no-negación, a la negación de una negación. Lo negativo no sólo sobrevive a su cura, sino que constituye la condición de eficacia de esta. Es como si aquel se desdoblara en dos mitades de las cuales una es necesaria para la contención de la otra: un negativo menor destinado a bloquear el mayor pero en el interior del mismo lenguaje (2005, p. 8).

Se podría decir entonces que el hecho de mostrar esta absorción de la mujer que avalaba la gesta patriótica en 1825, más que aceptación, podía significar deseo de contención. A pesar de ello, la emergencia de una voz femenina que intervenía el pasado y lo reconstruía con la venia del Campo Cultural, deja claro que un siglo más tarde, la nación en tanto organismo, había sido invadida y reconfigurada por la presencia femenina.

16 Al hablar de la domesticidad burguesa, Gloria Franco Rubio (2012), parte de dos premisas básicas:

1- Gracias al individualismo –una de las características más emblemáticas de la ideología burguesa– la burguesía, operando como sujeto histórico, pudo transformar las antiguas estructuras familiares complejas, que pasaron de ser (entre otras cosas) una unidad de producción en el plano económico a una institución social basada en la conyugalidad como eje del nuevo modelo familiar. Una de las principales consecuencias de la pérdida de la función económica de la familia está estrechamente relacionada con la habitabilidad ; es decir, con el marco espacial donde se habitaba, mezcla de trabajo y de las vivencias cotidianas, como expresión de una nueva manera de concebir los modos de vida y el lugar donde se desarrolla, el hogar. 2- La nueva domesticidad exigió un replanteamiento de las funciones de los miembros de la familia, lo que exigió una remodelación de las identidades genéricas en función de los estereotipos vigentes de la masculinidad y la feminidad; en adelante el padre-marido será el encargado de abastecer a la familia, realizando sus actividades laborales fuera del hogar mientras que a la mujer-esposa, alejada de las tareas productivas, se le asignará el espacio del hogar donde deberá encargarse de dar satisfacción a las necesidades afectivas, de ahí su importante papel de esposa y madre (p. 30).

Ni en la versión sobre el vínculo Bolívar-Gandarias que ofreció Sotomayor de Concha ni en la que ella se embaraza y tiene un hijo, la conyugalidad tiene ninguna relevancia. La lucha de ambos personajes se encuentra y se entrelaza, al tiempo que el pensamiento productivista es depuesto a favor del nexo político. En este sentido, aunque hubiera un retorno al interior del hogar, la domesticidad no sería el desenlace ideal ni en esta ni en ninguna de las otras dos obras del corpus.



## El descarte de la promesa: al encuentro del feminismo del mérito

*La aparición de las mujeres en el escenario político nacional de fines del siglo XIX fisura el topos republicano introduciendo una nueva palabra que pondrá en conflicto el universal abstracto de la ley y la actualización de dicho universal en el reclamo democrático de las mujeres.*

*De aquí en más las mujeres sentirán que legítimamente forman parte de la comunidad política pero, no obstante, evidenciarán su radical exclusión. En este sentido, se podría decir que las mujeres al reconocer y reclamar sus derechos postulan la existencia de un mundo en común de argumentación. Al presentar su petición bajo la rúbrica «nosotras las iguales» exigen la actualización de la promesa de ese mundo común*

ALEJANDRA CASTILLO

*La república masculina y la promesa igualitaria*

EN SU INVESTIGACIÓN *La república masculina y la promesa igualitaria* (2005) Alejandra Castillo debate extensamente la complicadísima relación que existió en Chile y que, sin duda, también se puede percibir en otras realidades latinoamericanas, entre la noción de derecho universal defendida por el liberalismo republicano y el reclamo de participación en las esferas política, social y cultural por parte de las mujeres en el intersiglo XIX-XX. Ella expone con detenimiento cómo hasta los años veinte —es decir, hasta la época en que las obras de Olga Briceño, Amalia Puga de Losada y Graciela Sotomayor de Concha estaban en proceso de escritura o esbozo— diversos colectivos femeninos lograron la admisión de las mujeres en instituciones educativas en igualdad de condiciones que los hombres, aunque para 1925, una «Asamblea constituyente [que

entendía] la virtud cívica como *el amor a la patria*» (p. 36, énfasis del original) les negara, una vez más, el derecho al sufragio a las chilenas.

Otra de las contradicciones señaladas por Castillo está en que tanto el debate referido a la educación como el concerniente a la participación política estuvieron intervenidos desde un primer momento por categorías como “igualdad” o “virtud cívica”, dado que para 1925 «el imaginario republicano ya no [era] más un discurso privativo de la clase política dirigente sino que se había vuelto el ideal político de todo un pueblo» (id.). Es decir, si bien la mujer había sido incorporada, desde posiciones un poco difusas, al proyecto republicano, todavía estaba muy lejos de adquirir la condición de ciudadanía en términos equivalentes a los hombres.

Algunos años después, Berta Wexler (2014), al hablar de la visión decimonónica de las potosinas durante la Guerra de Independencia o, lo que es lo mismo, al estudiar a las mujeres que Graciela Sotomayor de Concha representa en su obra, indicaba que la imagen de las revolucionarias del Alto Perú había sido sustituida por la de «las damas, como mujeres bellas y vaporosas, en un lugar decorativo» (p. 346). Wexler proponía entonces que ya para el siglo XIX, la posición que debía ocupar en el imaginario latinoamericano una figura como Joaquina de Gandárias era el de «complemento estético» y no el de seguidora de la causa independentista.

A esto se suma que el registro de la participación de las mujeres en la Guerra de Independencia venezolana fue muy deficiente. Como ratifica Mirla Alcibíades (2014), «hubo temor de que se perdiera la memoria de los hechos bélicos, pero no estuvo la misma suspicacia para impedir que se fugara la densa presencia de las venezolanas. Se prefirió un frágil recuerdo» (p. 76). Luego, con la llegada al siglo XX, el ideal de modernización nacional y el acercamiento de la Patria a los ideales liberales se expusieron desde modelos europeos marcados por la superioridad masculina. Al respecto, recuerda Arturo Almandoz que:

Aunque el gomecismo [desde 1908 hasta 1935] supuso innegablemente recuperación económica, estabilidad política, organicismo social y mejoramiento de infraestructura, sólo los positivistas criollos parecieron entrever y saludar los rasgos de

modernidad industrial que tal proceso conllevaba (...) La exégesis que de los padres de la sociología moderna –Comte, Durkheim, Weber– hicieron sus contrapartes venezolanos, puede verse como un necesario intento de traducir y divulgar entre la élite criolla las categorías y valores de la sociedad industrial o moderna, tal como había sido conceptualizada desde finales del siglo XIX en algunas obras sociológicas del liberalismo y positivismo (2006, p. 497).

En otras palabras, la consolidación de la modernidad en tanto condición derivada de las políticas económicas liberales constituía un proyecto de Estado que se encontraba articulado, además, con el discurso de buena parte de la intelectualidad orgánica venezolana. Era difícil entonces imaginar en los medios de comunicación y/o en otras representaciones oficiales, un espacio de acción femenino diferente al que proponía el ideario liberal más ortodoxo. Por ello, en la prensa, la literatura, el teatro y otras plataformas de producción simbólica y alegórica, se podían apreciar, por una parte, fronteras indiscutibles entre el espacio público y el privado o, por la otra, algunas líneas de separación innegociables entre la mujer doméstica y el hombre encargado de conciliar con sus pares, construir la ciudadanía y sentar las bases de una sociedad libre.

Adicionalmente, se debe considerar que en España<sup>1</sup>, país donde vivía Olga Briceño cuando escribió *Bolívar americano*, tampoco hubo en las primeras décadas del siglo XX una tendencia ideológica fuerte que acreditara la participación de las mujeres en los territorios de acción política y social hasta entonces ocupados por hombres. El reclamo de los derechos civiles producido antes de los años veinte y treinta dio pie a la existencia de organizaciones como la Acción Católica de la Mujer, de tendencia conservadora; la Asociación Nacional de Mujeres Españolas, de corte más liberal; o la Unión de Mujeres de España, fundamentada en valores de la izquierda, dado que las demandas de las españolas no habían recibido el apoyo pleno de los líderes masculinos de sus respectivas organizaciones.

Si se cotejan estos hechos con el ideal femenino de dulzura y pasividad tronizado en Perú durante la República Aristocrática, se tendrá que las tres obras abordadas en esta investigación estarían

interviniendo la historia continental bajo la égida del hispanoamericanismo, para rechazar las posibilidades de inclusión social propuestas por el pensamiento republicano liberal. Dicho de otro modo, Olga Briceño, Amalia Puga de Losada y Graciela Sotomayor de Concha se apropiaron de una fórmula avalada por un sector de la intelectualidad para desmarcarse de «un feminismo maternal cuya tarea principal [era] la de *albergar la vida y cuidarla hasta que el esclavo se convierta en hombre y sea capaz de crear una nueva vida*» (Castillo, ob. cit., pp. 95-96; énfasis del original).

Aunque cada uno de los textos analizados en este trabajo goza de una especificidad indiscutible, hay algunos rasgos que los aproximan. Por ejemplo, la reubicación de la maternidad como institución, la apropiación y el uso del determinismo biologicista, la omisión de las divisiones tradicionales del espacio y el debilitamiento de la pretendida universalidad del pensamiento liberal son recurrencias que, desde estilos y estructuras discursivas diferentes, abordan las tres escritoras. En este sentido, se puede afirmar que el aporte a la construcción de la mitología nacional en estas tres obras estuvo determinado por la posición de “mujeres intelectuales” ocupada por las tres voces aquí estudiadas.

Por ello, también se debe tener en cuenta que algunos rasgos de personalidad como la candidez, la inocencia, la sobreemoción y la debilidad atribuidos a las latinoamericanas en el siglo xx desde distintos territorios discursivos, sean empleados por Briceño, Puga de Losada y Sotomayor de Concha para desechar la visión maniquea de la Guerra de Independencia y mostrar el origen de ciertas genealogías a las que ellas mismas deseaban adscribirse. Aún más, al negar las diferencias radicales entre España y América Latina, las escritoras contrariaron el punto de quiebre que había ungido al pensamiento liberal republicano en el continente; hecho que les permitió abrir una grieta por donde regresar a un estado previo a la consolidación de la modernidad en el que «los hombres y mujeres de toda edad participaban de espacios y tiempos de trabajo comunes, más allá de la asignación y prohibición de tareas a uno y otro sexo y de la existencia de algunos ámbitos segregados» (Brullet 2004, p. 220).

No se trataba entonces de rechazar el valor de la Guerra de Independencia suramericana como suceso, sino de resemantizar el acontecimiento, de tomar la fundación de la República y convertirla en una guerra civil, en el caso de Briceño; en un hecho superfluo y al margen de la cotidianidad de los ciudadanos, en el caso de Puga; y en un proyecto continental que coexistía con muchos otros, en la obra de Sotomayor, para de ese modo hacer frente a la naturalidad histórica bajo la que se cobijaba el control de las identidades femeninas. Las autoras no buscaban contravenir el acontecimiento originario ni desconocer su poder instituyente, sino librar una batalla interpretativa para dar lugar a su propia existencia.

Hubo, además, algunos elementos del discurso historiográfico liberal que se colaron dentro de las escrituras de estas autoras, aunque dado el nuevo marco en el que se estaban inscribiendo, acabaron por ser rearticulados. Por ejemplo, en todos los casos fueron impugnados abiertamente el determinismo biológico y los argumentos higienistas que convergían en la reducción de la mujer a la función materno-reproductiva; sin embargo, Briceño, Puga de Losada y Sotomayor de Concha van a servirse del discurso positivista para reforzar las jerarquías étnicas y culturales que les permitían ubicar a Ata, la ñusta inca, hija del Sol; a Águeda, la santa; y a Joaquina, la leal adoradora de la causa independentista, en un lugar privilegiado de la Historia. En *Bolívar americano*, la racialización del ejército y la jerarquización de los indígenas entre nobles y esclavos permitieron darle a Ata una dimensión humana, racional y hasta política que no solía tener en la historiografía oficial; en el caso de Puga, el silenciamiento de las identidades indígenas o negras propició que los conflictos de género se ubicaran únicamente en las mujeres criollas que, como la protagonista, debían contraer matrimonio para subsistir; mientras que en *Un recuerdo de amor...*, desde una mirada cercana a la ética corporativista, la unificación de los personajes por su origen étnico —como los «cholos»— o su función social —como el policía— le dio a Joaquina la posibilidad de desarrollar su subjetividad.

Dicho de otra manera, el linaje aristocrático, las raíces hispanas o, sencillamente, el ser parte de la élite criolla, constituyeron

razones de peso para ubicar a las protagonistas de estas historias en el centro del debate y permitir que sus deseos –no siempre presentados como racionales– ayudaran a pensar un orden nacional. En este sentido, la visión desalineada de la maternidad que se les atribuye a Águeda, Joaquina y algunas de las mujeres construidas por Olga Briceño, como la ñusta hija del Inca y Manuela Sáenz, resultará un objeto de análisis revelador. El acto de recodificar la figura de la madre en la Historia no sólo implica inscribir la voluntad femenina en el orden nacional, sino también contradecir un mandato social<sup>2</sup> por voluntad de un grupo de mujeres atípicas.

Al contrario de las pensadoras analizadas por Alejandra Castillo (ob. cit.) en su investigación, ni Briceño, ni Puga de Losada, ni Sotomayor de Concha reforzaron las ideas del liberalismo republicano. De hecho, las escritoras contribuyeron a impedir que esta propuesta ideológica se consolidara como la única plataforma legítima para asir los hechos históricos; no obstante, este rechazo no se puede comprender sólo como un acatamiento de la lógica aristocrática, puesto que si bien en ninguna de las tres obras se propone la “igualdad” como principio rector de la sociedad, tanto escritoras como personajes contravienen las jerarquías “naturales” que recaían sobre sus propios cuerpos para abandonar la posición subalterna a la que las había confinado la tradición.

Dicho de otro modo, en los textos que componen el corpus, se inscriben ciertas subjetividades femeninas en determinados territorios de poder simbólico, pero siempre se trata de personajes que responden a un mismo perfil: ninguno es leído del todo como la madre arquetípica del catolicismo, ninguno apuesta por el matrimonio como lugar de realización individual y todos, desde perspectivas diferentes, se distancian de la identidad que se les ofrece ocupar. A partir de ello, resulta imposible hablar de un discurso democratizador, por el contrario, sin escrituras radicales que pretendan movilizar identidades únicamente para preservar u otorgar una posición privilegiada a algunas voces.

De ahí que si bien en estas ficciones se asoman algunos elementos del discurso feminista, no se pueda hallar en su interior ningún mecanismo de reivindicación extensivo a todas las mujeres. Las tres escritoras esbozan un “feminismo del mérito”<sup>3</sup>, basado en el

conocimiento y la racionalidad como el criterio para definir las prerrogativas de cada subgrupo social de mujeres. Para delinear esta propuesta, las escritoras emplearán diferentes tácticas. Briceño, por ejemplo, usará la multiplicación. En *Bolívar americano*, nunca se niega que en Latinoamérica exista “la perfecta casada”, pero también se presentan –con una valoración muy positiva por parte de la voz narrativa– una guerrera sin hijos y una madre que, dado su origen andino, permanecerá alejada de los estereotipos de la esposa cristiana y la guardiana de la familia. Por otra parte, Puga de Losada lleva al “ángel del hogar” al extremo y, a partir de ahí, crea un personaje tan apegado a la tradición y a los valores virginales que renuncia a la familia por cumplir con su palabra. Finalmente, Sotomayor de Concha se apropia de un nombre a quien la pequeña historia había construido como amante del Libertador, le da voz y responsabilidad política, al tiempo que omite cualquier comentario en torno a algún encuentro sexual con Bolívar y su posible descendencia.

Quizás el elemento más interesante en este replanteamiento radica en que al no haber hogar donde inscribir a la mujer, tampoco existe una figura rectora a la cual subordinarse jurídicamente. En ninguno de los tres textos estudiados hay una familia a la cual entregarse en términos absolutos, por tanto, las ideas, las pasiones y el afán de protección femeninos podrán ir dirigidos a las causas políticas, ideológicas o religiosas elegidas por las mujeres. Ata, Águeda y Joaquina reforzarán su esencia tierna y compasiva, pero desviarán estas “virtudes femeninas” hacia causas públicas y colectivas que les permitan reunir los méritos necesarios para definirse por sus acciones más que por sus relaciones. Lo que equivale a decir que tanto las autoras como los personajes femeninos seguirán siendo “guardianas de las fronteras”<sup>4</sup>; sin embargo, usarán su poder delimitador para macar diferencias socioeconómicas y étnicas, e inscribirse en el “nosotros” nacional.

A este respecto es interesante recordar a Slavoj Žižek (2011) cuando menciona que para Hegel las mujeres encarnaban «la ironía de las repúblicas», dado que eran capaces de metamorfosear la actividad universal del gobierno en posesión familiar o individual. Asimismo, asevera:

... que una mujer proteste contra el poder público del Estado en nombre de los derechos de la familia y la sangre es aceptable; pero pobre la sociedad en que una mujer trate de influir directamente en decisiones relativas a los asuntos del Estado, manipule a sus débiles compañeros, los caestre... ¿No hay algo parecido en el terror que produce la idea de que las anónimas masas asiáticas acaben despertando? Si protestan por el destino que les ha tocado en gracia y nos permiten ayudarlas (mediante acciones humanitarias a gran escala), resultan aceptables, pero, si se «hacen con el poder», los compasivos liberales se muestran horrorizados, dispuestos como están a apoyar la revuelta de los pobres y los desposeídos, siempre y cuando reinen las buenas formas (p. 184).

Ante esto, el hecho de que los personajes de las tres obras reproduzcan las emociones que se les imponían en virtud de su feminidad –más allá de que, evidentemente, las tres autoras contrariaran los modelos conductuales de la visión liberal republicana– es una treta muy bien estructurada. Ni Ata, ni Águeda, ni Joaquina dejarán de amar desinteresadamente; las tres continuarán dedicando su desempeño cotidiano a la felicidad ajena y, en cierta medida, se sacrificarán por una causa mayor; no obstante, en todos los casos, el entramado afectivo obligará al lector a imaginar una mujer en un escenario diferente al de la familia burguesa. Esta recolocación ayudará a diluir el carácter instintivo que se le había atribuido tanto a la maternidad como a la vida conyugal, con lo cual, las visiones regentes en el pensamiento latinoamericano de comienzos del siglo xx en torno a la racionalidad femenina también serán trastocadas.

Por ejemplo, si se lee la conferencia *Sobre feminismo* que había dictado el uruguayo Carlos Vaz Ferreira en 1914 y que se editó por primera vez en 1933, se verá que para este librepensador el promedio de las mujeres se inclina «a dos o tres modalidades psicológicas conexas: tendencias de espíritu conservadora; tendencia al dogmatismo religioso (...) y también, quizá, tendencia autoritarista, en cierto sentido: no a mandar, pero a simpatizar con los que mandan, con lo organizado, con lo fuerte» (1945, p. 53); por ese motivo, se debía evitar que las mujeres llegaran a ejercer el sufragio<sup>5</sup>, pues se corrían dos riesgos: que las electoras no fueran



capaces de contravenir el poder o que terminaran votando por quien les señalara la jerarquía eclesiástica.

Al analizar *Bolívar americano*, *El voto* y *Un recuerdo de amor...* es posible constatar que personajes como la hermosa serrana de los negros cabellos descrita por Briceño, Joaquina o Águeda han sido concebidos de acuerdo a la “ineptitud femenina” que denunciaba el pensamiento republicano. Son indiscutibles el apego absoluto a la religiosidad, en el texto peruano; el conservadurismo de la protagonista, en la obra teatral chilena; y la entrega al hombre que concentra el poder, en la novela escrita por la venezolana. A pesar de ello, cuando estas tres autoras construyen a sus personajes desde esta mirada reduccionista, si bien podrían estar avalando los argumentos por los que se les habían negado los derechos civiles a las latinoamericanas, también se distanciaban de la maternidad idealizada y la obligatoriedad del matrimonio propias del pensamiento liberal; por tanto, están demarcando un espacio alternativo para las identidades femeninas en la historia continental.

Se podría decir entonces que la religiosidad extrema, el voto de castidad o la fidelidad a un amor no carnal eran lugares femeninos “tradicionales” o, incluso, residuales dentro de la instauración de un nuevo orden económico; no obstante, el hecho de que estas prácticas se hayan usado para desestimar la maternidad o, lo que es lo mismo, para distanciarse del perfil demandando a las mujeres por el pensamiento dominante, les adjudica una potencia subversiva. En estas tres obras habrá una selección del pasado dirigida a construir una esfera de significados desde donde se repolitizará al sujeto del liberalismo que quería ser presentado en toda América Latina como universal.

Ahora bien, en las tres obras ocurre otra movilización involuntaria: si la mujer decimonónica reconstruida en las ficciones no se encuentra inscrita en el espacio doméstico, las intelectuales latinoamericanas encargadas de (re)presentarlas en el siglo xx estaban obligadas a pronunciarse acerca de espacios, acciones e intercambios subjetivos ajenos al hogar y la domesticidad. Si se retoman los términos que empleaba Remedios Mataix (2003) para definir la narrativa de mujeres en el siglo xix, se podría afirmar que Briceño, Puga de Losada y Sotomayor de Concha lograron «hacerse

perdonar el pecado de intrusión en lo público a través de la escritura, demostrando que ese ejercicio respondía a unas motivaciones didácticas, moralistas, dirigidas a asentar a sus congéneres en el modelo patriarcal convencional», pero tras apropiarse el paradigma hispanoamericanista, consiguieron evadir la obligación de escribir «sobre lo doméstico, lo maternal, lo íntimo, lo amoroso» para, finalmente, intervenir, sin ser censuradas, en «cuestiones públicas, históricas, filosóficas, políticas» (p. 24).

Como consecuencia de ello, la aproximación de las tres autoras a esta perspectiva historiográfica podría pensarse también como un movimiento políticamente afin a la creación de los salones del intersiglo XVIII-XIX, donde se desarrollaban tertulias literarias encubiertas bajo el manto del “acontecimiento social”. Se estaría en presencia de una estrategia para visibilizar la imagen de la mujer que “hace” dentro de la nación, simultáneamente a la que sólo se representa en sus márgenes. La relocalización de Ata, Manuela Sáenz, la hermosa serrana de los negros cabellos, Águeda y Joaquina dentro de la historia, obliga también a una reestructuración del discurso de Olga Briceño, Amalia Puga de Losada y Graciela Sotomayor de Concha; transformación que acabará, de forma evidente, por darles a las escritoras un lugar imprevisto en el campo intelectual.

En ninguna de estas ficciones las autoras abogan por la existencia de una mujer racional y sólo en contados casos —como en la mención que hace Briceño de Manuela Sáenz— se construye a una latinoamericana capaz de definirse al margen de sus relaciones. En las tres escrituras se reafirma la idea subyacente al liberalismo según la cual la lógica instrumental y la identidad individual son ajenas a la “esencialidad” femenina. A pesar de ello, las protagonistas y las voces que cuentan en *Bolívar americano*, *El voto* y *Un recuerdo de amor...* consiguen actuar dentro de los episodios fundacionales de la nación e intervenirlos a partir de emociones, miradas y demandas impropias del “sujeto universal” del liberalismo; con ello renuncian a su identificación con este constructo filosófico, al tiempo que eligen excluirse de la fraternidad sustentadora del contrato social.

El mayor aporte a este respecto quizás sea que, desde la marginalidad de los personajes que construyen, las tres escritoras con-

siguen perfilarse como “subjetividades políticas”<sup>6</sup>, como mujeres que exponen y, ocasionalmente, analizan el papel de sus pares femeninos en la Historia. Briceño, Puga de Losada y Sotomayor de Concha se anclan en el conservadurismo para presentarse como intelectuales, entablar un diálogo con las lógicas sociales emergentes y dominantes, cuestionarlas y/o reencauzarlas. Para las tres autoras, las demandas a las que respondían los sujetos modélicos del liberalismo eran insuficientes, no abarcaban sus exigencias como mujeres productoras de discursos; por ello, se resistieron a ser inscritas en el régimen de equivalencias diseñado para lograr la cohesión nacional.

Así pues, al cargar de ambigüedad su proceso de identificación subjetiva, estas escritoras también lograron zafarse –al menos parcialmente– del control del discurso hispanoamericanista y sus valores manifiestos. Por ejemplo, las tres autoras se mostraron como mujeres dóciles que, si bien abordaban el tema de la nación en un momento convulso, lo hicieron siempre desde la obediencia a una tradición de pensamiento; no obstante, también actuaron como voces transgresoras, enmascaradas en los patrones de belleza y virtud más conservadores. Es decir, los vínculos de las tres autoras con el pasado, la perspectiva desde la que construyen sus personajes femeninos y las tradiciones intelectuales que legitiman por medio de sus escrituras implican un posicionamiento ético, pues estas tres latinoamericanas sabían bien cuál era el papel asignado a la mujer bajo la mirada hispanofílica más conservadora, y aunque anunciaron que se ajustarían al mismo, marcaron fronteras claras entre su presente y el pasado en el que esas “posibilidades de ser” estaban validadas.

Entonces, es posible aseverar que si bien Olga Briceño, Amalia Puga de Losada y Graciela Sotomayor de Concha, en muchas ocasiones, renuncian a la reconstrucción de la esfera pública y centran sus discursos en la recuperación de lo privado, también se dedican a historiar las relaciones de poder; aún más, el desplazamiento de una esfera a la otra proyectado en sus textos deja como resultado un resquebrajamiento del tiempo utópico que se pretendía enaltecer en el pensamiento liberal. No hay en estos textos ni síntomas de fe en el progreso ni promesa alguna de liberación en el futuro.

Se expresa, por el contrario, un arraigo al presente puro y a todas las posibilidades de subjetivación que ofrecía.

La heterogeneización de las identidades femeninas y la elección de los géneros literarios –biografía novelada, novela breve y obra teatral, en cada caso– hacen que la pretendida objetividad de la Historia se vea desplazada por un gesto de solidaridad hacia las mujeres del pasado. *Bolívar americano*, *El voto* y *Un recuerdo de amor...* evidencian el potencial subversivo de la escritura, al tiempo que sirven como testimonio de la existencia de un grupo de intelectuales latinoamericanas quienes, con «fuerza en el pecho y pimienta en la sangre», edificaron sobre unos valores alternativos un territorio para su ser autónomo, certificaron la existencia de un feminismo del mérito y ensamblaron, dentro de los límites de esa corriente, el linaje de su propia voz.

## Notas

### 1 María Dolores Ramos sintetiza lo que ocurría en España afirmando:

Casi al mismo tiempo que la ANME surgió la Unión de Mujeres Españolas (UME), situada un poco más a la izquierda, en el ámbito de los planteamientos socialistas. Militaron en ella María Martínez Sierra y Carmen Nelken. El movimiento de mujeres alcanzó un nuevo impulso con la fundación en 1921 de Acción Femenina, liderada por Carmen Karr. Esta asociación tenía como objetivos la defensa de los intereses morales, sociales y políticos que preocupaban al sexo femenino. La Cruzada de Mujeres Españolas, creada por Carmen de Burgos, promovió en Madrid el primer acto público del sufragismo español. La prensa se hizo eco de la manifestación de mujeres en la que se repartieron panfletos pidiendo el voto, hecho que levantó una expectación inusitada y originó un fuerte movimiento de opinión. Estos grupos, forjadores de “la segunda ola del feminismo español”, contaron con una sólida estructura organizativa y pusieron en práctica acciones colectivas que tuvieron en la defensa del voto su principal hilo conductor.

La razón ilustrada, los valores civilizadores laicos y el pacifismo –un aspecto poco estudiado todavía– fueron la herencia recibida del feminismo librepensador de entresiglos. En términos políticos y sociales, el sufragismo de los años veinte y treinta fue sobre todo republicano e interclasista. Su logro más importante, después de tres generaciones de mujeres comprometidas con el proyecto igualitario y transcurrido casi un siglo, fue la conquista de la ciudadanía política por las españolas. Que ese triunfo se obtuviera con dificultad no tiene nada de extraño. Razones basadas en el autoritarismo social, el pragmatismo político, argumentos biológicos y esencialistas habían impedido el ejercicio de este derecho, pero lo sucedido no fue una excepción, pues sabemos que el “espacio igualitario” surgido con la Ilustración fue excluyente y legítimo ante todo “los intereses de la burguesía masculina emergente” (2000, pp. 530-531).

Así pues, fue necesaria la unión de feministas de tendencias ideológicas enfrentadas para movilizar el lugar que se había pensado para la mujer desde la razón ilustrada.

### 2 Como ya se comentó en los apartados iniciales del trabajo, el pensamiento de Rousseau y toda su apropiación en América Latina hizo de la maternidad obligatoria uno de los cimientos de la nación. En torno a esta idea, Marta Postigo Asenjo (2007) aporta algunos detalles adicionales:

La familia se mantenía, en ella, como una asociación natural, basada en relaciones afectivas, jerárquicas y patriarcales, radicalmente diferentes de las relaciones civiles y contractuales de la esfera pública. Lo revelador de ello es que las funciones derivadas de la maternidad aparecieron como obligaciones incompatibles con los deberes civiles y políticos de los ciudadanos en la esfera pública. La familia en sí misma se configuró como una “amenaza a la vida civil”, y el amor y la justicia florecían como virtudes antagónicas. En definitiva, la familia surgió como una institución simultánea al Estado y antagónica a él. En esta descripción que nos ofrece Pateman de la ciudadanía desde una perspectiva de género, lo privado convive con lo público sobre la base de una clara división sexual. La presencia de la familia y de las actividades de cuidado realizadas por las mujeres, así como las tareas cotidianas de abastecer las necesidades más elementales de los seres más próximos y básicas de la subsistencia, nos llevan a pensar que estamos ante una realidad sometida a unos dictados del tiempo específicos y diferenciados. En este sentido, la “moralidad de la familia”, ligada a las actividades femeninas, da cuenta de una dimensión que no hemos estudiado en los discursos ético-políticos de la modernidad (p. 282).

En las tres obras del corpus es obvio el deseo de desprenderse de esta concepción arraigada por más de un siglo en el imaginario latinoamericano.

- 3 Esta noción deriva del nombre que le daba José Ingenieros a la forma de gobierno que él consideraba ideal para todos los pueblos. En 1913, poco antes de la publicación de las obras aquí estudiadas, en el libro *El hombre mediocre*, este sociólogo describía:

Un régimen donde el mérito individual fuese estimado por sobre todas las cosas, sería perfecto (...) Las sombras respetarían a los hombres. El privilegio se mediría por la eficacia de las aptitudes y se perdería con ellas. Transparente es pues el credo que en política podría sugerirnos el idealismo fundado en la experiencia. Se opone a la democracia cuantitativa que busca la justicia en la igualdad: afirmando el privilegio a favor del mérito.

Y a la aristocracia oligárquica, que asienta el privilegio en los intereses creados, se opone también afirmando el mérito como base natural del privilegio. La aristocracia del mérito es el régimen ideal, frente a las dos mediocracias que ensombrecen la historia. Tiene su fórmula absoluta: “la justicia en la desigualdad” (1949, p. 219).

Así como para el ensayista italo-argentino no era concebible la presencia de una mujer entre las personas suficientemente virtuosas como para gobernar, para Briceño, Puga de Losada y Sotomayor de Concha el feminismo sólo abarcaría a quienes – como ellas o sus personajes– demostraran conocimiento, valentía, manejo adecuado de la lengua y otra serie de atributos que, aunque no se señale explícitamente en los textos, estaban reservados por entonces para las élites étnicas y económicas.

- 4 En el artículo «Etnicidad, relaciones de género y multiculturalismo» Nira Yuval-Davis (2010) la autora propone que:

Las mujeres no sólo tienen que engendrar biológicamente para la comunidad; también tienen que reproducirla culturalmente. Una cuestión fundamental es a qué niñas y niños se les considera parte legítima de la familia y/o colectividad. De todos modos, los roles que desempeñan las mujeres en la construcción cultural de las colectividades se observan también en otras dimensiones. La unidad mítica de las “comunidades imaginadas” étnicas, que divide el mundo entero en “nosotros” y “ellos”, se mantiene y se reproduce culturalmente mediante todo un sistema de emblemas diacríticos que Armstrong (1982) denomina los “guardianes de las fronteras” simbólicos. Estos “guardianes de la frontera” identifican a las personas como miembros de una colectividad específica. Están íntimamente ligados a códigos culturales específicos, a estilos de vestimenta y de conducta pública, así como a repertorios de costumbres más elaborados, a manifestaciones artísticas y literarias y, por supuesto, a la lengua (pp. 68–69).

Hay pues en estas tres obras dos reubicaciones importantes: por un lado, Ata, el personaje femenino que procrea, amplía los límites nacionales, es decir, le da al blanco criollo un hijo mestizo y, con ello, legitima la pluralidad étnica; mientras que las mujeres representadas en las otras dos obras, capacitadas para reproducir biológicamente a la comunidad, se niegan a procrear. En segundo término, la frontera resguardada salva a la colectividad de las ideas republicanistas liberales que pretendían separar taxativamente a España de América y, con ello, logran hábilmente colarse en el “nosotros” más allá de la labor reproductora.

- 5 Concretamente, señala el autor:

Las mujeres libres y conscientes votarán libremente en todos los sentidos, y aun los votos de las mujeres sometidas a sus maridos, cuando éstos son libres,

tampoco alterarán los resultados, en cambio las mujeres de los hombres coactos (de los cuales algunos no se les permite votar, como a los soldados) tenderán a alterar la relación. El mal relativo del *captum mortuum* sería efectivamente acentuado (Vaz Ferreira 1945, p. 53).

En otras palabras, otorgar –que no reconocer– el derecho al voto de las mujeres, hubiera supuesto duplicar el de sus maridos; ante lo cual, el feminismo del mérito se erige como una propuesta compatible con las creencias del autor.

- 6 Resulta muy interesante que Briceño, Puga de Losada y Sotomayor de Concha hayan asumido esta posición autoral en ese período; sin embargo, es importante destacar que no fueron las primeras intelectuales latinoamericanas en intervenir una relación de dominación establecida para replantear su propia subordinación. Por ejemplo, Ana Peluffo, al abordar la escritura de Clorinda Matto de Turner, sugiere que en *Aves sin nido* (1889), la cusqueña

... establece una alianza problemática y desigual entre esto dos grupos que le sirve de varias formas. Por un lado, extendiendo la propuesta de Rama, se podría pensar que el sujeto femenino se apropia de la voz del indio para subrayar los puntos de encuentro entre racismo y patriarcado, para engrosar sus débiles fuerzas contra un enemigo común; pero por otro, y tal vez de forma más significativa y relevante a este trabajo, trato de demostrar que a través de esta alianza, que culmina como todo indigenismo en un proceso de apropiación o silenciamiento de la voz indígena, el sujeto femenino decimonónico consigue ensanchar los estrechos límites de la esfera doméstica que la cultura le asigna para insertarse oblicuamente en el vedado e inaccesible campo de la política» (Peluffo 2005, p. 15).

Como se ha visto a lo largo de esta indagación, en ninguna de las tres obras abordadas hay una identificación de las autoras con la subalternidad étnica o socioeconómica; sin embargo, la adscripción al pensamiento hispanoamericanista conservador les permite pronunciarse sobre la amenaza liberal republicana o, lo que es lo mismo, les autoriza a reflexionar acerca de las implicaciones políticas del desarrollo de uno u otro modelo nacional.





## Lista de referencias

ABURTO GUZMÁN, Claudia Paz (1998). *La mutagénesis de las escritoras chilenas a principios del siglo XX* [resumen en línea]. Tesis doctoral no publicada. Tucson: The University of Arizona. Recuperado de <http://arizona.openrepository.com/arizona/handle/10150/282856>

ALCIBÍADES, Mirla (2013). *Mujeres e independencia. Venezuela: 1810-1821*. Caracas: Centro Nacional de Historia.

\_\_\_\_ (2014). «Mujer e independencia en la historiografía venezolana (1797-1830)». En Sara Beatriz Guardia (edit.), *Las mujeres en los procesos de Independencia de América Latina*, pp. 69-78. Lima: UNESCO-CEMHAL-USMP.

ALMANDOZ, Arturo (2006). «Para un imaginario de la ciudad venezolana». En Beatriz González Stephan, Carlos Pacheco y Luis Barrera Linares (eds.), *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*, pp. 493-505. Valle de Sartenejas: Universidad Simón Bolívar/Fundación Bigott.

ANDERSON, Benedict (1991). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

BALIBAR, Étienne (1991). «La forma nación: historia e ideología». En Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein (comps.), *Raza, nación y clase*, pp. 133-163. Madrid: Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África (IEPALA).

BAUDRILLARD, Jean (1981). *De la seducción*. Madrid: Cátedra.

BERNALES BALLESTEROS, Jorge (1971). «Pumacahua y los clarines de chincheros». *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, Lima, (8), pp. 9-14.

BERTHET, Chantal (2014). *Mujer, cuerpo y nación: las narradoras del modernismo* [resumen en línea]. Tesis doctoral no publicada. Storrs (Connecticut): University of Connecticut. Recuperado de <http://digitalcommons.uconn.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=6825&context=dissertations>

BLANCO FOMBONA, Rufino (1981). *Ensayos históricos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

BOURDIEU, Pierre (2005). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.

BRAIDOTTI, Rosi (2009). *Transposiciones. Sobre la ética nómada*. Barcelona: Gedisa.

\_\_\_\_ (2010). «Género, identidad y multiculturalismo en Europa». En Patricia Bastida Rodríguez, Carla Rodríguez González e Isabel Carrera Suárez (coords.), *Nación, diversidad y género: perspectivas críticas*, pp. 89-132. Barcelona: Anthropos.

BRICEÑO, Olga (1934a). *Bolívar americano*. Madrid: Nuestra Raza.

\_\_\_\_ (1934b). *Bolívar criollo*. Madrid: Nuestra Raza.

\_\_\_\_ (1934c). *Bolívar libertador*. Madrid: Nuestra Raza.

BRULLET, Cristina (2004). «La maternidad en occidente y sus condiciones de posibilidad en el siglo XXI». En Ángeles de la Concha y Raquel Osborne (édits.), *Las mujeres y los niños primero. Discursos de la maternidad*, pp. 201-228. Barcelona: Icaria / Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).

BURKE, Peter (1993). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial.

CAPELLO, Ernesto (2003). «Hispanismo casero: la invención del Quito hispano». *Procesos: Revista Ecuatoriana de Historia*, Universidad Andina Simón Bolívar, (20), pp. 55-77.

CASTILLO, Alejandra (2005). *La república masculina y la promesa igualitaria*. Santiago de Chile: Palinodia.

CATELLI, Nora (1995). «Buenos libros, malas lectoras: la enfermedad moral de las mujeres en las novelas del siglo XIX». *Lectora. Revista de Dones i Textualitat*, Universidad de Barcelona, (1), pp. 121-133.

CAUSINO, Nicolás (1718). *La corte santa*. Barcelona: Rafael Figueró/ Herederos de Gabriel de León [facsimil en línea]. Recuperado de [https://play.google.com/store/books/details?id=bj82\\_Jk3bTUC&rdid=book-bj82\\_Jk3bTUC&rdot=1](https://play.google.com/store/books/details?id=bj82_Jk3bTUC&rdid=book-bj82_Jk3bTUC&rdot=1)

CHATTERJEE, Partha (2000). «El nacionalismo como problema en la historia de las ideas políticas». En Álvaro Fernández Bravo (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, pp. 123-164. Buenos Aires: Manantial.

CLEMENTE TRAVIESO, Carmen (1964). *Mujeres de la independencia: seis biografías de mujeres venezolanas*. México, D.F.: Talleres Gráficos de México.

COBOS, Rosa (1995). *Fundamentos del patriarcado moderno. Jean-Jacques Rousseau*. Madrid: Cátedra.

COSTA DE LA TORRE, Arturo (1977). *Mujeres en la independencia*. La Paz: Biblioteca Popular Boliviana.

DÁVILA SILVA, Ricardo (1947). «Los aficionados a la bella y elegante literatura...». En Graciela Sotomayor de Concha, *Un recuerdo de amor. Poema dramático histórico en tres actos y en verso*, pp. 113-115. Santiago de Chile: Nascimento.

ELEJABEITIA, Carmen (1987). *Liberalismo, marxismo y feminismo*. Barcelona: Anthropos.

EMETH, Omer (1924, 7 de enero). «El movimiento literario en Chile». *El Mercurio*, Santiago de Chile, s. p. [documento en línea]. Recuperado de [http://www.sicpoesiachilena.cl/docs/critica\\_detalle.php?critica\\_id=362](http://www.sicpoesiachilena.cl/docs/critica_detalle.php?critica_id=362)

«Entrega de una condecoración» (1935, 23 de junio). *ABC*, Madrid, p. 23. En *ABC Hemeroteca* [página en línea]. Recuperado de <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1935/06/23/023.html>

ESPIÑOZA PORTOCARRERO, Juan Miguel (2013). *Estereotipos de género y proyecto modernizador en la república aristocrática: el caso de la revista Variedades (Lima, 1908-1919)* [tesis en línea]. Tesis de pregrado no publicada. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Recuperado de <http://tesis.pucp.edu.pe/repositorio/handle/123456789/4810?show=full>

ESPOSITO, Roberto (2005). *Immunitas*. Buenos Aires: Amorrortu.

«Estampas españolas. La vida de Bolívar» (1934, abril-septiembre). *Revista del Ateneo*, Jerez de la Frontera, (68), pp. 200-203.

FRANCO RUBIO, Gloria (2012). «El nacimiento de la domesticidad burguesa en el Antiguo Régimen». *Revista de Historia Moderna*, Universidad de Alicante, (30), pp. 17-31.

FUNES, Patricia (2006). *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

GÁLVEZ, Juan Ignacio (1947). «Volvimos al salón donde la Señora Sotomayor de Concha con timbrada y dulce voz...». En *Un recuerdo de amor. Poema dramático histórico en tres actos y en verso*, pp. 123-125. Santiago de Chile: Nascimento.

GARCÍA Y GARCÍA, Elvira (1924). *La mujer peruana a través de los siglos: serie historiada de estudios y observaciones*. Lima: Imprenta Americana.

GARCÍA LÓPEZ, Ana Belén (2011). «La participación de las mujeres en la independencia hispanoamericana a través de los medios de comunicación». *Historia y Comunicación Social*, Universidad Complutense de Madrid, 16, pp. 33-49.

GARGALLO, Francesca (2006). *Las ideas feministas latinoamericanas*. México, D.F.: Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).

GAZMURI, Cristián (2010). «Las corrientes historiográficas chilenas entre 1920 y 1970». *Revista Mapocho*, Santiago de Chile, (67), pp. 125-140.

GOMES, Miguel (2006). «Narradoras e historia: apuntes para la descripción de un proceso». En Beatriz González Stephan, Carlos Pacheco y Luis Barrera Linares (edits.), *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*, pp. 549-568. Valle de Sartenejas: Universidad Simón Bolívar/Fundación Bigott.

GUARDIA, Sara Beatriz (edit.) (2010). *Las mujeres en la independencia de América Latina*. Lima: Centro de Estudios la Mujer en la Historia de América Latina (CEMHAL).

HOBSBAWM, Eric (1997). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica-Grijalbo Mondadori.

INGENIEROS, José (1949). *El hombre mediocre*. Buenos Aires: Ramón J. Roggero.

«La federación de estudiantes hispanoamericanos» (1924, 30 de octubre). *ABC*, Madrid, p. 27. En *ABC Hemeroteca* [página en línea]. Recuperado de <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madridabc/1924/10/30/027.html>

LATCHAM, Ricardo A. (1953). «El ensayo en Chile en el siglo XX». *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, (56), pp. 46-77.

LOMAS POLETTI, Laura (2012). «Amalia Puga de Losada y el discurso de la mujer americana en *La Revista Ilustrada de Nueva York*». En Sara Beatriz Guardia (edit.), *Escritoras del siglo XIX en América Latina*, pp. 257-266. Lima: Centro de Estudios la Mujer en la Historia de América Latina (CEMHAL).

LUNA, Lola (2002). «La historia feminista del género y la cuestión del sujeto». *Boletín Americanista*, Universidad de Barcelona, (52), pp. 105-121.

MARTÍN LUCAS, Belén (2000). «Mujer y nación: construcción de las identidades». En María Jesús Fariña Busto, Belén Martín Lucas y Beatriz Suárez Briones (coords.), *Escribir en femenino: poéticas y políticas*, pp. 163-178. Barcelona: Icaria.

MATAIX AZUAR, Remedios (2003). «La escritura (casi) invisible: narradoras hispanoamericanas del siglo XIX». *Anales de Literatura Española*, Universidad de Alicante, (16), pp. 13-82.

McEVOY, Carmen (2012). «Civilización, masculinidad y superioridad racial: una aproximación al discurso republicano chileno durante la Guerra del Pacífico». *Revista de Sociología e Política*, Universidade Federal do Paraná, (42), pp. 73-92.

MÉNDEZ, Cecilia (2000). *Incas sí, indios no: apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

MUÑOZ, Fanni (2000). «La educación femenina a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX». En Narda Henríquez (edit.), *El hechizo de las imágenes*, pp. 223-249. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

ORREGO BARROS, Antonio (1947). «La distinguida señora doña Graciela Sotomayor...». En Graciela Sotomayor de Concha, *Un recuerdo de amor. Poema dramático histórico en tres actos y en verso*, pp. 117-119. Santiago de Chile: Nascimento.

«Páginas hispanoamericanas. Historia, comentarios, fotografías» (1935, 2 de enero). ABC (edición Sevilla), p. 11. En *ABC Hemeroteca* [página en línea]. Recuperado de <http://hemeroteca.sevilla.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/sevilla/abc.sevilla/1935/01/02/011.html>

PALTI, Elías (2003). *La nación como problema. Los historiadores y la "cuestión nacional"*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

PAREKH, Bhikhu (2000). «El etnocentrismo del discurso nacionalista». En Álvaro Fernández Bravo (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, pp. 91-122. Buenos Aires: Manantial.

PELUFFO, Ana (2005). *Lágrimas andinas: sentimentalismo, género y virtud republicana en Clorinda Matto de Turner*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.

POBLETE ALDAY, Patricia y Carla Rivera Aravena (2003). «Feminismo aristocrático: violencia simbólica y ruptura soterrada a comienzos del siglo XX» [documento en línea]. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Universidad de Santiago de Chile, (7), pp. 57-79. Recuperado de <file:///C:/Users/RicardoG.FSADMIN/Downloads/329-716-1-SM.pdf>

POSTIGO ASENJO, Marta (2007). «Mujer, feminismo y modernidad: atrapadas entre lo público y lo privado». *Thémata. Revista de Filosofía*, Universidad de Sevilla, (39), pp. 281-286.

PRIETO CONDE, E. (1975, 10 de junio). «Un anciano venezolano dice ser bisnieto de Simón Bolívar». ABC, Madrid, p. 37. En *ABC Hemeroteca* [página en línea]. Recuperado de <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1975/06/10/065.html>

PROVENCIO GARRIGÓS, Lucía (2014). «La pregunta del género en los procesos de independentistas latinoamericanos». En Sara Beatriz Guardia (edit.), *Las mujeres en los procesos de Independencia de América Latina*, pp. 47-56. Lima: UNESCO-CEMHAL-USMP.

PUGA DE LOSADA, Amalia (1924). *El voto*. Cajamarca: Imprenta San Antonio.

QUINDOS DE MONTALVA, Juana (1947). «Carta abierta en "El diario ilustrado"». En *Un recuerdo de amor. Poema dramático histórico en tres actos y en verso*, pp. 121-122. Santiago de Chile: Nascimento.

RAMOS, María Dolores (2000). «Identidad de género, feminismo y movimientos sociales en España». *Historia Contemporánea*, Universidad del País Vasco, (21), pp. 523-552.

RAVINES SÁNCHEZ, Tristán (2012). *Enciclopedia de la memoria*. Cajamarca: Lozano.

REVERTE BERNAL, Concepción (1985). «Hispanoamericanismo 1912-1936 a través de la revista *España y América*». *Anales de la Universidad de Cádiz*, (2), pp. 349-366.

RIVAS, Luz Marina (2004). *La novela intrahistórica: tres miradas femeninas de la historia venezolana*. Mérida (Venezuela): El Otro, El Mismo.

ROJAS OSORIO, Carlos (2002). *Latinoamérica. Cien años de filosofía*. San Juan: Isla Negra.

SALVADOR GONZÁLEZ, José María (2007, marzo-junio). «Escenario y figura de Bolívar Super-Héroe en la Venezuela de 1870-1899». *Especulo. Revista de Estudios Literarios*, Universidad Complutense de Madrid, 12 (35) [revista en línea]. Recuperado de <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero35/>

SASSONE, Felipe (1934). «Prólogo». En Olga Briceño, *Bolívar americano*, pp. 7-14. Madrid: Nuestra Raza.

SCOTT, James C. (1990). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México, D.F.: Era.

SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro (2005). *El sueño de la madre patria: hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid: Marcial Pons.

SOMMER, Doris (2004). *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.

SOTOMAYOR DE CONCHA, Graciela (1928). «La labor literaria de las mujeres chilenas». En Sara Guerin de Elgueta (comp.), *Actividades femeninas en Chile*, pp. 709-749. Santiago de Chile: La Ilustración.

\_\_\_\_ (1947). *Un recuerdo de amor. Poema dramático histórico en tres actos y en verso*. Santiago de Chile: Nascimento.

SUBIETA SAGÁRNAGA, Luis (1925). *Bolívar en Potosí*. Potosí: Tipografía Artística de S. Sivilá.

VALCÁRCEL, Amelia (2001). *La memoria colectiva y los retos del feminismo*. Santiago de Chile: Cepal-Unidad Mujer y Desarrollo.

VAZ FERREIRA, Carlos (1945). *Sobre feminismo*. Buenos Aires: Losada.

VENTURA DI RAULICA, Gioacchino (1857). *La mujer católica*. Madrid: Librería Universal de Leocadio López [facsimil en línea]. Recuperado de <https://catalog.hathitrust.org/Record/009351244/Home>

VILLAVICENCIO, Maritza (1992). *Del silencio a la palabra. Mujeres peruanas en los siglos XIX y XX*. Lima: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán.

WARD, Thomas (2007). «Introducción». En Aurora Cáceres, *La rosa muerta*, pp. VII-XXIX. Buenos Aires: Stockcero.

WEXLER, Berta (2014). «Las damas y las revolucionarias. La tarja del Potosí». En Sara Beatriz Guardia (edit.), *Las mujeres en los procesos de Independencia de América Latina*, pp. 337-348. Lima: UNESCO-CEMHAL-USMP.

YUVAL-DAVIS, Nira (2004). *Género y nación*. Lima: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán.

\_\_\_\_ (2010). «Etnicidad, relaciones de género y multiculturalismo». En Patricia Bastida Rodríguez, Carla Rodríguez González e Isabel Carrera Suárez (coords.), *Nación, diversidad y género: perspectivas críticas*, pp. 64-88. Barcelona: Anthropos.

ZEGARRA, Margarita (2006). «María Jesús Alvarado y el rol de las mujeres peruanas en la construcción de la patria». En Scarlett O'Phelan y Margarita Zegarra (edits.), *Mujeres, familia y sociedad en América Latina, siglos XVIII-XXI*, pp. 489-515. Lima: Instituto Riva-Agüero/Cendoc-Mujer/Instituto Francés de Estudios Andinos.

ŽIŽEK, Slavoj (2011). *En defensa de causas perdidas*. Madrid: Akal.

\_\_\_\_ (2014). *¡Bienvenidos a tiempos interesantes!* Tafalla (España): Txalaparta.



Este libro se terminó de editar  
en la Coordinación de Publicaciones  
de la Fundación Celarg,  
en el mes de mayo de 2017.  
Caracas Venezuela

# Emancipadas

Feminismo e hispanismo frente a la Guerra de Independencia suramericana (Olga Briceño, Amalia Puga y Graciela Sotomayor)  
Mariana Libertad Suárez

Como producto del Programa de Apoyo a la Investigación José Carlos Mariátegui, cuyo objetivo es estimular el estudio de la producción cultural latinoamericana, se presenta *Emancipadas. Feminismo e hispanismo frente a la Guerra de Independencia suramericana (Olga Briceño, Amalia Puga y Graciela Sotomayor)*. El texto es un innovador trabajo investigativo realizado por Mariana Libertad Suárez, donde se des-ocultan tres escritoras que desde la narrativa y el teatro resemantizaron los procesos de la Independencia latinoamericana.

Las guerras de la independencia y los procesos de conformación de las nuevas naciones constituyeron un momento paradigmático, donde paradójicamente los pactos sociales preservaron el patriarcado dominante ocultando la participación femenina en estos hechos bélicos. Por tal razón, narrar estos hechos históricos desde el lugar y sentimiento femeninos es en sí mismo, un hecho insurgente y una ampliación de horizontes, tal como nos muestra esta investigación.

Las tres autoras fueron intelectuales que en su tiempo se esforzaron en evadir el destino manifiesto de su sexo y participar con voz propia en lo público, entablando un diálogo con las lógicas sociales emergentes y dominantes. El acompañamiento analítico que Mariana Libertad Suárez desarrolla en este texto nos ilumina la ruta del pensamiento y la creación de nuestras mujeres escritoras, testimonia su existencia, hace visible su producción y el potencial subversivo de sus obras. Constituye, en suma, un aporte indudable a una historia más completa y justa, de la literatura y el pensamiento latinoamericano ■

ALBA CAROSIO



Gobierno Bolivariano  
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular  
para la Cultura



1817 · 2017  
**ZAMORA**  
UNIÓN CÍVICO MILITAR